

P. Flaviano Amatulli Valente, fmap

¡ÁNIMO!

**Yo estoy
con ustedes**

**Apóstoles de la Palabra
— México 2009 —
www.padreamatulli.net**

Indispensable para toda
BIBLIOTECA
FAMILIAR CATÓLICA

Diseño y edición de interiores

Pbro. Jorge Luis Zarazúa Campa, fmap

Renato Leduc 231

Col. Toriello Guerra Tlalpan

14050 México, D.F:

Tel. (01 55) 5665 5379 * Fax: (01 55 5665 4793)

jorgeluiszarazua@prodigy.net.mx

<http://zarazua.wordpress.com/>

Diseño de Portada:

Efraín Del Ángel Bragado

efrainb_angel@yahoo.com.mx

Ediciones Apóstoles de la Palabra

EN MÉXICO

Melchor Ocampo 20

Col. Jacarandas, Iztapalapa

09280 México, DF

Telfax: 01/55/5642.9584

Telfax: 01/55/5693.5013

Nuestra dirección en Internet:

<http://www.padreamatulli.net>

E-Mail: apostle@prodigy.net.mx

Ventas e informes:

edicionesapostoles@hotmail.com

Impreso y hecho en México

Printed and made in Mexico

*Se terminó de imprimir
el 15 de agosto de 2009,
Solemnidad de la Asunción de María.
- 2,000 ejemplares -*

PRESENTACIÓN: Ex abundantia cordis os loquitur

Un estilo ameno y sugestivo caracteriza a este nuevo libro del P. Amatulli. Es como una bocanada de aire fresco en el mar de la bibliografía católica contemporánea, en la que se privilegia un estilo académico, muy lejano de la sensibilidad contemporánea y de la formación específica y los intereses de amplios sectores del catolicismo.

Al leerlo no pude evitar pensar: “Realmente Jesús tiene razón: ‘*De la abundancia del corazón habla la boca*’ (Lc 6, 45c).” En efecto, en este libro están presentes los diversos temas que han preocupado y ocupado al P. Amatulli a lo largo de su vida y su ministerio; están presentes los aspectos que ha reflexionado largamente con el único afán de hacer todo lo posible para lograr que la Iglesia esté en condiciones de atender debidamente a todos y cada uno de los miembros del pueblo de Dios.

Puedo afirmar, sin temor a equivocarme, que este es el *leitmotiv* y la clave para interpretar toda su titánica actividad apostólica y su vasta producción literaria.

Historia magistra vitae

El estilo escogido por el P. Amatulli es el narrativo, donde él asume el papel del narrador y del cronista, que parece relatar a partir de sus recuerdos. Esto se nota en los tres relatos que componen el presente folleto, que inician respectivamente con estas frases tan sugerentes: “*Recuerdo cuando vi a don Filemón por primera vez*”, “*Recuerdo cuando lo vi por primera vez*”, refiriéndose al padre José Luis, y “*Mis primeros recuerdos acerca de esta historia son muy*

vagos”, cuando alude a la historia de doña Raquel y sus tres hijos, Jorge, Felipe y Armando.

En este sentido, su folleto es una *anamnesis*, un traer a la memoria las vicisitudes que han vivido diversos personajes, significativos por su actividad pastoral y su papel en la comunidad eclesial, para aprender de ellas y sacar lecciones y aportaciones para la vida y el quehacer de la Iglesia.

No olvidemos que el P. Amatulli es un testigo privilegiado de la vida eclesial en las últimas décadas, particularmente en el posconcilio. Esto le permite remontarse a las alturas para ver los distintos modelos pastorales que se han propuesto y ensayado en el siglo XX, especialmente en América Latina, y examinar sus secuelas: el catolicismo preconiliar (representado por *doña Raquel*, la catequista entrañable, y *don Filemón*, el antiguo sinarquista), la aplicación polémica de las propuestas de las teologías de la liberación y la puesta en práctica, no siempre afortunada, de las directrices del Concilio Vaticano II (1962-1965), especialmente en el tema del ecumenismo, vivido tan ingenuamente en Iberoamérica.

Los géneros que habitualmente ha cultivado el P. Amatulli son el ensayo teológico-pastoral y el artículo de opinión. Pero el estilo que utiliza en este folleto le permite a nuestro autor presentar, con mayor contundencia, sus múltiples propuestas y planteamientos para hacer realidad *un nuevo modelo de Iglesia* y, por tanto, los elementos esenciales de su eclesiología y los métodos pastorales que sugiere para lograrlo.

Esto requiere, por tanto, saber leer entre líneas sus propuestas, sin dejar de disfrutar la interesante trama, pero sin dejarse atrapar por lo meramente anecdótico, olvidando lo que el autor quiere comunicarnos y proponernos para ser llevado a la práctica.

En este folleto, el P. Amatulli utiliza una forma de hablar plástica e penetrante. Usa imágenes, metáforas y simbolismos. Así pues, invito al lector a meditar en el

significado más profundo de personajes como don Filemón, doña Raquel, Armando, el “convertido”, los padres José Luis, Felipe y Jorge, que representan distintas formas de entender y vivir la fe católica y de enfrentar los retos pastorales. Los invito también a profundizar en el significado más hondo de instituciones como “*La Casona*” y la congregación religiosa, que parecen representar, en distintos planos, a la parroquia, a la Iglesia universal y a sus instituciones, a veces en franca decadencia y otras en todo su esplendor. Analicemos también con ojo clínico las distintas situaciones que se presentan. Tal es el caso de la esquizofrenia, que no es exclusiva del padre Felipe, o del proceso de evangelización vivido por el padre José Luis. Los invito, por tanto, a leer entre líneas e ir más allá de lo evidente.

“Durus est hic sermo! Quis potest eum audire?”

Uno de los comentarios recurrentes sobre la más reciente producción literaria del P. Amatulli es que es *muy dura*. Por lo que sé, la actitud de nuestro autor entronca con una línea muy consistente en la tradición bíblica, que continúa a lo largo de la historia de la Iglesia. Está presente en la tradición profética (¿Quién no recuerda, a este propósito, el capítulo 34 del libro del profeta Ezequiel o el capítulo 23 del libro del profeta Jeremías?), se desarrolla en los salmos, particularmente los de tipo penitencial, se halla presente en el Nuevo Testamento (es útil recordar, por ejemplo, las cartas a las siete comunidades cristianas de Asia menor que encontramos en los capítulos dos y tres del libro del Apocalipsis y algunas intervenciones de Jesús y san Pablo) y se prolonga en los escritos de los Padres, que lo han aplicado a la vida de la Iglesia.

Se trata de un género denominado admonición profética y lo encontramos, no sólo en la Biblia. Lo utilizan san Agustín (véase, por ejemplo su *Sermón sobre los pastores*), san Máximo el Confesor, san Alberto Magno, san Buenaventura, por citar los más significativos. Lo hallamos en Dante (en el Canto 32 de su *Purgatorio*), Erasmo de

Rotterdam (¿Cómo no recordar su célebre “*Elogio de la locura*”?), Santo Tomás Moro (ahí está a la mano su “*Utopía*”). Uno de los más representativos es, sin duda, Antonio Rosmini, con su polémico pero atinado “*De las cinco llagas de la Iglesia. Tratado dedicado al clero*”. Pues bien, el P. Amatulli aporta su palabra a esta venerable tradición de la Iglesia para seguir enriqueciéndola y contribuir a la reforma de la Iglesia. No aplica, por tanto, esa frase que dice: “Los trapos sucios se lavan en casa”.

Agenda

Presento aquí una lista no exhaustiva de los temas que presenta y las sugerencias que propone el P. Amatulli:

- + *Diaconado permanente*. Es uno de los temas más queridos por el P. Amatulli, que ve en los diáconos permanentes, por su equilibrio psicológico, su formación, su experiencia vital y su contacto más cercano con el pueblo de Dios, un elemento fundamental para la reestructuración pastoral que la Iglesia tanto necesita. Señala, al mismo tiempo, el invierno que vive en numerosas diócesis este ministerio tan necesario y pide que se promueva más ampliamente, señalando un oportuno perfil del diácono permanente.
- + *La vida religiosa*. Uno de los enigmas que más le intrigan desde hace tiempo es el papel de la vida religiosa, volcada en su compromiso con la justicia social y la problemática de los pobres, pero que olvida fácilmente los valores eminentemente espirituales y el anuncio explícito del Evangelio, optando generalmente por una presencia testimonial centrada en la promoción humana. Una cosa es cierta: muchas congregaciones religiosas parecen más partidos políticos, sindicatos o agrupaciones filantrópicas.
- + *Evangelización*. Es lo propio de la Iglesia. En este sentido, el P. Amatulli ha asimilado plenamente lo que escribió Pablo VI en su *Evangelii Nuntiandi*

(1975): *“Evangelizar constituye, en efecto, la dicha y vocación propia de la Iglesia, su identidad más profunda. Ella existe para evangelizar, es decir, para predicar y enseñar, ser canal del don de la gracia, reconciliar a los pecadores con Dios, perpetuar el sacrificio de Cristo en la santa Misa, memorial de su muerte y resurrección gloriosa”* (EN 14). En este tenor, el P. Amatulli señala que, como Iglesia, debemos dedicarnos a lo propio, que es la evangelización. Es lo que dice también el Santo Padre: *“No hay evangelización verdadera, mientras no se anuncie el nombre, la doctrina, la vida, las promesas, el reino, el misterio de Jesús de Nazaret Hijo de Dios”* (EN 22).

- + *Una nueva apologética y un sano ecumenismo.* No son tareas excluyentes. Se trata de un doble esfuerzo para hacer posible la unidad entre los discípulos de Cristo: *Unitatis redintegratio* (restablecimiento de la unidad = Ecumenismo) y *Unitatis praeservatio* (preservación de la unidad = Apologética). Si el P. Amatulli promueve la Apologética no es por el afán de pelear, sino para fortalecer la fe de los católicos y detener la actual desbandada hacia otras propuestas religiosas.
- + *Auténticos ciudadanos y hombres de fe.* Es lo que se pretende formar, pues el drama de nuestro tiempo, como lo recordó en su momento Pablo VI, es el divorcio entre fe y vida.
- + *El secreto paulino del éxito apostólico.* “Lo que aprendiste de mí, confirmado por numerosos testigos, confíalo a hombres que merezcan confianza, capaces de instruir después a otros” (2Tim 2, 2). Es una prioridad: buscar colaboradores y formarlos integralmente, para hacer de ellos verdaderos agentes de pastoral. En este sentido conviene tener en cuenta la regla de oro del P. Amatulli: En lugar de trabajar por diez, pon diez a trabajar.

- + *Ministros laicos a tiempo completo.* Sólidamente formados, metidos de lleno en la actividad evangelizadora, remunerados económicamente (Cfr. CIC 231 § 2 y 281 § 3) y protegidos con un marco jurídico específico.
- + *Cuidado con las utopías fatuas.* No a los estados alterados de conciencia en la actividad evangelizadora de la Iglesia ni a los coqueteos con las guerrillas.
- + *Un trinomio imposible.* Unir fama, dinero y salvación de las almas. Este es el sueño de Simón el Mago (Hch 8, 9-24), no el de los auténticos discípulos de Cristo.
- + *Un trinomio necesario.* Equilibrar el culto, la enseñanza y el pastoreo. En este aspecto, la postura del P. Amatulli se encuadra en la tradición joánica, para quien lo característico del pastoreo no es tanto el ejercicio de la autoridad o el poder que se ejerce sobre las ovejas, sino el conocimiento íntimo y profundo que se tiene de ellas. En efecto, el buen pastor conoce a cada una por su nombre y está dispuesto a dar la vida por ellas. Si una oveja se pierde, no escatima ningún esfuerzo para ir a buscarla (cfr. Jn 10).
- + *Transparencia.* No a la falta de transparencia en los asuntos eclesiales, particularmente en el aspecto económico.
- + *Relaciones clero-laicado.* Requieren un giro copernicano: El pastor al servicio de las ovejas, en un clima de respeto y corresponsabilidad, sin acaparamiento ni confusión de funciones, haciendo realidad la doctrina paulina del Cuerpo Místico de Cristo (1Cor 12, 4-31).
- + *Análisis de la realidad eclesial.* Hacer énfasis en lo propio: la dimensión espiritual, que permeará todas las áreas de la vida. Es necesario detectar las necesidades más apremiantes de nuestro pueblo para remediarlas.

Ressourcement y aggiornamento

Son los dos ejes de la propuesta teológico-pastoral del P. Amatulli. Se trata de un *“retorno a las fuentes”* (*ressourcement*) de nuestra fe, a la Sagrada Escritura, nuestra principal fuente de inspiración, y a la experiencia de las comunidades eclesiales de los primeros siglos del Cristianismo, cristalizada no sólo en los escritos de los Padres de la Iglesia, sino también en las instituciones y estructuras a las que dieron origen, con una creatividad pastoral y en un clima de mucha libertad, que tiene presente la fidelidad a Dios y su proyecto salvífico y la fidelidad al hombre concreto.

Al mismo tiempo se busca una *“puesta al día”* (*aggiornamento*) en las estructuras, prácticas y métodos de encuentro de la Iglesia con el hombre de hoy, con la finalidad de que Cristo sea comprendido por las nuevas generaciones, máxime ahora que vivimos este cambio de época que se ha dado en llamar postmodernidad y que el modelo eclesial predominante en el régimen de cristiandad ha manifestado grandemente su agotamiento.

Se trata, por tanto, de una asignatura pendiente, pues aún no hemos logrado que el pueblo católico entre en contacto con los bellísimos tesoros de nuestra Tradición bíblica y patristica para apropiárselas de forma tal que nutran, fortalezcan y orienten su vida de fe. En este contexto se inscribe la insistencia del P. Amatulli en señalar que la Palabra de Dios, contenida en la Biblia y en la Tradición, e interpretada auténticamente por el Magisterio de la Iglesia (DV 10), es para todos y debe estar al alcance de todos.

In mundo pressuram habetis, sed confidite, ego vici mundum

Una lectura de este folleto no estaría completa sin la lectura del folleto precedente: *“¡Alerta! La Iglesia se desmorona”*. En efecto, este primer folleto es un análisis exhaustivo de la realidad eclesial y la presenta con toda su crudeza, no para desmoralizarnos. Es cierto, se presenta

una Iglesia en franca bancarrota, pero no para sembrar desesperanza, sino para invitarnos a la reflexión y a la acción en un clima de corresponsabilidad.

Este nuevo folleto, con el sugestivo título “*¡Ánimo! Yo estoy con ustedes*” presenta la otra cara de la medalla y nos revela que Dios escribe derecho en renglones torcidos, por lo que, a pesar de un panorama tan desolador, la Iglesia sigue avanzando. De tantas experiencias fallidas quedan pepitas de oro, que nos hacen recordar que Dios nunca abandona a la Iglesia. El es el Emmanuel, el Dios que siempre está con nosotros (Is 7, 14; Mt 1, 21.23; 28, 20). Es, por tanto, una invitación a la esperanza. Escuchemos a través del P. Amatulli las palabras de Jesús:

“Les he dicho estas cosas para que tengan paz en mí. En el mundo tendrán tribulación. Pero ¡ánimo!: yo he vencido al mundo” (Jn 16, 33).

Estimado lector: Espero que estas claves de lectura te ayuden a leer con mayor provecho este folleto. No olvides que nos interesa conocer tus comentarios y aportaciones.

Afectuosamente en Cristo,

P. Jorge Luis Zarazúa Campa, fmap

Julio 22 de 2009, Memoria de santa María Magdalena.

Notas:

Ex abundantia cordis os loquitur = De la abundancia del corazón habla la boca (Lc 6, 45c); *Leitmotiv* = Es la idea central, que se repite insistentemente en una obra, en una conversación o en el transcurso de un hecho; *Historia magistra vitae* = La historia es maestra de la vida; *Durus est hic sermo!* *Quis potest eum audire?* = “Es duro este lenguaje. ¿Quién puede escucharlo?” (Jn 6, 60); *Agenda* = Cosas que se han de hacer; *CIC* = Código de Derecho Canónico; *Ressourcement* y *aggiornamento* = “Volver a las fuentes” y “puesta al día” respectivamente; *In mundo pressuram habetis, sed confidite, ego vici mundum* = En el mundo tendrán tribulación. Pero ¡ánimo!: yo he vencido al mundo (Jn 16, 33b).

LA MUERTE DEL PATRIARCA

PRESENTACIÓN

A VECES ALGUIEN ME PREGUNTA: “¿Qué es un diácono? Un diácono, ¿no hace lo mismo que puede hacer cualquier laico comprometido? ¿Qué diferencia hay entre un diácono y un catequista?”. La respuesta es muy sencilla (y además bíblica): “Ven y lo verás” (Jn 1, 39).

¿Y qué verás? A un catequista cualquiera, lleno de fe y sabiduría de Dios, que a un cierto momento fue promovido al diaconado permanente, por pura obediencia, sin que supiera a ciencia cierta de qué se trataba (iba a ser el primer diácono de la región, algo totalmente novedoso para todos).

¿Y qué pasó? Algo increíble: donde otros fallaron, él le atinó; donde no la hicieron los expertos e inteligentes, la hizo un pobre campesino que nunca había pisado un aula escolar; cuando todos presagiaban un rotundo fracaso, se dio el éxito más clamoroso.

¿No te gustaría acompañarme en la gran aventura del diácono Filemón, que de un momento a otro se volvió en el ídolo de la gente, querido y apreciado por todos? Adelante. Poco a poco se irá abriendo delante de tus ojos un panorama nunca sospechado, descubriendo cosas nunca imaginadas en un campesino tan sencillo como don Filemón.

Mazatlán, Sinaloa (México), a 27 de febrero de 2009.

Capítulo 1

PAN AL PAN Y VINO AL VINO

RECUERDO CUANDO VI A DON FILEMÓN por primera vez: atento, servicial y listo para hacer frente a cualquier eventualidad. Su mirada no dejaba lugar a dudas: era un auténtico hombre de Dios. Una mirada limpia y serena, en que no cabían segundas intenciones. Pan al pan y vino a vino. Completa transparencia.

Por eso era tan apreciado por todos los habitantes de su aldea, que lo tenían como sacristán, rezandero y consejero de todos. Una aldea de unas cincuenta casas, casi todas con paredes de ladrillos y techo de lámina, un caso raro en toda la región, puesto que todas las demás aldeas normalmente tenían casas con paredes de madera y techo de zacate.

Es que los habitantes de la aldea de don Filemón no eran originarios de la región, sino que habían llegado del centro del país en busca de tierras que cultivar y afortunadamente se habían topado con tierras muy pródigas, que lograban arrebatar a la selva a puro pulso con machete en la mano, “desmontando el monte”, como se solía decir por allá.

—FÍJESE, PADRE — me comentaba en cierta ocasión don Filemón—, cuando llegamos aquí, era muy peligroso ir por el monte sin cargar algún arma. Yo siempre cargaba mi carabina y en distintas ocasiones tuve que enfrentarme con los tigrillos. Las pieles que están recubriendo las sillas de la sala, por ejemplo, son de algunos tigrillos que yo maté personalmente. Y le voy a confesar que en alguna ocasión me la vi de cuadritos. Estoy seguro de que, si me salvé, seguramente fue por la intervención de la Virgen de San Juan de los Lagos, a la que le tuve siempre una gran devoción.

Me llenaba de una inmensa satisfacción hablar con don Filemón cada vez que se me presentaba alguna oportunidad. Esto me permitía descubrir algún aspecto desconocido de su personalidad y, al mismo tiempo, enterarme de algunos hechos históricos de los cuales se habla poco o nada.

—En mi juventud yo pertenezco al movimiento sinarquista y estuve encargado de la propaganda en mi ciudad natal. Eran tiempos duros para la fe católica, pero también eran tiempos gloriosos. Estaba prohibido realizar cualquier tipo de manifestación pública sin el permiso de las autoridades correspondientes, permiso que nunca llegaba cuando se trataba de algo relacionado con la fe o con alguna protesta en contra de tal o cual disposición gubernamental. Y fíjese que yo era precisamente el encargado de organizar estos eventos. Entrábamos en una ciudad o pueblo en horas diferentes, por distintas partes y vestidos de manera ordinaria para no llamar la atención de las fuerzas de represión. Campesinos, vendedores ambulantes, maestros... que de un momento a otro, como por arte de magia, nos congregábamos en la plaza mayor, donde se daba inicio al *mitin*, con oradores profesionales y oradores improvisados, como un servidor, que nunca había pisado un aula escolar. Usted no se imagina con qué fervor defendíamos los sagrados derechos de la fe, la patria y la familia.

Cuando hablaba de esto, don Filemón se transformaba completamente. Ya no era el campesino sencillo y humilde que todos conocíamos. Su tono de voz se alteraba, los movimientos de las manos y de los labios se volvían bruscos y enérgica la mirada de sus ojos, como si en aquel momento se estuviera enfrentando una vez más a los opresores y usurpadores de aquellos tiempos heroicos que estaba reviviendo.

—Fíjese que en una ocasión los federales me tomaron preso y me llevaron en presencia del comandante de la zona militar. Yo tendría unos veinte años de edad en aquel entonces. ¿Qué había pasado? Que estábamos organizando una magna manifestación de protesta en contra del gobierno y, por el temor a verse rebasadas por los acontecimientos, las autoridades locales habían solicitado la intervención del

ejército. ¿De qué se me acusaba? De haber pintado los muros de la ciudad con consignas antigubernamentales. Evidentemente no había faltado algún traidor que me había delatado. Ni modo. En estos casos siempre hay gente que traiciona por un mendrugo de pan o la ilusión de alguna chambita por ahí.

— ¿Fuiste tú quien pintó los muros? —, me preguntó el general, en tono amenazante.

—Sí —le contesté—. Yo fui.

— ¿No sabes que esto está prohibido por la ley y yo tengo la autoridad de hacerte fusilar ahora mismo?

—Sí, mi general. Lo sé. Pero sé también que todo lo que está haciendo el gobierno es injusto y por eso mi conciencia de ciudadano y creyente se rebela. Usted podrá matarme a mí, pero no podrá matar mis ideales, que un día triunfarán.

Y seguí hablando de justicia social, libertad religiosa y quién sabe qué más. Estaba seguro de que me iba a mandar fusilar y por eso le solté de una vez toda la sopa. Hasta le di una lección acerca del papel del ejército en una sociedad civilizada, que no tiene que dedicarse a reprimir al pueblo sino a protegerlo.

El general me miraba con extrema atención. Lo que me extrañaba era que, en lugar de enojarse más por lo que le estaba diciendo, poco a poco se iba serenando. A veces hasta se sonreía, no sé si de burla, asentimiento, curiosidad, desafío o amenaza. El hecho es que, después de mi larga arenga a solas con el general, éste volvió a ponerse severo como antes, llamó a dos soldados y les ordenó:

—Llévense a este vagabundo facineroso, flojo y mentecato y enséñenle a trabajar como se debe. Puesto que él ensució los muros de la ciudad con sus porquerías que no tienen sentido, que ahora él mismo los limpie con sus propias manos y que esto sirva de escarmiento para todos y no se vuelva a repetir o me veré obligado a mandarlo fusilar de una vez. Y ustedes no lo pierdan de vista hasta que no termine todo el trabajo.

Demoré más de una semana borrando de los muros las consignas que yo mismo había pintado contra el gobierno. ¿Y

para comer? Me sucedió algo muy raro. Que una señora bien vestida y educada, a la hora de tomar los alimentos, se presentaba puntualmente y me ofrecía la comida sin dar ninguna explicación. Al final, cuando ya había terminado el trabajo y los soldados se habían retirado, le pregunté quién era y porqué lo hacía:

—Estoy al servicio del general. Él mismo me ha mandado a traerte la comida. El otro día lo escuché comentar tu caso con el coronel que lo acompaña continuamente. Le dijo: *“Si México tuviera cien jóvenes como éste, sería otro”*.

Es que en aquel tiempo las cosas de la política estaban muy enredadas. Estoy seguro que en el mismo gobierno y en el ejército había mucha gente buena, que tenía que aparentar estar en contra de la Iglesia para poder hacer carrera, pero en el fondo eran gente honesta y desde su posición trataban de suavizar las cosas, en espera de tiempos mejores. Parecían comecuras sin escrúpulos, pero en el fondo eran corderitos con máscara, que a veces se veían obligados a hacer papelitos que les reprochaba su conciencia. Al fin de cuentas es Dios quien nos va a juzgar a todos.

En otra ocasión le pregunté cómo fue a parar el movimiento sinarquista.

—Muy mal. Como que se fue desvaneciendo poco a poco. Formó a mucha gente en el sentido cívico y cristiano, pero en su misma estructura había algo que no funcionaba. Fíjese que nadie conocía a los fundadores y verdaderos jefes del mismo. Los líderes que nosotros conocíamos y de los cuales dependíamos, a su vez dependían de los que habían fundado el movimiento sinarquista y estos posiblemente estaban confabulados con los del gobierno. Teníamos la impresión de que había algún acuerdo secreto entre los jefes supremos del movimiento y las autoridades gubernamentales. Esto explica el porqué de un momento a otro, cuando estábamos por conseguir algo importante, nuestros líderes eran relevados del mando, sin que hubiera alguna aclaración al respecto. Lo único que decían era: *“Órdenes son órdenes”*. Se hablaba de juramento secreto que hacían entre ellos, lo que nos fue debilitando cada vez más, sembrando la desconfianza entre todos.

Hasta que llegó el gobierno y nos dio el matarín, con el cuento de querer ayudarnos, dándonos tierras en Baja California Sur. Algunos le creyeron y se fueron... al desierto, a morir de hambre. ¡Pobrecitos! Abandonados por el gobierno y por el mismo movimiento. De todos modos, para mí esta experiencia resultó de mucha importancia, puesto que me enseñó a moverme con cierta soltura y perspicacia en los vericuetos de la política. Ahí entendí lo que dijo Jesús: "Sean sencillos como palomas y astutos como serpientes" (Mt 10, 16).

ÉSTE ERA DON FILEMÓN: un auténtico campesino a la antigüita, sin estudios formales, pero al mismo tiempo sabio y conocedor de lo suyo, auténtico ciudadano y hombre de fe. Sabía leer perfectamente bien, aunque tuviera cierta dificultad en la vista, posiblemente por no haberse atendido a tiempo y no utilizar lentes apropiados, un descuido que poco a poco lo fue llevando a la ceguera. Tenía un sentido innato de la justicia, que lo llevó a meterse en problemas muy serios con tal de no permitir que los bandidos se salieran con la suya. Y todo esto a nivel de sociedad e Iglesia.

En una ocasión, hablándole al obispo acerca de don Filemón, me di cuenta de que lo tenía bien identificado y en alta estima.

—Lo conocí desde el primer día en que tomé posesión de la diócesis. Apenas se me pudo acercar, fue al grano: "Señor obispo, o me cambia de inmediato al cura de mi parroquia o lo mando a la cárcel". Y me enseñó una serie de documentos que lo implicaban en actos ilícitos de gran relevancia. No tuve más remedio que hacerle caso, lo que me acarreó grandes molestias de parte del cura en cuestión y, al mismo tiempo, un gran aprecio de parte del clero en general y los laicos más comprometidos, que me felicitaron por la prontitud con que logré extirpar un cáncer que desde hacía tiempo estaba perjudicando seriamente todo el cuerpo eclesial. Naturalmente nadie se dio cuenta de cómo llegué a tomar una decisión tan drástica en tan poco tiempo, es decir, al momento de pisar el territorio de mi diócesis.

DON FILEMÓN, SIENDO ORIGINARIO de una región extremadamente católica, abrigaba en su corazón un respeto y una veneración sin límites hacia todos los sacerdotes. Nunca se permitía una crítica en su contra; al acercárseles, siempre les besaba la mano, aunque se tratara de jovencitos imberbes. Para él, un sacerdote era Cristo en persona. Pero ¡ay si notaba en alguno de ellos algo que no estaba conforme con su dignidad y el papel que desempeñaba en la comunidad! Su cara se ponía roja, empezaban a temblarle las manos y los labios y de inmediato buscaba la manera de enfrentar la situación, haciendo notar al interesado lo inconveniente del caso. Por eso muchos curas trataban de mantenerse a una prudente distancia de don Filemón.

Su párroco le tenía pánico. Sabía que no le agradaba su ligereza en la manera de portarse con las muchachas y trataba de reducir a lo mínimo indispensable su trato con don Filemón. Algo que don Filemón continuamente le reprochaba era la manera de vestir de su secretaria, que muchas veces acolitaba en la celebración eucarística con minifalda. Tampoco veía con buenos ojos su trato con los narcotraficantes, que en distintas ocasiones lo llevaban con su avioneta a los lugares más distantes de su inmensa parroquia. Una vez lo encontró cargando una pistola y le dio una tremenda reprimenda.

Para don Filemón, cuidar a los sacerdotes era más que un deber, era una vocación y una misión. “Son tan pocos y en tantos peligros —solía decir—, que, si no los cuidamos, nos vamos a quedar sin nada”. Por eso se dedicaba a “espantarles las moscas”. Si descubría que algún seminarista o cura se encandilaba con alguna chavita, de inmediato intervenía, volviéndolo a la realidad. “¿Qué le pasa, hermano? — lo apostrofaba — ¿Ya se olvidó de sus compromisos? Compórtese como se debe”. Y si no le hacían caso o se burlaban de él, de inmediato se lo comunicaba al obispo, recordándole al mismo obispo su obligación de cuidar de sus sacerdotes y seminaristas.

Evidentemente, ante esta situación, don Filemón pronto se volvió en el departamento de quejas para todos y para todo. Cuando la gente veía que algo no marchaba bien dentro de la Iglesia o la comunidad en general, pronto acudía a don

Filemón. Y él, antes de intervenir, primero se cercioraba de la veracidad de los hechos y, después, no dejaba de invitar a la cordura. Cuando se trataba de alguna queja contra un cura, era extremadamente cauteloso.

—¿Qué creen ustedes?— les recordaba invariablemente— ¿que los curas son ángeles caídos del cielo? No; los curas son gente de carne y hueso como cada uno de nosotros, con los mismos problemas que tenemos nosotros. Así que, antes de quejarnos, ¿por qué no rezamos por ellos para que sean verdaderamente santos? ¿Por qué no hacemos el esfuerzo por apoyarlos, para que se sientan más a gusto con nosotros? Primero los dejamos solos y después nos quejamos de que están nerviosos, nos regañan a cada rato o no nos dan el servicio que les pedimos.

Solamente después de haber hecho todo lo posible para convencer a la gente a ser paciente y comprensiva y haber notado una cierta resistencia y cerrazón de parte de algún cura, procedía con las autoridades competentes, invitándolas a tomar cartas en el asunto. Y cuando llegaba a este punto, don Filemón ya no se detenía, hasta no haber agotado todos los medios y haber encontrado la solución más conveniente. Por eso toda la gente honesta y sana tenía en alta estima a don Filemón y aceptaba sin titubear sus orientaciones, encaminadas siempre hacia una vida realmente cristiana.

Capítulo 2

EL PRIMERO

SER EL PRIMERO NO SIEMPRE ES AGRADABLE. Máxime cuando se trata de cimentarse en algo desconocido, como era el diaconado permanente para don Filemón. Recuerdo cuando el obispo me propuso el cuidado pastoral de la enorme parroquia a la que pertenecía don Filemón.

—Puesto que la gente no está satisfecha con su párroco a causa de su temperamento y el abandono pastoral en que se encuentra, he pensado confiarla a usted. ¿Qué le parece? De todos modos, en la práctica, usted es el único que se ha interesado por evangelizarla con el auxilio de sus catequistas a tiempo completo.

—Teniendo en cuenta mis múltiples ocupaciones —fue mi respuesta—, acepto, a condición de que ordene diácono en la mayor brevedad posible a don Filemón, que quedaría de planta en la parroquia, mientras un servidor seguiría visitándola periódicamente por zonas.

Ante esta propuesta, el rostro del obispo se iluminó de santa satisfacción:

—Así se va a hacer. Déjeme arreglar primero el asunto con los obispos de la región y el clero de la diócesis—. Y se lanzó en alma y cuerpo a la tarea de aplanar el camino para el establecimiento del diaconado permanente en la diócesis. Mientras tanto, un servidor empezó a trabajar a don Filemón, un hueso muy duro de roer. En realidad, sabía que, cuando algo no le cuadraba en su mente, era difícil lograr convencerlo de lo contrario. Era más terco que una mula. De todos modos, habría que intentarlo, buscando sus puntos más vulnerables. Y se presentó la oportunidad.

Un día, durante un retiro, mientras estaba conversando con un catequista a tiempo completo, lo vi pasar delante de

mí y lo llamé, proponiéndole que se integrara al equipo de los catequistas a tiempo completo. Su respuesta fue, como siempre, tajante e inmediata:

—No puedo. Es que soy viudo con dos hijos, uno de los cuales aún es soltero. Además, ya tengo 61 años de edad y veo difícil que pueda congeniar con los muchachos que usted trae consigo como catequistas a tiempo completo.

Y diciendo esto, se despidió y siguió su camino. Mientras se alejaba, oyó el comentario que yo le hice al catequista que me estaba acompañando: “Así muchos le contestaron a Jesús”. Estas palabras fueron para don Filemón como una puñalada que le atravesó el corazón. Todo podía soportar, menos ser tachado de resistirse al llamado de Jesús. De inmediato reaccionó, regresó y me dijo:

—Padre, estoy a sus órdenes. Dígame qué tengo que hacer.

El antiguo sinarquista volvió a las filas, como un soldado valiente ante su comandante, dispuesto a dar la vida por la causa. Sin más ni más, lo puse a las órdenes del catequista que me estaba acompañando:

—Ustedes dos se van a encargar de evangelizar todos los pueblos de esta zona. Tú, poco a poco, irás aprendiendo el método y, si todo marcha bien, de aquí a tres meses nos veremos y harás la promesa como catequista a tiempo completo. Por mientras deja a tu hijo casado la responsabilidad del rancho y el cuidado de tu hijo menor. Como dijo Jesús, “deja que los muertos sepulsen a sus muertos; tú ve a anunciar el Reino de Dios” (Lc 9, 60).

Y ASÍ, DE UN MOMENTO A OTRO, la vida de don Filemón dio una vuelta de 180 grados, dejando de ser un simple sacristán y rezandero y volviéndose en un catequista a tiempo completo y un alumno más del Instituto Teológico para Laicos, del cual un servidor era director. Esto le permitió entrar en contacto con la crema y nata del laicado más comprometido de la diócesis.

Mientras tanto, el obispo seguía con lo suyo, dialogando con los obispos de la región (que no tuvieron ninguna objeción al respecto) y el clero de la diócesis, que manifestó un rotundo rechazo ante la propuesta.

—De todos modos — ésta fue la reacción del valiente obispo —, el diaconado permanente pronto se va a establecer en esta diócesis. Lo de ustedes fue una simple consulta, como marca el Derecho Canónico.

Una vez aclarado el aspecto jurídico, hablé con don Filemón, comunicándole la decisión tomada de acuerdo con el obispo de que pronto iba a ser ordenado diácono. Don Filemón no titubeó un solo instante:

—Sí, padre. Lo que ustedes ordenen—. Y empezó la preparación inmediata para su ordenación.

NATURALMENTE, COMO ERA DE ESPERARSE, pronto empezaron las burlas y las muestras de rechazo de parte de algunos presbíteros, que veían en los diáconos permanentes una especie de competencia que podía poner en peligro sus entradas, puesto que también ellos pueden administrar los sacramentos del bautismo y el matrimonio, bendecir las casas, los carros y todo tipo de objetos religiosos, asistir a los funerales y realizar ceremonias de quince años, presentación al templo, etc.:

— ¿Para qué van a ordenar diácono a un anciano que apenas puede leer, sin estudios ni nada?

— ¿Qué puede hacer un diácono que no pueda hacer un simple laico comprometido?

—¿No sería mejor seguir como siempre, preparando mejor a los laicos y delegándoles alguna función, en lugar de meternos en un camino totalmente desconocido, como es el del diaconado permanente?

— ¿Los diáconos permanentes? Un problema más para la diócesis. A ver cómo los vamos a mantener.

—Si hay alguna parroquia abandonada, ¿por qué no entregarla al cuidado de las religiosas, como se ha hecho hasta la fecha? ¿Qué es eso del diaconado permanente?

Y el pobre don Filemón, entre la espada y la pared, sin saber cómo comportarse en una situación totalmente inédita, ante una jerarquía dividida por algo que tenía que ver directamente con su persona. Él, que nunca había buscado la notoriedad, de un momento a otro se había vuelto en la manzana de la discordia, sin quererlo; él, que siempre había

actuado con sinceridad y seguridad, de un momento a otro empezaba a pisar un terreno resbaladizo, por pura obediencia; él, que siempre tenía una respuesta para todo, ahora no sabía qué contestar ante los cuestionamientos que le hacían, acusándolo de presumido y ambicioso.

Un nuevo martirio empezaba para don Filemón, un martirio de parte de los mismos presbíteros, que él había siempre defendido a capa y espada y por los cuales estaba dispuesto a dar la vida; un martirio constante, que lo iba a acompañar hasta la tumba. Qué bueno que don Filemón estaba preparado para este sacrificio. Su experiencia juvenil, fogueada en la lucha por la defensa de la fe, lo había hecho idóneo para una misión tan grande y un martirio sin igual, que sólo él conocía y que no quería compartir con nadie, feliz de haber sido considerado digno de sufrir algo “por la santificación de los sacerdotes”.

Y LLEGÓ EL DÍA TAN ANSIADO Y TEMIDO de la ordenación, que pronto se volvió en una apoteosis para don Filemón, que estaba allí, entre los curas, revestido de los sagrados paramentos, ensimismado en el misterio y como espantado. Al terminar la ceremonia, empezaron las porras por todas partes, mientras él, confundido más que nunca, se ponía de rodillas delante de cada presbítero, le besaba la mano y le pedía una oración especial para que pudiera cumplir a cabalidad con su ministerio.

Ahí estaba el tan temido don Filemón, más humilde y desarmado que nunca, consciente de ser por vocación el “servidor” de todos, siempre dispuesto para servir dentro y fuera de los actos litúrgicos. Ante un testimonio tan cautivador, en muchos catequistas surgió el santo deseo de ser diáconos, para prestar un mejor servicio a la Iglesia. Y pronto empezaron a llover las solicitudes. Un nuevo capítulo se acababa de abrir en la historia de la diócesis.

Ahora me tocaba a mí dar solidez a la iniciativa, haciendo todo lo posible para que el pueblo en general pudiera comprender y aceptar el papel del diácono, aprovechando sus servicios. En el fondo, de eso se trata, es decir de ver la manera mejor de servir al pueblo de Dios, poniendo en acción todos los carismas que el Espíritu Santo dona a su Iglesia, evitando

todo tipo de acaparamiento de parte de algunos con el peligro de dejar a los feligreses sin la debida atención pastoral por falta de personal. Que cada uno dé a la Iglesia lo que pueda, según el don recibido de Dios.

Para lograr esto, hacía todo lo posible para que don Filemón me acompañara continuamente en los actos litúrgicos, en los retiros y en los cursos de formación. Así todos tenían la oportunidad de conocerlo personalmente, mientras de mi parte le iba soltando cada vez más las riendas, hasta permitirle que se alternara conmigo en la homilía, las charlas y ciertos ritos del bautismo. Al final, yo solamente presidía las celebraciones, mientras don Filemón hacía todo lo demás.

De esta manera don Filemón iba adquiriendo experiencia y el pueblo iba entendiendo el papel del diácono, sin sobresaltos, como algo normal en el quehacer de la Iglesia. Estando un servidor siempre presente en las celebraciones que se realizaban, a nadie se le ocurría preguntarse si el papel que desempeñaba el diácono era correcto o no. Hasta que empezó a solicitar algún servicio directamente a don Filemón, subyugado por su gran humildad, su espíritu de entrega y su desinterés total (nunca pedía algo a cambio de lo que hacía).

Así, poco a poco, don Filemón fue adquiriendo práctica en sus nuevos menesteres como diácono, recuperando la serenidad y la seguridad de antes, cuando fungía como sacristán y rezandero. Como profundo conocedor del pueblo y hombre totalmente enamorado de las cosas de Dios, pronto se volvió en un volcán de ideas, que a mí me tocaba evaluar y formalizar, teniendo en cuenta de una manera especial el aspecto doctrinal y litúrgico.

—Padre, ¿qué quiere decir esta palabra? ¿La puedo cambiar por esta otra que la gente entiende mejor?

— ¿Está bien esta explicación? Para que la gente entienda mejor este texto bíblico, ¿puedo presentar este ejemplo?

— ¿No sería conveniente utilizar en alguna ocasión el teatro para impactar más a la gente y hacerle entender mejor alguna enseñanza?

— ¿No sería bueno que para los agentes de pastoral cada mes hubiera un retiro espiritual?

—El otro día, encontrándome en el Instituto Teológico para Laicos, sugerí al maestro de liturgia que se utilizara la Biblia durante la misa, como hacemos nosotros aquí, y él me contestó que eso es antilitúrgico. Padre, ¿cuándo algo es antilitúrgico?

—Algo es antilitúrgico cuando está en contra de la liturgia.

— ¿Y cuándo algo está en contra de la liturgia?

— Cuando, en lugar de ayudar, estorba o impide a la comunidad a celebrar la propia fe y encontrarse con Dios.

— ¿Por qué entonces el maestro dijo que el uso de la Biblia en la misa es antilitúrgico, cuando vemos que ayuda a participar mejor en la misa?

—Pregúntaselo a él.

Y con esa manera tan sencilla de ver las cosas y solucionar los problemas, pronto don Filemón se volvió en un verdadero maestro para todos. Era tanto el impacto que causaba en la gente durante las celebraciones que nadie despegaba la vista de él, deseosos de penetrar el misterio que él vivía y trataba de comunicar a los demás, inventando cualquier cosa. Se veía tan concentrado en lo que hacía y decía, que la gente con toda naturalidad se sumergía en el mundo espiritual que él vivía, recreaba y trataba de transmitir a los demás con toda naturalidad. Nadie podía sustraerse al hechizo de su presencia cautivadora. Con solo verlo, uno quedaba prendado y contagiado.

En distintas ocasiones me traía algún folleto, catecismo o documento de la Iglesia, para pedirme que le explicara su contenido y, una vez que captaba su sentido, me sugería cómo se podía transmitirlo mejor al pueblo en general. En otras ocasiones me traía algún comentario a ciertos pasajes bíblicos que quería utilizar en los retiros o en las celebraciones de la Palabra. Antes de enseñar algo a la gente, quería estar seguro de que todo estuviera correcto y no hubiera algún error. Por eso me exigía que lo revisara todo y le diera el visto bueno, añadiéndole, si fuera posible, alguna observación al respecto. Es que era muy escrupuloso y no quería “regarla”, como solía decir.

Durante las largas caminatas que hacíamos para visitar las numerosas comunidades de la inmensa parroquia, no dejaba de meditar y orar. De vez en cuando se dirigía hacia mí y me comentaba tal o cual acontecimiento, proyecto o enseñanza. Quería conocer mi punto de vista al respecto y, si algo no le parecía, empezaba con sus porqués, hasta no entender bien el asunto. En muchos casos, con tal de no enfrascarme en largas discusiones, un servidor prefería simular estar completamente de acuerdo con su manera de ver las cosas, aunque disentía en algunos detalles de poca importancia.

Lástima que esta experiencia evangelizadora con don Filemón, para mí tan enriquecedora, haya durado poco más de un año. De hecho, cuando menos me lo esperaba, el obispo me dio la triste noticia:

—Necesito con carácter de urgencia que don Filemón deje de ser su ayudante para hacerse cargo de la parroquia tal.

— ¿Cómo le hago ahora con este paquete? ¿En qué quedamos cuando usted me propuso el cuidado de esta parroquia tan extensa y difícil?

—No hay problema. Escoja a otro alumno del Instituto para que le dé el relevo. Además, hay algunos agentes de pastoral que desean ser diáconos y no pueden porque sus párrocos no se lo permiten. En este caso le aconsejo que hable con ellos para que entren a formar parte de su grupo de catequistas a tiempo completo y se integren a su parroquia. De esa manera le ayudan en la pastoral y al mismo tiempo pueden acceder al diaconado permanente, contando con su apoyo como director del Instituto y párroco. ¿Qué le parece?

—Perfecto. Así tengo la oportunidad de seguir entrenando a más gente.

Y con eso solté a mi mejor maestro en el arte de conocer a la gente y saber tratarla.

—De todos modos — siguió el obispo —, usted seguirá apoyando a don Filemón en su nueva misión.

— ¿En qué sentido?

—En el sentido de que don Filemón estará a cargo de la parroquia como su vicario, mientras usted tendrá el título de

párroco, un título nada más, mientras todo lo demás lo hará don Filemón. Ni modo. Usted empezó la obra y usted tendrá que concluirla, formando como se debe a los primeros diáconos, que después van a formar a otros. Por otro lado, creo que por lo menos durante algún tiempo habrá poco que hacer en la nueva parroquia, teniendo en cuenta el estado deplorable en que se encuentra. Ojalá que con la ayuda de don Filemón algún día logremos levantarla.

Capítulo 3

PUEBLO QUIETO ALMAS PERDIDAS

Unos días después nos trasladamos a la cabecera de la nueva parroquia, una población de unos diez mil habitantes, a orillas del río y con una vegetación exuberante, dominada por los mangos, los mejores de todo el país, según cuenta la gente. Mientras contemplaba el panorama, realmente encantador, el obispo me comentó su situación moral poco halagadora.

—Pronto usted mismo se dará cuenta. Parece estar viviendo en los tiempos bíblicos de Sodoma y Gomorra. Mucha homosexualidad. Dicen que hay gente que llega aquí de otros países para sentirse a sus anchas.

De hecho, mientras atravesamos el río, dos españoles que nos acompañaban en la barca nos comentaron que cada año llegaban al pueblo a pasar sus vacaciones. Por sus modales, nos dimos cuenta de que se trataba de gente de otro bando. Los dos andaban muy apretados el uno al otro y acariciándose descaradamente.

—A esto — siguió el obispo —se añade la mala conducta de algunos presbíteros que han estado aquí durante los últimos años. A uno de vez en cuando lo tenían que levantar de la calle y llevarlo al curato totalmente borracho e inconsciente. A otro ya no lo soportaban más por su total descuido de los asuntos parroquiales y sospecha de pederastia, que tenía a todos los papás nerviosos y en estado de alerta extrema. Pues bien, aquí le tocará trabajar a nuestro amigo don Filemón. Que Dios lo ayude en esta nueva misión y nuestra Madre Santísima lo ampare bajo su manto maternal.

Mientras conversaba con el obispo, noté a don Filemón muy recogido en oración. Tal vez no escuchó nada de lo que estábamos hablando o no quiso hacerle caso. En la toma de posesión estaban presentes unas cuantas superdevotas, con el escapulario de la Virgen de Carmen bien visible, como un escudo contra las asechanzas de Satanás — y vaya que estaban bien necesitadas de tan alta protección —. Se veía claramente que, por lo general, a la gente del pueblo no le interesaba mucho todo lo que se relacionaba con la parroquia. Ya estaba completamente hastiada de tantos malos testimonios de parte del clero. Se acercaba al templo solamente cuando necesitaba algún servicio especial, como un bautismo, un matrimonio, una fiesta de quince años o una misa de difuntos. Fuera de esto, nada o casi. “Pueblo quieto — Almas perdidas”, así me comentó la situación la líder de las abuelitas con el escapulario de la Virgen del Carmen.

Mientras se desarrollaban los ritos de la toma de posesión, noté que las pocas devotas presentes no quitaban su vista de encima de un servidor y de don Filemón. Después alguien me comentó que nos estaban como espiando para descubrir alguna posible maña de parte nuestra, en concreto de qué bando éramos los dos — un arte en el cual se consideraban muy expertas —, con miras a definir de una vez las estrategias a seguir en el trato con nosotros.

Pero hubo algo que las sacó a todas fuera de quicio y las dejó totalmente desconcertadas. Antes de concluir la ceremonia, don Filemón se puso de rodillas ante los presentes y les pidió perdón por todos los malos testimonios que en el pasado habían recibido de parte de los encargados de la parroquia. Al mismo tiempo les pidió que oraran por él y se comprometieran delante del obispo a participar en la hora santa que se iba a realizar todos los jueves por la santificación de los sacerdotes. Habló también de actos de penitencia, que habría que hacer para que pudiera cambiar el rumbo de la parroquia.

Tomadas de sorpresa, muchas de las presentes no supieron cómo reaccionar. No faltó alguna alma piadosa que llegó a derramar una que otra lágrima. Al despedirse, el obispo me hizo el siguiente comentario:

—Don Filemón entró a la parroquia con el pie derecho. Estoy seguro de que, con su humildad, bondad y sencillez, logrará sacarla del bache en que se encuentra actualmente. Ojalá que pueda congeniar con las hermanas religiosas que han estado atendiendo la parroquia desde hace un año, con escasos resultados, y que no pudieron estar presentes a esta toma de posesión, dizque por un repentino malestar de una de ellas.

—Lo dudo seriamente —fue mi respuesta—. Teniendo en cuenta la mentalidad de don Filemón y la manera de proceder de las religiosas, creo que pronto van a chocar (lo que desgraciadamente la realidad pronto se encargó de confirmar).

Al día siguiente, a las cinco de la mañana, don Filemón ya estaba repicando las campanas para el rosario de aurora. Nos acompañaron unas cuatro o cinco abuelitas, que posiblemente sufrían de insomnio y aprovecharon la oportunidad para distraerse un poco o dormir a gusto —para algunos es el primer efecto que produce el rezo del santo rosario—. Al cabo de una semana ya eran unas quince. Lo mismo por la noche para misa. Una semana más y ya habíamos recorrido todas las comunidades de la parroquia (unas quince en total), tomando nota de sus necesidades más apremiantes: falta de capilla en algún lugar, falta de agentes de pastoral en otro, niños sin bautizar, adultos sin casarse por la Iglesia, etc. Un descuido total, mientras la competencia aprovechaba puntualmente la situación.

En un mes el diácono Filemón y un servidor nos sentimos ya de casa, bien vistos por el pueblo en general y con buenas perspectivas de trabajo. Ya la gente más allegada a la Iglesia estaba enterada de lo que era un diácono y cuáles eran sus funciones, teniendo en cuenta la situación concreta de aquella parroquia, en la cual la presencia del párroco, por circunstancias especiales, tendría que ser muy esporádica.

Al llegar las religiosas, hicimos el punto de la situación e intentamos planear algo concreto para los meses siguientes. Imposible. Que primero habría que hacer un serio diagnóstico de la realidad, conocer las necesidades reales de la gente y después se podría pensar en un plan de acción pastoral. Como

sospechaba, ante estos planteamientos, don Filemón se sintió perdido, sin entender nada, y se fue al grano:

—Digan ustedes qué han hecho en concreto durante el año que han estado aquí.

—Nos hemos dedicado a conocer la realidad. Ya tenemos algunas estadísticas acerca de las casas que cuentan con piso de cemento y letrinas, de los adultos analfabetos y de los niños que por diversas razones están desertando de la escuela. Nos falta tener datos precisos acerca del estado de salud de la población. En realidad, aquí existen muchas enfermedades que aún no han sido erradicadas como, por ejemplo, el paludismo y la tuberculosis. Nuestra tarea en estas circunstancias es enorme y, por desgracia, no contamos con los recursos necesarios para hacerle frente. Por eso, mientras seguimos con nuestra investigación, nos estamos dedicando a recaudar fondos mediante rifas, kermeses y venta de tamales, rompoppe y galletas.

—¿Y la evangelización? — explotó don Filemón.

—¿Cuál evangelización? — le contestó airada la madre superiora—. Ojalá yo pudiera tener la misma fe que tiene la gente de aquí. ¡Si usted viera con cuánta devoción le piden a sus santitos cuando tienen algún problema!

Por poco le daba un infarto a don Filemón. Ni modo. Don Filemón y las religiosas: dos mundos totalmente diferentes y distantes. Por un lado, la *sencillez evangélica* y por el otro las *complicaciones ideológicas*. Ante la imposibilidad de entenderse y llegar a un acuerdo, don Filemón cortó por lo sano.

—Bueno: ustedes sigan con lo suyo y yo con lo mío. Al final, Dios nos va a pedir cuentas a todos, teniendo presente la buena voluntad de cada uno y, especialmente, su gran misericordia.

Un año duró este connubio híbrido entre don Filemón y las religiosas. Un año de mutuo martirio. Lo que para don Filemón era lo máximo (la Biblia, el rezo del santo rosario y la confesión), para las religiosas era tiempo perdido y viceversa. Por fin estas últimas tuvieron que retirarse, ante el entusiasmo popular a favor de don Filemón y la indiferencia hacia ellas por estar metidas en asuntos que nadie lograba entender.

Recuerdo con cuánto entusiasmo el obispo me hablaba acerca de los adelantos que, desde la llegada de don Filemón, se empezaron a dar en un pueblo que parecía destinado a la perdición, sin esperanza alguna de vida cristiana. Por otro lado, ¿qué se podía esperar, si los mismos curas estaban perdidos? Un día me comunicó, lleno de entusiasmo:

—Acabo de estar con don Filemón en la fiesta de la Virgen de Guadalupe. Algo nunca visto: las principales calles del pueblo totalmente adornada con flores, manteles, globos y recortes de papel con todo tipo de figuras. Cada día una procesión de distintos puntos del pueblo hasta el templo parroquial, entre cantos, rezos y exhortaciones de don Filemón, invitando a la conversión con su voz estentórea y sus frases incisivas. Y la vigilia de la fiesta, confesiones desde las cuatro de la tarde hasta la hora de la misa, alrededor de la medianoche. Qué bueno que llegaron a darme una mano algunos padres del seminario. De otra manera, me hubiera resultado imposible atender a solas la gran cantidad de gente que pedía reconciliarse con Dios. Algo realmente increíble. No se imagina usted cuántos peces gordos se están acercando a la Iglesia, desde el momento en que don Filemón puso pie en aquella tierra, que parecía perdida para siempre. Sin duda que don Filemón es un verdadero mago en el arte de mover hasta los corazones más endurecidos.

—Es que don Filemón siente y vive lo que dice. No habla de oídas o por haber leído algo en los libros. Cuando habla don Filemón, de inmediato uno se siente transportado hacia otra dimensión. En su voz se percibe algo diferente, que instintivamente lleva hacia un mundo superior, donde se respiran aires de pureza y santidad. Su voz, a veces chillona y desentonada, despierta siempre una profunda nostalgia de Dios, haciendo añorar el antiguo paraíso perdido. Con don Filemón se hace visible y palpable lo que por lo general parece abstracto y lejano; con él uno aprende a respirar a pleno pulmón, donde antes el aire parecía rarefacto y perturbador. Nadie puede sustraerse al hechizo que emana de la personalidad de don Filemón cuando habla de Dios.

Por eso posiblemente —para no echar raíces—, una vez resuelto el problema, se decidió que don Filemón cambiara de

lugar, sustituyéndolo con un presbítero. A los que trataban de calentarle la cabeza, don Filemón contestaba con toda sencillez:

—Para eso estamos los diáconos, precisamente para preparar el camino, como hizo Juan el Bautista. Una vez preparado el camino y ya existe una verdadera comunidad cristiana, tiene que llegar el sacerdote para que haya misa, confesión y tantas cosas más, que nosotros los diáconos no podemos hacer.

Y todo arreglado. Una vez que el nuevo párroco tomó posesión de la parroquia y el campo quedó despejado de posibles metiches alborotadores — don Filemón odiaba las ceremonias de despedida —, nuestro amigo tomó sus cachivaches y se hizo acompañar a su nuevo destino por alguien de confianza, para continuar con su misión de precursor. Recuerdo haberlo visitado por allá unas dos o tres veces, muy metido en la ardua tarea de reunir a las ovejas dispersas, reparar el futuro templo parroquial y construir el curato para hospedar al cura. Mismo estilo de siempre y misma meta: preparar el camino para la llegada de un presbítero.

Después le perdí la pista, debido al hecho que estuve fuera de la diócesis por un buen rato. De todos modos, por lo visto, el ejemplo de don Filemón cundió y dio buenos frutos. Prueba de ello fue el aumento constante del número de los diáconos permanentes, que rebasó los treinta. Una verdadera bendición para toda la diócesis, siempre sujeta a una endémica escasez de presbíteros.

Capítulo 4

UN SANTO

Ni tiempo tengo para regresar a mi diócesis y asumir mi nuevo cargo como rector del seminario, cuando me llega la triste noticia: acaba de fallecer don Filemón. Me la comunica uno de mis mejores alumnos del Instituto de Teología para Laicos, condiscípulo del difunto don Filemón y diácono como él. Insiste que lo acompañe para el velorio, los ritos fúnebres y el sepelio.

Faltaría más. De inmediato reúno lo necesario para la misa, me precipito a su casa y con él tomo el camino hacia la aldea del difunto don Filemón. Unas dos horas abundantes por caminos de terracería. Mientras tanto aprovecho para ponerme al día en los asuntos de la diócesis.

—Desde la muerte del obispo anterior — se queja mi antiguo alumno —, que había establecido en la diócesis el diaconado permanente y que siempre nos defendió contra vientos y mareas, empezó para nosotros una etapa de invernadero. Parece que actualmente ésta sea la consigna: hacernos desaparecer. Poco a poco nos están quitando las diaconías, obligándonos a vivir en las cabeceras parroquiales, como si fuéramos simples acólitos, un adorno para las ceremonias más importantes. Los curas que nos dejan plena libertad de acción se pueden contar con los dedos de una mano.

— ¿Y para sostenerse económicamente?

—La curia nos proporciona un sueldo de hambre, como si fuéramos limosneros.

— ¿Y todas las entradas?

—Para los señores curas. Así piensan fomentar más las vocaciones sacerdotales y desanimar a los posibles candidatos al diaconado permanente. Parece que hemos vuelto a los

tiempos de don Porfirio, cuando los dueños de las haciendas nadaban en la abundancia y los peones morían de hambre.

— ¿Y las comunidades que se encuentran lejos de los centros parroquiales?

—Que se pudran. A nadie le interesan. Para cualquier servicio, hay que acudir a la cabecera parroquial y pagar según los aranceles establecidos, sin fijarse si alguien es rico o pobre. “La ley es igual para todos” — dicen —. Y nada de protestas.

—Así que los antiguos adversarios del diaconado permanente ahora se están tomando la revancha.

—Así es. A como dé lugar, nos quieren ver derrotados. Y todo esto por el maldito amor al dinero. Aunque no se den abasto para hacer frente a todo el montón de trabajo que hay, de todos modos prefieren quedarse solos. Su lema es: “Mejor solos que mal acompañados”. Sin embargo, ¿qué hacen en concreto? Se dedican exclusivamente a la administración de los sacramentos, más alguna otra ceremonia de quince años, presentación al templo, etc., acaparando para sí todo lo que tiene que ver con la lana. “Vénganos tu reino”. ¿Y para nosotros? Una que otra quinceañera que no tiene donde caerse muerta, o un funeral en algún rancho perdido en la montaña.

—¿Y la evangelización?

—A nadie le interesa. Por otro lado, nuestros curas no están entrenados para eso. Cuando en la diócesis, los decanatos o las parroquias se habla de evangelización, se salen siempre con alguna frase muy vaga, sacada de los documentos de la Iglesia. Es que no tienen experiencia en el campo de la evangelización. En el seminario, lo único que se les exige es el estudio. Nada de entrenamiento pastoral. Por eso, cuando se reciben, se dedican a puras celebraciones. Es que no saben hacer otra cosa. Nada de visitas domiciliarias, cursos de conversión o diálogo personal con la gente, como usted nos enseñó en el Instituto. Fijese que muchos no saben impartir ni un breve curso bíblico o un retiro espiritual. Para eso estamos nosotros, los diáconos, con el cuento de que ellos están muy ocupados. Muchos curas en toda su vida no han convertido ni a un gato. Ni han pensado hacerlo. Viven en el mundo de los ritos.

— ¿Y el obispo?

—Ni fu ni fa. Lo deja todo en las manos del presbiterio y, como siempre, no falta alguien que tome la batuta y haga lo que le dé la gana, entre el desinterés general. Y nosotros pagamos el pato, juntamente con el pueblo. Ahora, por ejemplo, hay ya más de cincuenta candidatos al diaconado permanente que ya terminaron su preparación y están en espera de la ordenación. Le preguntamos a los párrocos y al obispo cuándo será la ordenación y la respuesta es siempre la misma: “después”, “después”... ¿cuándo? Quién sabe. Parece que, por lo menos en nuestra diócesis, el diaconado permanente quedó congelado para siempre.

Trato de dar ánimo a mi antiguo alumno, pero veo que el asunto de los diáconos permanentes anda realmente mal. Sigo preguntando para entender mejor la situación:

—Y la gente, ¿qué piensa?

—Generalmente está a favor de los diáconos permanentes, especialmente donde han hecho la experiencia de ser atendidos por alguno de ellos. Es que la gente nos siente más cercanos y atentos a sus necesidades. Por eso nos aprecia y nos busca más. De ahí cierto celo de parte de algunos curas, que nos ven como rivales y competidores. De todos modos, ¿qué culpa tenemos nosotros, si ellos son regañones y con sus modales alejan a la gente? Claro que no faltan devotas, que están continuamente pegadas a sus sotanas y no nos quieren ver ni en pintura. Normalmente se trata de solteronas y viudas, que no saben en qué entretenerse y se la pasan todo el día entre chismes y devociones. No se despegan de los confesonarios y nunca mejoran, siendo una verdadera peste para todos.

Cuando ya estamos a pocos kilómetros de distancia del rancho del difunto don Filemón, empezamos a notar grupos de personas que salen de los caseríos y toman el camino vecinal, que lleva a la aldea del difunto. Todos caminan rezando el rosario. Se ve que la noticia del deceso de don Filemón ya se regó por toda la región. La gente, al reconocermé, se alegra y me saluda agitando las manos.

—Era algo que se esperaba de un momento a otro — me comenta mi acompañante —. Imagínese: noventa y cinco años de edad, de los cuales los últimos cinco o seis años sin

salir de su aldea, por haberse vuelto totalmente ciego y débil. Posiblemente se habrán enterado por la radio, como ha pasado conmigo.

Entre tanta gente, descubro a dos señores, que andan cargando una hamaca, como se suele hacer cuando llevan algún enfermo. Al acercarme, me doy cuenta de que se trata de una ancianita. Me ofrezco a llevarla en el carro. Una vez dentro, me reconoce y explota en un llanto inconsolable:

—Ahora que murió el hermano Filemón, ¿qué será de nosotros?

Pregunto el porqué. Me contesta la nuera:

—Para nosotros el hermano Filemón ha sido un verdadero padre. Por lo menos nos visitaba todas las veces que llegaba por aquí a ver a sus hijos. Nunca nos dejó solos. Nos aconsejaba, oraba por nosotros y bendecía nuestros animalitos y nuestras cosechas.

— ¿Y el cura?

—Viene solamente cuando lo trae algún rico por alguna boda o misa de difuntos. Es que estamos muy retirados y los carros no llegan hasta nuestros pueblitos. Los últimos años, para ver al hermano Filemón, nosotros íbamos a su rancho. Pero, ahora que ya murió, ¿qué será de nosotros?

Una vez más me convengo de la necesidad de contar con los diáconos permanentes para atender a la gente más alejada. Ni modo. ¿Qué le podemos hacer? Así son las cosas: todos hablan en favor de los pobres, pero a nadie le interesan los pobres de carne y hueso. Los de arriba deciden, teniendo en cuenta sus intereses, como si los pobres no existieran.

Y llegamos al rancho. Parece una fiesta: todos están metidos en los preparativos para el funeral.

—Será algo nunca visto —comenta otro diácono, llegado poco antes que nosotros—. La gente quiere que por última vez el difunto Filemón visite todos los pueblitos que acostumbraba visitar, cuando llegaba por aquí.

—¿En cuánto tiempo?

—El tiempo es lo de menos: dos o tres días.

—¿No hay peligro que el cuerpo empiece a descomponerse?

—Quién sabe. Aquí manda la gente y ya.

Entro en la casa. Allá está el cadáver de don Filemón, reducido a piel y hueso. Mientras algunos rezan, otros desfilan ante ella, dándole un beso en la frente, y otros cuentan anécdotas de la vida del difunto don Filemón.

— ¿No te acuerdas cuándo los maestros de la escuela y los catequistas lo acompañamos por todo el recorrido, para evitar que los narcotraficantes le hicieran algún daño? Cuando se dieron cuenta de la caravana que acompañaba a don Filemón, se espantaron. Evidentemente, entre todo aquel gentío, no faltaba alguien, poco afecto a las cosas de Dios pero muy apegado a don Filemón, que pensaba ganarse el paraíso echándose a uno que otro que intentara acercársele con mala intención. El hecho es que, desde entonces, nadie se atrevió a molestar a don Filemón.

—Para mí, don Filemón es un verdadero santo. A mí me ha hecho muchos milagros.

—También a mí.

—También a mí.

Ya empezó la leyenda de don Filemón. Alguien propone que de inmediato demos inicio a la celebración de la misa de cuerpo presente. Sugiero que esperemos un rato, por si acaso llega el párroco del lugar.

—No vendrá — aclara un familiar del difunto —. Me dijo que está muy ocupado.

— ¿Ocupado? — me comenta mi antiguo discípulo —. A propósito no quiere venir. En una ocasión me dijo: “No quiero ver a don Filemón ni muerto”. Es que su fama de apóstol y santo lo molestaba. Cuando hablaba de él, lo llamaba “el patriarca”. Solía decir: “Que se queden con su patriarca”. Le tenía unos celos tremendos. Quién sabe qué pasará ahora que don Filemón ya murió. No me extrañaría que castigara a la gente de aquí, borrándolos de su agenda.

—En este caso nosotros dos nos haremos cargo de esa gente. Apenas sea posible, comentaré el asunto con el obispo.

Doy instrucciones para que preparen el altar bajo el mango, donde don Filemón acostumbraba recibir a la gente que lo iba a visitar. Delante del altar depositan el cadáver de

don Filemón en el suelo, según su expresa voluntad. Y empieza la celebración. Pensaba que hubiera podido aguantar. Pero no. Los recuerdos afluyen a mi mente como un río en crecida y me hago bolas. Mi emoción contagia a la gente, que en un principio parecía serena, y todo se vuelve en suspiros y llantos.

En el intento de recuperarme, invito a los presentes a contar los pormenores de su deceso y alguna experiencia particularmente interesante de su vida. Y así, entre oraciones, anécdotas y una que otra risa (no falta alguien que cuenta algo chusco) pasan unas dos horas abundantes, reviviendo la dicha de haber conocido a don Filemón, un verdadero hombre de Dios. ¡Qué bueno que los dos diáconos que me acompañan toman la batuta, dejando para mí solamente la fórmula de la consagración y una que otra palabra más! Se dan cuenta de que estoy a los límites de la resistencia.

Termina la celebración de la misa, incienso el cadáver, me desvisto de los sagrados paramentos, entro en el carro y ¡adiós, mi querido don Filemón, por algún tiempo mi incomparable compañero de armas! ¡Hasta pronto!

New York, a 27 de marzo de 2009.

EL SEÑOR CURA CON SU CLOSET

PRÓLOGO

EL PADRE JOSÉ LUIS: un cura cualquiera, sin estudios especiales ni capacidades excepcionales. Su característica fundamental: ser ecléctico y sumamente pragmático, es decir, tomar ideas por aquí y por allá y experimentarlas. Si algo funcionaba, adelante; de otra manera, borrón y cuenta nueva. Odiaba los razonamientos sofisticados: si algo era factible o no; si era más conveniente u oportuna una iniciativa que otra. Se aventaba y ya. Solía decir: *«Tienes que intentar diez caminos para quedarte con uno», «Mejor un hecho que cien palabras», «Empezar a remover las aguas estancadas: esto es lo que hoy más urge en la Iglesia».*

Por eso se le veía continuamente rodeado de gente: algunos hacían cosas, otros se hacían y todos comían con él y de él. A su alrededor había siempre movimiento. Sentía gusto por la acción. Para él, lo peor era no hacer nada. Y repetía a los cuatro vientos: *«Hoy en día no hacer nada es lo peor que podemos hacer. ¿Cómo podemos quedarnos mirando al cielo, cuando el lobo no descansa y nos sigue arrebatando las ovejas? Hoy en día no hacer nada es una verdadera traición».*

Al mismo tiempo, el padre José Luis padecía de una cierta manía de grandeza. Uno de los primeros días en que lo conocí, como sin querer queriendo, me dijo:

—Fijese, padre, que en estos días me encuentro en un gran aprieto y no sé cómo resolver el problema. Es que me acaba de llamar el nuncio apostólico, proponiéndome el nombramiento de obispo auxiliar de esta diócesis. Y sinceramente no sé qué contestarle. ¿Qué me sugiere usted? Por favor, le ruego que todo esto quede entre nosotros. No quisiera que se hiciera de público dominio antes de tiempo.

Y como suele suceder en estos casos, me tomé mi tiempo para pensarlo, aunque me pareciera algo extraño que el padre José Luis consultara el asunto propiamente conmigo que era novato en la zona y por lo tanto no contaba con todos los

elementos necesarios para dar una opinión acertada al respecto. De todos modos, para sondear el terreno, encontrándome con un grupo de presbíteros y religiosas, les pregunté acerca de la conveniencia de que la diócesis contara también con un obispo auxiliar, sugiriendo para tal cargo el nombre del padre José Luis. Todos se soltaron en una sonora carcajada.

Otro aspecto de su personalidad, que más resaltaba y nos dejaba a todos y a mí en especial bastante intrigados, era su apego exagerado a los centavos. Para él, todo se medía por lo que le podía redituarse en centavos. Parecía un empresario de lo sagrado. Se aprovechaba de todo para acrecentar su caudal: rifas, kermeses, misas al por mayor con alfombra o sin alfombra, con coro o sin coro, con dos velas, cuatro o seis, bautismos sencillos o con los evangelios leídos o cantados... Y para todo había una tarifa.

Sin embargo, cuando murió, no dejó ni con qué comprarle el ataúd. ¿Adónde había ido a parar todo el dinero recaudado en tantos años de trabajo arduo y constante? Algunos decían que fue a parar en las manos de sus parientes; otros que poco a poco se lo iban chupando la cantidad de gente que lo rodeaba continuamente. Un hecho es cierto, que el padre José Luis llegó a la diócesis sin nada y se fue sin nada, con el único detalle de haber removido muchas aguas estancadas.

Este era el padre José Luis a los ojos de todos: un cura sin grandes dotes intelectuales, siempre en acción, amante de los centavos y emprendedor sin escrúpulo. Hasta que un día, sin más ni más, decidió abrirme su closet y salió a relucir otra cara del padre José Luis, una cara totalmente desconocida e inesperada, que hizo de él uno de mis amigos más entrañables.

Pues bien, ¿quieres acompañarme en esta gran aventura de descubrir al verdadero padre José Luis, más allá de toda apariencia y habladurías? Sígueme. No quedarás defraudado. Verás como delante de tus ojos poco a poco se irá abriendo un panorama nunca sospechado, con situaciones que a veces pueden llegar a ponerte los pelos de punta.

Guadalajara, Jal., a 6 de abril de 2009.

Capítulo 1

ESTRUCTURANDO COMUNIDADES

RECUERDO CUANDO LO VI POR PRIMERA VEZ. Todo un señor cura: tranquilo, alegre, con lentes, burlón, cuarentón y barrigón. Fue con ocasión de una conferencia que fui a impartir a los presbíteros, las religiosas y los laicos más comprometidos de la diócesis cercana. Se trataba de ver cómo formar a los agentes de pastoral en general y en especial a los que iban a recibir los ministerios del lectorado y del acolitado. En aquel entonces yo era párroco y director de un centro de formación para laicos de una diócesis colindante. Por eso me invitaron.

Apenas terminó la charla, se me acercó el padre José Luis y me invitó a conocer su extensa parroquia, para ver qué le sugería para que la pudiera atender debidamente. Visto su sincero interés para la pastoral, que siempre ha representado mi mero mole, acepté su invitación y señalé una fecha para encontrarnos y charlar largamente del asunto. Lo que sucedió unos días después.

—Mi parroquia —empezó el padre José Luis yendo al grano — cuenta con unos treinta-cuarenta mil habitantes, la mitad concentrada en la cabecera y la otra diseminada en unas cincuenta comunidades de unas quince-sesenta familias cada una. Un sector de la parroquia prácticamente ya lo borré de mi agenda, puesto que es casi completamente protestante. A las otras comunidades llego esporádicamente, con ocasión de alguna boda, la fiesta patronal o una misa de quince años. Como fácilmente se podrá imaginar, se trata de un trabajo agotador, sin resultados tangibles. Es como sembrar en el mar. De seguir así, estoy seguro de que poco a poco la competencia me va a dejar sin nada. En realidad, las sectas avanzan cada día más y yo no sé cómo hacerles frente. Después viene el asunto de la pobreza generalizada, las enfermedades,

la ignorancia y la explotación. Prácticamente unos cuantos caciques controlan toda la economía de la región. Me gustaría conocer su opinión al respecto y, si es posible, también me gustaría escuchar alguna sugerencia concreta para hacer frente a una situación, que, sinceramente, se me está escapando de las manos.

—Mira — le contesté —, antes que nada tienes que concentrarte en lo tuyo y dejar a un lado todo lo demás. Como dice el refrán: «El que mucho abarca, poco aprieta».

— ¿Y qué sería lo mío?

—El aspecto religioso. Por el momento concéntrate en lo espiritual, es decir, en formar a un grupo de verdaderos católicos. Éstos poco a poco se van a volver en la levadura, que va a fermentar toda la masa, y con eso se dará en la sociedad entera el cambio que todos anhelamos. Y para lograr esto, no tienes que ver tu papel solamente como sacerdote, dedicando todas tus energías al culto. No te olvides que al mismo tiempo eres profeta y pastor. Por lo tanto tienes que dedicar tu tiempo antes que nada a la enseñanza de la Palabra de Dios y el pastoreo. Menos culto, menos ceremonias y más enseñanza con más tiempo dedicado a orientar a los feligreses en el camino de la fe, especialmente a los más sensibles y abiertos.

—Con tanta gente a mi cargo y encontrándome solo en la parroquia, ¿cómo será posible que haga todo esto?

—Fíjate qué haría un ganadero que tuviera treinta – cuarenta mil cabezas de ganado. ¿Acaso podría atenderlas a todas personalmente? Imposible. ¿Qué haría entonces? Buscaría ayudantes. Y estos ayudantes ¿acaso trabajarían todos *gratis et amore Dei* (gratuitamente y por el amor de Dios)? Ni pensarlo. Pues bien, lo mismo tienes que hacer tú: buscar ayudantes y apoyarlos económicamente según las posibilidades concretas de la parroquia y las necesidades de cada uno de ellos.

Me di cuenta de que, ante esta propuesta, que me parecía tan acertada y sencilla, el padre José Luis empezó a dar signos de insatisfacción. Posiblemente lo de ayudar económicamente a sus colaboradores en la pastoral no le agradó mucho. Quería algo más práctico o tal vez milagroso,

que no perjudicara mínimamente el erario parroquial. En realidad, su línea de acción en este aspecto era «todo para acá y nada para allá»; es decir, movilizar todas las fuerzas vivas de la parroquia para sacar siempre más fondos económicos, cuyo destino nadie conocía.

—Lo que usted acaba de decirme — arremetió con cierta virulencia y en actitud de reto — me parece totalmente fantasioso y por nada práctico. ¿No tendrá algo más concreto que pueda ayudarme para dinamizar mi parroquia?

—Bueno, si quieres algo más práctico y concreto, te sugiero que empieces con unas misiones populares, realizadas por los laicos más entregados. Por ejemplo, podrías echar mano de los candidatos para los ministerios del lectorado y acolitado. ¿Cuántos son actualmente?

—Cuatro.

—Puedes empezar por ahí.

—¿Cuáles temas me sugiere para estas misiones populares?

—Los temas básicos, es decir, Dios, el hombre, el pecado, la redención y los sacramentos, especialmente el de la penitencia y la Eucaristía.

—A propósito de estos temas, ¿tiene algún folleto?

—Sí. Tengo el «*Catecismo Bíblico para Adultos*».

Bastó esto para que el padre José Luis arrancara de una vez con su plan de evangelización, con resultados sorprendentes. Comunidades que parecían muertas empezaron a florecer; por todos lados se veía gente deseosa de aprender y dar un servicio a la Iglesia; no faltaban jóvenes que manifestaban su deseo de ingresar al seminario. Y el padre José Luis se veía siempre entusiasta y dispuesto a acompañar al equipo evangelizador por lo menos al concluirse cada misión. Horas y horas de confesiones. Un trabajo realmente agotador, pero al mismo tiempo lleno de enormes satisfacciones.

Unos meses después me daba la alegre noticia: ya contaba con un grupo de unas ochenta personas, deseosas de prepararse para ser catequistas en las distintas poblaciones donde se habían realizado las misiones populares. Pues bien, para formar a esa gente, el padre José Luis solicitaba mi apoyo,

a lo que accedí de inmediato. Y desde entonces empecé a colaborar asiduamente con él, llegando a su parroquia cada mes para la formación de sus agentes de pastoral. Al mismo tiempo aprovechaba para realizar algún encuentro masivo con el pueblo en general, impartiendo cursos de conversión, que representaban un paso más en el proceso de evangelización de las masas.

Esto duró unos tres-cuatro años, suficientes para experimentar la eficacia de un método, que sin duda estaba haciendo de la parroquia del padre José Luis un modelo de organización y, por ende, la envidia de las parroquias cercanas. Pero de improviso el padre José Luis fue removido de la parroquia y trasladado a otra que se encontraba al lado opuesto de la diócesis. Con eso perdí todo contacto con él, dejándome un sabor de boca agrídulce, por un lado con la satisfacción de haber echado a andar una parroquia en franca bancarrota y, por el otro, con la impresión de haber sido estafado por alguien que parecía ser mi sincero amigo y admirador. En realidad, con el cuento de que en el momento no contaba con recursos económicos suficientes, dilataba *sine die* (sin una fecha precisa) el momento de saldar la deuda contraída conmigo a causa del material didáctico que cada vez llevaba a los agentes de pastoral. Así tuve la oportunidad de experimentar personalmente la realidad de cuanto se vociferaba acerca de él, es decir, que era un cura muy apegado al dinero y mañoso.

Otro detalle que me molestó, fue la actitud de rechazo del nuevo cura, que, por querer implantar un método nuevo, dejó de invitarme y con eso se truncó un camino ya bastante avanzado. De todos modos, algo quedó del trabajo pastoral realizado, contando ya la parroquia con un buen número de líderes de las comunidades, entre los cuales algunos eran ya lectores, acólitos y ministros extraordinarios de la Eucaristía.

Capítulo 2

UTOPIÁS FATUAS

A raíz de la experiencia positiva tenida en la antigua parroquia del padre José Luis, unos meses después fui invitado a hacerme cargo del Instituto de Teología que se pensaba fundar en aquella diócesis. Tratándose de algo que estaba en completa sintonía con mi visión de la pastoral, acepté con gusto. Así podía dejar en otras manos el centro de formación que estaba a mi cargo y que ya se encontraba en una fase bastante avanzada, y dedicarme a organizar uno nuevo.

Pues bien, apenas integrado en la nueva diócesis, me fue a ver el padre José Luis, hablándome con entusiasmo y en son de reto acerca del método de evangelización que estaba implantando en su nueva parroquia.

—Algo realmente increíble —me comentó—. Tenemos retiros de encierro, que duran tres días, dirigidos por un «convertido» (nunca supo aclararme de qué tipo de conversión se trataba). En cada retiro participan unas trescientas personas. Usted no me lo va a creer. Hasta los corazones más endurecidos ceden. Lágrimas, gritos, desmayos... Creo que con esto ya encontré la salida al problema de la evangelización.

—¿Dónde se preparó el «convertido»?

—No sé. El hecho es que el método funciona y muchas almas se están acercando a la Iglesia. Fíjese que ya estamos pensando en construir en la cabecera parroquial otro templo mucho más grande del actual, con una capacidad para casi mil personas. Estoy seguro de que, de aquí a unos años, también éste se volverá insuficiente para toda la gente que poco a poco se irá acercando a la Iglesia. Sin duda, en mi parroquia estamos experimentando un verdadero Pentecostés, que seguramente poco a poco va a contagiar todas las demás parroquias cercanas, tal vez toda la diócesis y, quién sabe,

posiblemente algún día toda la Iglesia. Fíjese que ya no me doy abasto con las confesiones.

—Y después del retiro ¿qué?

—La vida cristiana normal, centrada en la misa dominical, la confesión y la comunión. Por el momento, con eso me conformo.

Ni modo. Así era el padre José Luis. No veía más allá de sus narices. Para él era suficiente ver moverse a mucha gente para convencerse de que se encontraba en el camino correcto. No tenía la mínima idea de la complejidad de los asuntos pastorales ni le importaba pensar en lo que pudiera suceder después. Se contentaba con lo que veía y ya. De hecho, poco después tuve la oportunidad de sustituirlo en su parroquia durante un mes por un viaje que hizo a Europa y fácilmente pude comprobar la fragilidad del método que se estaba manejando, que consistía esencialmente en debilitar la mente de los participantes en los retiros (escasa alimentación y poco tiempo dedicado al descanso) para facilitar su manipulación psicológica, que a veces llegaba hasta crear un clima de paroxismo e histeria colectiva. En realidad, el famoso «convertido», más que un evangelizador, me parecía un histrión, un brujo o un prestidigitador, muy hábil para entretener a la gente y manipular sus sentimientos. Y así lograba prestigio y dinero (a cada participante en el retiro se le exigía una cuota, que, aunque modesta, sobrepasaba con mucho lo que se invertía para realizar el evento). Precisamente lo que buscaba también el padre José Luis, tal vez de manera inconsciente.

Traté de ponerlo en guardia contra los peligros inherentes a este tipo de actuación, que podía llegar a crear en los participantes serios problemas de orden psicológico y familiar, como pude comprobar personalmente durante el tiempo en que lo sustituí en la parroquia. De hecho, hubo familias «normales», que se desintegraron a raíz del dichoso retiro. Después de años de tener una sana convivencia familiar, alguien, siguiendo las instrucciones del «convertido», confesaba a su pareja una antigua aventura extramatrimonial. Y sucedía lo que nunca se hubiera podido imaginar, al desatarse en el cónyuge ofendido reacciones totalmente imprevistas,

que causaban un severo deterioro en la relación matrimonial y en ocasiones llevaban hasta la ruptura.

Alguien, a raíz del mismo retiro, empezaba a sufrir de insomnio, irascibilidad, escrupulosidad, etc. Es que, cuando en el retiro se hablaba del pecado o de la injusticia social, el «convertido» y su equipo manejaban «dinámicas» totalmente descabelladas, descuartizando animalitos a la vista de todos y derramando su sangre encima de la gente, lo que alteraba notablemente su sistema nervioso, dejando a veces secuelas irreparables. Evidentemente todo el asunto olía a presión psicológica con tintes de masoquismo.

Tuve la impresión de que para el padre José Luis juntar fama, dinero y salvación de las almas representara el método pastoral por excelencia, una especie de receta mágica, que iba a revolucionar de raíz el sistema pastoral, logrando una aceptación general de parte de los curas, sin fijarse en el hecho que se trataba de algo totalmente contrario a los principios del Evangelio, que más bien van en la línea de la humildad y la confianza en Dios. Para él, bastaban unas cuantas citas bíblicas para convencerse, y tratar de convencer a los demás, de que lo que estaba haciendo era correcto, totalmente de acuerdo con la Palabra de Dios. De hecho, en la invitación que hacía a la gente para que participara en el retiro, hablaba siempre de «Retiro Bíblico». Imagínense: un «Retiro Bíblico», sin que nadie llevara la Biblia.

Al dar inicio al Instituto de Teología, volví a ver al padre José Luis, que se presentó con un grupo de muchachas, solicitando su aceptación como alumnas. Se veía radiante de felicidad, seguro de haber encontrado por fin aquel recurso pastoral que iba a resolver todo el problema de la organización, sin grandes complicaciones, un recurso de fácil aplicación y extrema eficacia. Apenas aclarado el asunto de la aceptación, me comunicó su último invento, realmente genial:

—Aquí está la respuesta a su pregunta: «Y después del retiro, ¿qué?». Una congregación religiosa, que se hará cargo de dar seguimiento al proceso de evangelización que se está dando en mi parroquia y así evitaremos el escollo de los colaboradores laicos con sueldo y cosas por el estilo. No se imagina usted el impacto que estas muchachas van a tener

en la gente una vez que les imponga el hábito. En efecto, entre un laico casado y una religiosa, sin duda el pueblo prefiere a la religiosa.

¡Pobre padre José Luis! Siempre con sus ondas, sin percatarse mínimamente del lío en que se estaba metiendo. Hasta tuvo el descaro de pedirme que yo mismo me encargara de redactar las constituciones que iban a regir a la naciente congregación. Le pregunté acerca de su carisma.

—¿Carisma? —me contestó—. ¿Qué es eso?

Ante esta santa ingenuidad, pensé que era mejor darle largas al asunto, remitiéndome a los hechos, que sin duda desde un principio dejaban mucho que desear. En realidad, parecían muchachas listas, hacendosas y emprendedoras que se metían en todo y siempre lograban salirse con la suya. Pero al mismo tiempo me preocupaba su afán desmedido por sobresalir siempre y tratar de aplastar a los demás. Llegaban al Instituto con su buen carro particular, trayendo un montón de cosas para pasarla bien: pequeños ventiladores personales, ropa de cama lujosa y fruta en abundancia con quesos, vitaminas y todo tipo de suplemento alimenticio.

Un día la líder del grupo vino a quejarse conmigo por la desaparición de algunos quesos que habían depositado en el refrigerador. Reuní a los alumnos del Instituto y les di la buena noticia:

—Las hermanas aspirantes a la vida consagrada les comunican que ponen a su disposición todo lo que encuentren en el refrigerador.

Siguió un fuerte aplauso de parte de toda la comunidad, que entendió perfectamente bien el sentido de mis palabras. Desde entonces las aspirantes a la vida consagrada dejaron de guardar cosas en el refrigerador y trataron de ser más discretas en su manía de hacer pesar sobre los demás alumnos su posición de privilegiadas. De todos modos, este detalle y otros aún más delicados provocaron un enfriamiento siempre más grande en las relaciones entre las aspirantes a la vida consagrada y los demás alumnos del Instituto, que no estaban acostumbrados a ciertos comportamientos demasiado liberales. En alguna ocasión, se vio a una hermana sentada sobre las rodillas de otra, mientras le daba de comer en la boca; en otra

ocasión alguien se percató de dos hermanas que se daban masajes mutuamente...Ya se hablaba de la hermana tal (la líder) como la marimacho del grupo. Evidentemente había problemas de desviación sexual.

Cuando me di cuenta de que la situación ya se estaba volviendo insostenible, decidí intervenir, enviando una carta al padre José Luis, en que le explicaba cómo estaban las cosas con la súplica de que ya no volviera a mandarme a sus hermanitas. Al mismo tiempo aproveché para invitarlo a desistir del proyecto de fundar una congregación religiosa, teniendo en cuenta los profundos desequilibrios emocionales, presentes en las supuestas aspirantes. Pues bien, el padre José Luis, en lugar de agradecerme la sugerencia, interpretó mi intervención como una señal de envidia de mi parte por la idea «genial» que se le había ocurrido y siguió adelante sin hacerme caso mínimamente y luchando con más ganas para tener éxito en una empresa, que consideraba realmente providencial para el bien de la Iglesia.

Al quejarse con el obispo acerca de mi actitud hacia su obra, éste le sugirió ser más prudente en el asunto de la fundación y hacer caso a lo que un servidor le había expresado para no meterse en problemas mayores. Pero el padre José Luis no le hizo caso y siguió adelante, terco como una mula. Hasta que un día, después de algunos años, tomó la decisión de pedir ayuda, cuando ya no pudo aguantar más. Y vino a verme.

Capítulo 3

EL SEÑOR CURA SE CONFIESA

Se veía alicaído, muy diferente del cura que había conocido anteriormente. Sin preámbulo alguno, dio rienda suelta a sus penas:

—Fijese, padre. A veces me vienen ganas de dejarlo todo por la paz y desaparecer. Todo el asunto de la congregación me está sacando las canas. A estas alturas no sé realmente si se trata de pruebas, destinadas a fortalecer la obra, o sencillamente de terquedad de mi parte. Ya me siento cansado y fastidiado por todo lo que me ha sucedido,

—En concreto, ¿qué ha pasado? — le pregunté, en el intento de aminorar la tensión, poniendo cada cosa en su lugar y viéndolo todo en su conjunto y en la perspectiva correcta.

—Al principio creí que se trataba de puros chismes de parte de los envidiosos de siempre y no les hice caso. Pero, poco a poco, empecé a sospechar que podía tratarse de algo serio, cuando noté que la gente hablaba de la congregación con cierta ironía y malicia. De vez en cuando, la cocinera, la secretaria o alguien de confianza me contaban algún chiste colorado, que corría entre la gente acerca de los miembros de la congregación, haciendo alusión casi siempre a desequilibrios de tipo sexual. Hace unos días, de regreso de un curso de ejercicios espirituales, la cocinera me contó algo que me desconcertó completamente y me sumió en una profunda crisis. ¿De qué se trataba? De algo tremendo, que me da vergüenza al sólo recordarlo. En concreto —según me contó la cocinera—, todas las noches las aspirantes (unas diez en total) en lugar de acostarse pronto para dormir, como era su costumbre, hacían un alboroto tal que no le permitía conciliar el sueño. Así que una noche ya no pudo más, fue al dormitorio

de las muchachas y ¿qué vio? Que una de ellas, la que parecía ser la líder del grupo, en ropa interior brincaba por aquí y por allá contando chistes y haciendo payasadas, mientras todas las demás se reían a carcajadas. Claro que, al aparecer la cocinera, de inmediato se acabó el alboroto y las muchachas se escondieron bajo las sábanas fingiendo dormir. Un rato después otra vez empezó el griterío, aunque con menos intensidad. Volvió al dormitorio y vio a la misma muchacha hacer masajes a una hermana del grupo, casi completamente desnuda, mientras contaba chistes colorados. Otra vez se calmó todo y las muchachas volvieron a esconderse bajo las sábanas. Esto se repitió varias noches, hasta que la cocinera, ya fastidiada por no poder conciliar el sueño, las amenazó con telefonarme e informarme de todo el asunto. Fue entonces cuando todo se paró y no se volvieron a repetir los disturbios de las noches anteriores. De todos modos, la cocinera me contó que desde hace algún tiempo había notado a las hermanas como desganadas, siempre con sueño y algo enfermas. Alarmado por la situación, llamé a una doctora de confianza para que comprobara el estado de salud de cada una de ellas y no encontró nada especial. Entonces interrogué a una hermana que parece ser la más sana, piadosa y honesta del grupo y descubrí que la misma muchacha de las payasadas con frecuencia acostumbra hacer masajes a casi todas las muchachas. Tratándose de gente sencilla, evidentemente las hermanas no se percataban de que esto las estaba perturbando emocionalmente, excitando su apetito sexual. Pues bien, ante esta situación no tuve más remedio que correr a la hermana en cuestión y todo volvió a la normalidad. Después supe que otra muchacha, la más allegada a ella, la siguió y las dos, según dice la gente, ya viven juntas en un departamento, causando un gran escándalo a la comunidad, que ya sospechaba algo raro en todo el asunto de la congregación.

—Ni modo. Son cosas que pasan. Hasta en las mejores familias pueden pasar cosas parecidas.

—En otra ocasión se me presentó una novicia que parecía muy piadosa y me contó acerca de algunas visiones que tenía. Yo le aconsejé que no hablara con nadie acerca del asunto y que no diera mucha importancia a este tipo de fenómenos

raros que a veces se pueden dar. ¿Y qué pasó? Que se trataba de un secreto a voces. En realidad, todas las hermanas estaban enteradas del grande privilegio de que gozaba la fulana y por eso la trataban con mucha consideración, tomándola como su consejera espiritual. Hasta había gente que llegaba desde muy lejos para verla, pedirle consejos y solicitar sus oraciones para solucionar algún problema. Un día, de visita al noviciado, me comunicaron que casi todas las hermanas estaban enfermas. Llamé a la doctora y resultó lo mismo de antes, es decir que todas estaban perfectamente sanas. Pregunté a la formadora acerca de quién se había enfermado primero y resultó que había sido la hermana de las visiones, que ejercía un fuerte influjo sobre todas las demás. Entonces, para evitar que me siguieran tomando el pelo, dejé un recado a la formadora y me retiré. El recado decía: «Para ser religiosa, se necesita tener buena salud. Por lo tanto, todas las hermanas que tengan problemas de salud, tienen que retirarse». De inmediato, todas las hermanas resultaron completamente sanas y activas, sin ningún problema de salud. Unos meses después anuncié que iba a realizar una visita oficial al noviciado para examinar las distintas áreas y, en especial, el aspecto económico. Poco antes que llegara, la hermana de las visiones, que era la ecónoma, desapareció con todo el dinero. Poco después nos dimos cuenta de que había regresado a su casa y había puesto una tienda de ropa. ¡Increíble! Haciéndose la santa y robando. A veces me pregunto: «¿Por qué a mí me tienen que suceder todas estas cosas?»

—Acuérdate lo que te dije desde un principio: fundar una congregación no es cualquier cosa.

—Y no es todo. El caso más grave es con la misma superiora, que me parecía muy capaz y confiable. Por eso le di el cargo, no obstante que se oyeran voces en su contra. Usted ciertamente la recordará, puesto que ha sido la líder del grupo desde un principio. Pues bien, poco a poco fui descubriendo cosas que me han desconcertado completamente. Por un lado, parece lesbiana (siempre con su amiguita preferida, que tiene totalmente dominada, a tal grado que parece no darse cuenta de nada anormal en su conducta); por otro lado, tal vez para apantallar, se expresa muy liberal

en su trato con los hombres, con abrazos apretados y prolongados, diálogos a solas y en lugares apartados y manifestaciones exageradas de cariño y aprecio. Teniendo en cuenta su capacidad histriónica realmente excepcional, fácilmente los hombres caen en sus redes, imaginándose cosas. Pero, ¿qué pasa? Que, después de haberlos embarrado, despertando suspicacias en su contra, los tira, acusándolos de actitudes indebidas. Y casi siempre se trata de eclesiásticos o casados. Otro aspecto que acabo de descubrir: su manera de tratar a las hermanas, totalmente fuera de lo común, con un despotismo que me deja totalmente asombrado. Es un rasgo de su personalidad que desconocía por completo. Aprovechándome de su ausencia de la comunidad, puesto que fue a la capital del estado por un tratamiento que le llevará unos meses, vine a enterarme de cosas inimaginables en estos tiempos, que nadie podía revelar, bajo la amenaza de expulsión. Su estribillo es: «Nadie les va a creer. Yo soy de la máxima confianza del padre José Luis». ¿Alguien tiró una comida echada a perder? Pues bien, la tiene que recoger del traste de la basura y comérsela. ¿Alguien por descuido rompió un vaso? Que salga de la casa y no regrese hasta haber conseguido diez. ¿Alguien tiene que ir a su casa por alguna razón? A ver cómo le hace para conseguir el dinero para el boleto. Mientras ella es la dueña de todo y dispone de todo a su antojo, sin dar cuenta a nadie. Sale cuando quiere, casi siempre a solas, para visitar a sus amistades y regresa cuando quiere en taxi, a medianoche o más tarde. Se levanta cuando quiere y se acuesta cuando quiere, mientras las demás tienen que seguir al pie de la letra el horario establecido. Se enferma cuando quiere y se alivia cuando quiere. De hecho, cuando está enferma y llega alguna amistad, pronto se levanta y se muestra perfectamente sana. Cuando hay que salir de la casa para pedir verdura en el mercado, hacer visitas domiciliarias o repartir literatura, de improviso se siente mal y se acuesta. No se cansa de repetir que ella es una persona muy inteligente y que, para seguir el llamado de Dios, tuvo que renunciar a un empleo muy importante y lucrativo, que le consentía hospedarse en hoteles de lujo y viajar en avión (acabo de enterarme de que por un tiempo fungió como dama de compañía de una ricachona divorciada). Usted me dirá:

«¿Cómo es posible que una sola persona logre ejercer un control tan estricto y absoluto sobre tanta gente?» Evidentemente cuenta con sus aliadas, que son sus incondicionales. Estas hermanas representan sus ojos, sus oídos y su brazo castigador. Le informan de todo (para eso están autorizadas a escuchar las llamadas telefónicas de todas las hermanas y abrir sus cartas, excepto las suyas naturalmente) y ejecutan sus órdenes. Y, claro, al mismo tiempo sabe cómo atraerlas hacia ella con paseos, regalitos y distintas manifestaciones de afecto, que van desde un simple abrazo o una caricia hasta una invitación explícita a formar parte de su círculo de «amigas». Usted se preguntará cómo es que hasta ahora me voy dando cuenta de todo esto. Es que, cuando yo iba a visitar la casa, encontraba solamente a las hermanas de nuevo ingreso. ¿Y las demás? Las alejaba con la excusa de alguna misión urgente, una enfermedad o vacaciones. Así que por años estuve sin poder hablar personalmente con muchas de las hermanas más antiguas del grupo, que ahora están empezando a soltar la sopa. Le pregunto: «Estando así las cosas, ¿qué me aconseja? ¿Qué puedo hacer?»

—Expulsar a la fulana. No es para la vida religiosa.

Capítulo 4

UN MISTERIO

Unos meses después el padre José Luis volvió a verme para ponerme al tanto del desarrollo de los acontecimientos desde la expulsión de la superiora.

—La noticia cayó en todo el ambiente como un rayo a pleno sol. Nadie se la esperaba, excepto la interesada que la recibió con grande serenidad, como si presagara algo parecido o por su cuenta ya estuviera planeando retirarse de la comunidad para emprender otro camino. Tomó sus cosas y se fue. ¿Adónde? Quién sabe. Las hermanas de la comunidad, los bienhechores y los simpatizantes de la obra reaccionaron de manera muy diferente, algunos celebrando el acontecimiento (según ellos, no era para la vida religiosa) y otros protestando contra una decisión que les parecía a todas luces absurda, puesto que, según ellos, se trataba de la hermana «más inteligente y capaz» de la comunidad, que desde los inicios había llevado las riendas de la misma con mucho tino, teniendo en cuenta sus dotes excepcionales de organización y mando. Evidentemente conocían solamente una cara de la medalla, no las dos. Entre éstas algunas ahora poco a poco están recapacitando, al ir descubriéndose cada día más hechos que nadie o muy pocos conocían. Por ejemplo, nadie estaba enterado de que hace poco alguien regaló una casa a la congregación y ahora resulta que la puso a su nombre, sin que nadie ahora se la pueda reclamar. Otro dato que vino a perturbar a todos: desapareció el libro de la contabilidad general de la congregación y en su lugar apareció una libreta con unos cuantos datos, insuficientes para establecer el estado real de la economía general. Desapareció también la lista de los bienhechores y la lista de las becas no está completa. Cuando alguien llama para preguntar cuánto le falta para

completar lo de la beca, nadie le puede dar razón, puesto que no existe la tarjeta correspondiente. De todos modos, no obstante todos estos descubrimientos, alguien, por ingenuidad o complicidad, sigue aferrándose a la idea de que se trataba de una buena religiosa y aún se resiste a creer en sus malos manejos.

—Evidentemente se trata de un caso realmente patológico. ¿Nunca se te había ocurrido la idea de someterla a un tratamiento psicológico?

—Claro que sí, con resultados muy escasos. Según la psicóloga, la hermana hacía todo lo posible por ocultar el lado oscuro de su personalidad. No sé cuándo estaremos en grado de evaluar el enorme daño que ha hecho a la institución y, posiblemente, a toda la Iglesia. Cuando comenté el asunto con el obispo, me contestó: «Nos hubiera podido ir peor». A veces me pregunto: «¿Qué hubiera pasado si todo hubiera seguido adelante como si nada, quedándose todas las hermanas sin hablar, por miedo, ingenuidad o complicidad? ¿Hasta qué punto hubiera podido llegar este enredo?» Mejor tarde que nunca. Es cierto: ya distintas hermanas han quedado psicológicamente afectadas. Ni modo: ahora haremos todo lo posible para que se puedan recuperar en la mayor brevedad posible, aunque esté convencido de que en algunos casos se trate de un daño irreparable. De todos modos, le agradezco a Dios que por fin hemos logrado superar este escollo, que tanto daño nos estaba causando. Realmente no sé cómo hacía para conciliar cosas tan diferentes y hasta opuestas: por un lado, prácticas de piedad en forma regular, Palabra de Dios y misión (viera usted cómo, durante las misiones, lograba impactar a la gente hasta hacerle derramar lágrimas) y, por el otro, un exagerado amor al dinero, un dominio casi absoluto sobre todas las demás hermanas y mucha pornografía. Sí, pornografía. Ahora que se fue, se descubrió que dedicaba mucho tiempo a ver páginas pornográficas en internet. ¡Algo realmente increíble!

—¿Es posible que nadie se enterara de todo esto?

—Nadie, puesto que casi siempre se la pasaba encerrada en su cuarto, pegada a su computadora, con el cuento del mucho trabajo que tenía que desempeñar para atender a los

bienhechores y realizar las tareas administrativas. Y con este cuento se pasaba horas y horas viendo películas por internet y escuchando música profana. Una verdadera pagana con hábito religioso.

—¿Y cómo lograba embaucar a tanta gente para trasquilarla, sin que nadie se diera cuenta?

—Es que la hermana en cuestión era muy astuta. Para embaucar a la gente con tanta facilidad, tenía sus mañas. Empezaba con hacerse la víctima. Una vez a solas con una determinada persona o una familia (con cualquier pretexto alejaba a su compañera) fingía desahogarse, narrando la triste historia de su vida desde su nacimiento no deseado y su vida familiar de completo rechazo a causa de su vocación hasta la actual situación de soledad, al encontrarse entre hermanas de humilde extracción y necesitadas de todo, por cuyo bienestar estaba sacrificando su vida. Una vez preparado el terreno, pasaba a pedir ayuda para llevar adelante su difícil tarea como superiora y ecónoma general de la comunidad religiosa. Claro que, fascinados por su capacidad histriónica, a nadie se le ocurría sospechar alguna trampa y muchos con facilidad aflojaban los billetes sin pedir garantía alguna, confiando exclusivamente en su palabra. Hasta que... Sí, hasta que alguien empezó a sospechar algo turbio en todo el asunto y decidió hacer preguntas indiscretas por aquí y por allá para averiguar acerca del uso que se estaba dando a su donativo y con eso su teatrillo empezó a tambalearse.

—Bueno. Y ahora ¿qué piensas hacer?

El padre José Luis se turbó. Nunca lo había visto tan preocupado.

—Realmente no sé qué hacer. —Me contestó—. Por eso vine a verlo. ¿Qué me aconseja usted?

—Primero sondea la situación y después fíjate si puedes con el paquete o no. Yo de mi parte, te aconsejaría que lo dejaras todo por la paz, como te dije desde un principio.

El padre José Luis me agradeció el consejo y se despidió. Unos quince días después volvió a verme. Se notaba resignado. Ya había tomado la decisión: cerrar el capítulo de la congregación y abrir otro nuevo con los laicos.

—Efectivamente hice cómo usted me aconsejó y me di cuenta de que el asunto está demasiado enredado. Fíjese que la amiga inseparable de la fulana ya logró amalgamar a un grupito de hermanas, casi todas de poca experiencia, que decidieron seguir a su antigua superiora, que ya está trabajando en otra diócesis y cuenta con el permiso del obispo para fundar una congregación. Con la labia que tiene, creo que no le habrá resultado difícil lograrlo. Hasta sospecho que desde hace tiempo estaba fraguando todo esto, lo que explicaría sus malos manejos en el campo administrativo y su nula resistencia ante la noticia del despido. Yo de mi parte me limité a informar al obispo acerca de sus antecedentes. Él verá.

—¿Y las demás?

—La mayoría de las hermanas optó por regresar a su casa, decepcionadas por la triste experiencia sufrida. Unas cuantas, las más sanas, se integrarán a otras instituciones religiosas para seguir con su ideal de total consagración a Dios.

Terminando de hablar, estrechó su cara entre las manos y se puso a reflexionar. Preferí dejarlo solo con sus pensamientos. ¡Pobre padre José Luis! En cuántos líos se fue a meter por la manía de hacer las cosas sin consultar con nadie, confiando solamente en sus intuiciones que le parecían «geniales». Según él, lo más importante era remover las aguas estancadas y con esta idea fija en la mente no dudaba lanzarse en cualquier aventura, sin medir consecuencias. Se le veía muy afligido. Por fin, quiso compartirme sus reflexiones:

—No entiendo como alguien pueda llegar a tanto descaro, estando metido en las cosas de Dios. Mi mente no logra encontrar una posible justificación.

—Ni modo. Tienes que aceptar la realidad así como es, mi querido amigo. Es inútil resistirse. Tienes que saber que, si el corazón del hombre es un misterio, más lo es el corazón de una mujer. Cuando alguien anda mal, para todo encuentra una justificación. Máxime cuando la computadora no le funciona bien o no le llega suficiente agua al tinaco.

Capítulo 5

UN FRACASO ANUNCIADO

—De todos modos, mi querido amigo, no todo está perdido. Algo lograste, al intentar fundar una congregación religiosa. Por lo menos lograste que un grupo de hermanas ahora se integre a otras congregaciones que cuentan con un carisma definido y gozan de una cierta experiencia, lo que ciertamente las ayudará a dar mayor solidez a su deseo de entrega al Señor. Aparte de esto, imagino que, con la ayuda de las hermanas, lograste avanzar algo en la evangelización.

—Sin duda. De otra manera, ¿qué hubiera conseguido trabajando solo? Como le dije, yo me imaginaba que, contando con el apoyo de las hermanas, hubiera podido avanzar más fácilmente, por el prestigio del hábito. Y en realidad, así fue al principio. Pero poco a poco, todo se fue desvaneciendo, por la inexperiencia de algunas hermanas, la inmadurez de otras, algún mal testimonio y una cierta manía de parte de algunas de ellas de querer imponerse sobre la gente, apelando al hecho de ser consagradas (aunque a veces se tratara de hermanitas que apenas estaban empezando su proceso formativo). Por todo eso últimamente en lugar de un avance, noté por todas partes un cierto estancamiento y hasta un franco retroceso. Evidentemente, se hacía urgente aportar algún ajuste al método que estábamos manejando, lo que no pude conseguir por mi falta de experiencia al respecto.

—Las hermanas, en concreto, ¿a qué se dedicaban?

—A las misiones populares, utilizando el método que usted mismo me sugirió cuando me visitó en la otra parroquia. Con la diferencia que ahora estaban al frente las hermanas de la frustrada congregación, en lugar de los laicos comprometidos.

—Y para su formación, ¿qué hizo?

—Aquí posiblemente estuvo mi principal error. Las aventé sin una adecuada formación. Me confié demasiado en la capacidad de su líder, que después me resultó un verdadero fraude. Le encomendé que estudiaran los documentos conciliares, la *Evangelii Nuntiandi* y algún documento más, pensando que eso era suficiente para su formación como religiosas y evangelizadoras. Después las mandé al Instituto de Teología, con el resultado que usted bien conoce. Alguien me sugirió que pidiera el apoyo de alguna religiosa con experiencia en el campo formativo y no le hice caso posiblemente por orgullo o quién sabe qué. Yo mismo hubiera podido buscar alguna literatura al respecto y no lo hice por estar muy metido en la pastoral o por flojera, haciéndome el desentendido ante los evidentes vacíos que manifestaban las hermanas en las distintas áreas de su formación. Recuerdo con cuánta insistencia me pedían que les permitiera participar en algún curso formal en el campo bíblico y apologetico, puesto que continuamente se sentían acosadas por los grupos proselitistas, sin contar con ningún tipo de preparación al respecto. Era como mandar a los soldados a la guerra sin armas y sin entrenamiento. En algunos casos, según me contaron, se volvieron en el escarnio general por desconocer por completo la problemática manejada por la competencia. Pero yo, metido en mis cosas, me hice oídos sordos ante sus reclamos de una mejor preparación. Ahora, pensando en todo esto, me siento mal. Estoy seguro de que, si les hubiera hecho caso, las misiones populares hubieran conseguido un éxito mucho más grande. Lo mismo con relación a las críticas de mis detractores; sin duda, si les hubiera prestado un mínimo de atención, posiblemente hubiera descubierto algo bueno en todos sus planteamientos, que me hubieran ayudado a mejorar significativamente las cosas. Ni modo. Ya es demasiado tarde. El error está hecho y ya.

—Y los retiros masivos con el «convertido» ¿cómo siguen?

—Ni me los mencione. Otro fracaso. Resulta que el dichoso «convertido» no era más que un vividor y estafador. Prácticamente copió los temas de algún librito que encontró por ahí. Y con eso se lanzó a dirigir los retiros de encierro,

manejando a la gente a su antojo mediante técnicas psicológicas de dudosa procedencia y eficacia y metiéndome en un montón de líos. Su plan consistía en tomar a mi gente como conejillos de India para experimentar su método y, una vez logrado una cierta fama, lanzarse en grande y aplicarlo a nivel nacional e internacional. Hablaba de caravanas de evangelizadores recorriendo el país en camiones propios. Para su traslado de un lugar a otro, soñaba contar con un helicóptero y un avión particular. Hasta que (en estas cosas hay siempre un «hasta que»)... hasta que ya no pudo seguir con su teatrillo y lo mandé a volar. ¿Qué pasó? Que un día algunos de sus colaboradores más allegados me solicitaron una entrevista para comunicarme lo que habían averiguado acerca de su líder. Se me presentaron muy afligidos y desanimados. Y no era para menos. ¿Qué había pasado? Que después de haber colaborado con él durante años, en completa buena fe y sin ningún interés personal, se dieron cuenta de que la mitad de las ganancias de los retiros eran para su líder (mientras él se ufana de que todo lo hacía gratis y que toda la ganancia era para la construcción del nuevo templo parroquial). Pero lo que más les molestó fue descubrir que se gastaba todo el dinero en parrandas y con prostitutas. Cada mes dedicaba una semana para la preparación y la realización del evento y el resto para la diversión. Y así vivió durante años, hasta que alguien lo encontró en un antro de vicios y lanzó la señal de alarma. Al verse descubierto, quiso justificarse con el cuento de que se encontraba en un momento difícil de su vida, por haber sido víctima de una infidelidad de parte de su esposa, lo que resultó totalmente falso, puesto que nunca fue casado. Además, se averiguó que durante algún tiempo había estado en una secta, donde probablemente aprendió muchas mañas, que después quiso aplicar en la Iglesia Católica, haciéndose el «convertido».

—Y después, ¿qué pasó?

—Como le dije, lo mandé a volar. ¿Qué más podía hacer? Y lo que más me molestó en todo este enredo fue que algunos colegas míos, que anteriormente se habían burlado de los retiros de encierro, lo recibieron en sus parroquias con los brazos abiertos para continuar con lo mismo. Posiblemente olieron el negocio y se aventaron, sin fijarse en qué lío se

estaban metiendo, como yo mismo les había advertido con anterioridad.

—Ni modo. Así es cuando uno se deja dominar por el amor al dinero. Se vuelve ciego y sordo. Con tal de acumular más dinero, no se fija en las consecuencias que puedan derivar de ciertas decisiones aventadas ni oye consejos. Se lanza a lo bruto. Pase lo que pase, no le importa nada. Como dijo San Pablo, «el amor al dinero es la raíz de todos los males» (1Tim 6, 10).

Al escuchar esto, el padre José Luis se puso muy pensativo. Posiblemente fue descubriendo el móvil más profundo que lo había orillado a tomar muchas decisiones en su vida, fijándose no tanto en su eficacia apostólica, sino más bien en la posibilidad de sacar algún provecho de tipo económico. En lugar de poner como norma suprema de su vida la ley del amor, prefirió poner la ley del interés personal, viendo todo bajo el signo de pesos. De ahí su terquedad en seguir siempre adelante, no obstante las múltiples señales de alarma que se le iban presentando.

Por fin rompió el silencio:

—¿Qué le vamos a hacer? Lo hecho, hecho está. El problema ahora está en ver cómo seguir adelante.

— Como te dije la otra vez, tenemos que formar a los líderes y apoyarlos económicamente. Solamente así podemos garantizar el futuro de nuestras comunidades. De otra manera, todo queda volando, limitándonos a una que otra llamarada de petate mediante una fiesta religiosa, un retiro espiritual, un festival o algo parecido, para volver en seguida a la rutina sacramentaria de siempre, bajo la ley de la demanda y la oferta (tú me pides un servicio y me pagas; yo te presto el servicio y cobro). Si queremos dar un paso significativo en nuestra acción pastoral, no tenemos otro camino que aprender a vertebrar nuestras comunidades mediante líderes locales, bien formados en las distintas áreas (familiar, espiritual, intelectual y apostólica) y apoyados en todos los aspectos, sin excluir el aspecto económico.

—Ya lo sé. Son cosas que ya usted me dijo desde cuando lo conocí.

— Pues bien, de ahí hay que empezar.

— En concreto, ¿qué me sugiere?

— Establecer en la parroquia un centro de formación, destinado a preparar a los agentes de pastoral que ya tienes trabajando en tus comunidades.

— La idea me parece excelente. Ahora el problema es: ¿Quién se hará cargo del centro de formación? ¿Quién impartirá las clases? ¿Con qué programa? Como ve, en este aspecto estoy en ayunas y además me encuentro solo en la parroquia (nunca he tenido ni quiero tener vicario). Mis supuestos colaboradores se esfumaron, sea el dichoso «convertido» que las religiosas.

— No te preocupes. Vamos a hacer lo mismo que la otra vez, cuando estabas en la parroquia anterior. Yo me haré cargo de la organización y la dirección del centro. Con una condición.

— ¿Cuál?

— Que cada vez que llegue a tu parroquia para los cursos de formación, me pagues de inmediato el boleto del pasaje y el material didáctico que voy a utilizar. Nada de que «ahora ando corto de plata, será para otra vez».

— De acuerdo.

— Otra cosa.

— ¿Qué?

— Que abras las puertas a las asociaciones y los demás movimientos presentes en la diócesis y no te olvides de enviarme de inmediato al Instituto de Teología a los mejores agentes de pastoral que tienes. Estos, en la mayor brevedad posible, se volverán en mis colaboradores en el centro de formación y poco a poco se irán haciendo cargo del mismo. ¿De acuerdo?

— De acuerdo.

Ante esta nueva perspectiva, en poco tiempo el padre José Luis se olvidó de los fracasos del pasado y volvió transformarse en el volcán de ideas e iniciativas de siempre, movilizándolo una vez más toda la parroquia, suscitando colaboradores por todos lados y despertando un fervor religioso, nunca experimentado anteriormente.

Capítulo 6

ENTRE LUCES Y SOMBRAS

Pero no se olvidó de sus mañas: un excesivo apego al dinero y malos manejos en los asuntos económicos. Eran su talón de Aquiles, que otra vez lo llevaron al fracaso. Ni modo. Así era el padre José Luis: un hombre de empuje, profundamente enamorado de su vocación, con un tinte de megalomanía, un soñador nato y al mismo tiempo un brujo y un imán para descubrir dónde había centavos y atraerlos hacia sí. Para eso tenía un olfato y una vista, extremadamente refinados, que le permitían husmear y detectar el negocio donde nadie se lo hubiera podido mínimamente imaginar.

En esta línea iba su insistencia en hacer colectas y demás eventos para recaudar fondos a favor del seminario, las misiones y Tierra Santa. Lo más inocente que se podía pensar. ¿Quién se hubiera podido imaginar algo turbio en todo esto? Y sin embargo se aprovechaba de esto para acrecentar su caudal económico, aplicando la ley del *«mity y mity»*, mitad para la finalidad específica y mitad para él (aunque a veces se le pasaba la mano y se quedaba con casi todo, no obstante las quejas de los interesados, que no eran tan tontos como para tragársela tan fácilmente).

Al tener la oportunidad de estar en contacto con él durante algunos años para ayudarlo a formar a sus agentes de pastoral, fácilmente me di cuenta de las constantes quejas de la gente en este sentido. Por un lado lo apreciaban por su celo apostólico, realmente asombroso (con largas caminatas bajo el sol o la lluvia para visitar periódicamente a todas y cada una de sus comunidades) y por el otro se sentían hastiados por su manera descarada de sacar dinero a sus feligreses, en complicidad con un montón de gente que continuamente lo rodeaba. Parecían arpías en busca de sus

víctimas. Inventaban tarifas para cualquier asunto, como por ejemplo sacar copia de alguna partida de bautismo, confirmación o matrimonio, bendecir una casa, etc., aparte de las tarifas oficiales, que casi siempre eran alteradas con cualquier pretexto (que alguien no había asistido a todas las pláticas establecidas, que pertenecía a otra parroquia o se trataba de una ceremonia «especial»).

En distintas ocasiones le hice notar al padre José Luis estas anomalías. Pero todo fue inútil: él con su gente parecían una especie de asociación de tipo mafioso, cuyo único objetivo era trasquilar a la gente hasta donde fuera posible. Al constatar la inutilidad de mi intervención, opté por hacerme de la vista gorda y oídos sordos ante las quejas de la feligresía, concentrándome en lo mío, que consistía esencialmente en la formación los agentes de pastoral.

Al graduarse la primera generación de alumnos, dejé el centro de formación en manos de los candidatos al diaconado permanente y me retiré a mi antigua diócesis, con la enorme satisfacción de haber puesto en marcha la formación de los agentes de pastoral y abierto el camino al establecimiento de las asociaciones y los movimientos apostólicos en toda la diócesis y en especial en la parroquia del padre José Luis, que poco a poco se fue volviendo en la parroquia piloto de toda la región.

Unos años después me enteré de que acababan de correr de la parroquia al padre José Luis, que ya se encontraba en una capellanía de la capital del estado, donde se había trasladado para ser atendido en una clínica de religiosas a causas de ciertos malestares que con el tiempo se habían complicado de una manera alarmante. Naturalmente no pude resistir a la tentación de ir a visitarlo de inmediato. Casi no lo reconocí: sumamente demacrado, lento en el andar, ligeramente encorvado, apoyándose en un bordón... y solo. Algo increíble, ¡el padre José Luis solo, él, a quien siempre se le veía rodeado de tanta gente!

Él mismo me explicó el enredo en que se había metido:

—¿Se acuerda cuántas veces me hizo notar mi excesivo apego a los centavos y mi manera poco ortodoxa de

manejarlos? Pues bien, allí estuvo la raíz de todos mis males, hasta que el pueblo no pudo aguantar más y aquí estoy.

—¿Qué sucedió en concreto?

—Algo que sería difícil contarle en pocas palabras. De todos modos, aquí le va un breve resumen. ¿Recuerda la construcción del templo grande en el centro de la ciudad? Pues bien, su avance siempre había sido demasiado lento, despertando la suspicacia de muchos que se preguntaban acerca del rumbo que tomaba el dinero colectado al no ser totalmente invertido en la construcción. Pero últimamente su paciencia llegó al límite. Cuando se suponía que todo el dinero necesario estaba listo para la construcción de la cúpula, resultó que no había ningún fondo económico para concluir la obra. Todo había desaparecido. Ante esta situación, el pueblo se enardeció y sucedió lo que sucedió. Por poco me linchan. Si me salvé, fue por puro milagro. Estaba convencido de que esta vez no iba a salir con vida.

—¿Y cómo fue que desapareció el dinero?

—Como era mi costumbre, lo entregaba a la gente que me acompañaba en el curato. Lo hacía para que nadie se diera cuenta de la cantidad real del dinero destinado a la construcción del templo. ¿Y qué pasó? Que a la hora de pedirles que me lo entregaran para concluir la obra, resultó que no había nada, puesto que uno lo había gastado para comprar un departamento para el hijo que se acababa de casar, el otro lo había invertido a plazo fijo, el otro quién sabe qué había hecho. Conclusión: por mi manía de enredar siempre las cosas para ocultarlas a posibles ojos indiscretos, me metí en un lío mayor, que por poco me costó la vida, dando al traste con años de constante sacrificio y entrega.

—En este caso, ¿por qué no optó por aclarar al pueblo cómo en realidad estaban las cosas?

—Olvídese. Ciertamente los hubieran matado a golpes. De por sí ya les caían mal a todos por su manera despótica y prepotente de llevar las cosas. Bastaba un mínimo pretexto para que se desquitaran de una vez de todos los maltratos recibidos y les dieran chicharrón. Y lo del dinero no era para menos.

¡Pobre padre José Luis! Nunca lo había visto tan deprimido y resignado. Me dio la impresión de que estuviera esperando la muerte como una liberación. Solo, sin dinero y con un montón de enfermedades, puesto que nunca se había atendido a conciencia por falta de tiempo disponible. Intenté balbucear alguna frase de consuelo, pero él mismo me interrumpió como pensando en alta voz y repasando los momentos más cruciales de su infancia y adolescencia:

—Alguien podría pensar: ¿Por qué el padre José Luis se portaba de esa manera? He aquí la respuesta: todo se debe a un trauma que se me creó desde mis primeros años de vida a causa de la extrema pobreza en que viví con toda mi familia. Siendo huérfano de padre, desde cuando tengo memoria, siempre sufrí el hambre y la humillación de parte de mis coetáneos. Por muchos años a diario tenía que ir a vender los huevos que ponían las gallinas para comprar las tortillas y los frijoles, que normalmente representaban nuestro único alimento. Esto dejó en mí una huella imborrable. Al crecer y empezar a tener mejores condiciones de vida, experimenté siempre un profundo horror hacia la pobreza. Me daba pánico con sólo pensar que algún día pudiera volver a sufrir las mismas privaciones y humillaciones de aquellos años. Para evitar esto, pronto aprendí a trabajar y cuidar el dinero. Desde mi adolescencia, mi meta fue siempre la de levantar definitivamente de la pobreza a toda mi familia. No se imagina usted cuántos sacrificios me costó construir la casa de mi madre y costear los estudios de todos mis sobrinos. Y ahora que ya todos están bien instalados en sus mansiones y con una profesión segura, ya se olvidaron de mí, máxime ahora que se dieron cuenta de mi situación. Acabado el dinero, se acabó todo. Ya se olvidaron que tienen un tío por ahí.

—¿Y los compadres que lo rodeaban siempre en el curato?

—También todos ellos se esfumaron. Usted ha sido el único que ha venido a visitarme.

¡Pobre padre José Luis, víctima de la pobreza y de la ingratitud humana! Después de años de sacrificios inauditos en busca de seguridad, al final de su vida se encontraba solo

y sin recursos económicos para hacer frente a sus problemas de salud.

—¿Qué piensa hacer ahora?

—¿Qué más puedo hacer, si no ir preparándome a enfrentar la justicia divina, solo y totalmente desamparado, yo que siempre le he tenido pánico a la soledad y que siempre me he rodeado de gente para sentirme seguro?

Y rompió en llanto. Antes que intentara manifestarle mi profundo y sincero sentido de solidaridad y comprensión, el padre José Luis volvió a desahogarse:

—No se imagina usted, padre, cuánto miedo me dan el silencio y la oscuridad. Para mí las noches son interminables. Me levanto, paseo un rato, voy a orar delante del Sagrario y duermo a ratos en la cama o el sillón. Este enorme curato deshabitado me espanta. Espero con ansia la llegada del día.

El padre José Luis se notaba demasiado cansado y con ganas de dormir. Lo acomodé en el sillón y le recomendé que descansara a gusto, sin ningún pendiente.

—¿Para qué están los amigos, mi querido padre? No se preocupe; ya todo pasó. Yo me haré cargo de la situación. Descanse tranquilo.

Unos minutos después el padre José Luis roncaba como nunca. Aproveché para comunicarme telefónicamente con un común amigo, mi antiguo discípulo en el Instituto de Teología y diácono en la parroquia que acababa de dejar el padre José Luis. Le expliqué el asunto y me aseguró que en cuestión de horas me alcanzaría.

—Fijese usted —me comentó a su llegada— que si no hubiera sido por el padre José Luis y las religiosas que él envió a mi pueblo, ahora yo estaría completamente perdido en el vicio. Fue a raíz de las misiones populares que mi vida cambió. Después el padre me envió al Instituto de Teología, sufragando todos mis gastos. Allá lo conocí a usted, que completó la obra, haciendo de mí un evangelizador. Así que, si se trata del padre José Luis, estoy dispuesto a todo con tal de pagar por lo menos en parte la deuda que a lo largo de tantos años he contraído con él.

Al despertar del largo sueño (eran días que no dormía tan a gusto), el padre José Luis quedó sumamente emocionado al ver a su diácono consentido. Nunca se lo hubiera imaginado. De inmediato los dos se fundieron en un prolongado abrazo, intentando detener las lágrimas que pronto empezaron a fluir en abundancia. Por fin, se serenaron y empezaron a planear el futuro.

—Esta recámara será para mí —el padre José Luis parecía haber recobrado su seguridad y estilo acostumbrado —; ésta otra será para ti y tu esposa; ésta para la niña y ésta para los niños. ¿Cómo la ves?

El diácono asentía siempre con gusto y entusiasmo. Acostumbrado a vivir en una choza, para él era como pasar a vivir en un palacio real. Al despedirme, el padre José Luis me invitó a acompañarlo a la capilla del Santísimo, donde terminó de vaciar su closet.

Me imaginaba que el padre José Luis, ya libre de toda carga inútil y contando con la bendición de Dios, pronto se iba a recuperar. Pero no fue así. Su salud, profundamente quebrada, no aguantó más y pocos meses después me llegó la noticia de su deceso. Lo que más me impactó fue el enterarme del papel realmente edificante que durante estos últimos meses desempeñó el diácono, atendiendo al padre José Luis como si se tratara de su propio papá y haciendo todo lo posible para dar a conocer al pueblo su verdadera identidad, más allá de toda apariencia y debilidad humana.

Por eso el pueblo, en forma unánime, decidió que el padre José Luis fuera sepultado en el templo que le costó tantos sacrificios y le causó tantos problemas. El mismo obispo presidió la misa de cuerpo presente, con la participación de todo el clero de la diócesis y un nutrido número de diáconos permanentes, mientras una marea humana no dejaba de vitorear al difunto padre José Luis que regresaba a su parroquia para quedarse para siempre.

EPÍLOGO

Unos meses después, aproveché unas vacaciones para visitar la tumba del padre José Luis. Me extrañó su majestuosidad. Parecía un antiguo mausoleo, algo totalmente en contraste con el conjunto general del templo. En una lápida aparte leí unas letras esculpidas en oro que rezaban: «Sus antiguos pupilos a su padre y benefactor». Seguía una lista de nombres, todos precedidos por algún título: doctor, licenciado, profesor, etc. Pregunté al sacristán de qué se trataba y me dio la explicación: se trataba de niños huérfanos que habían sido becados por él.

Otro detalle. Delante de la tumba había muchas flores y gente orando. Me comentó el sacristán: «El padre José Luis es nuestro intercesor delante de Dios. ¿Quién más que él conoce nuestras necesidades y nos quiere?» Y siguió contándome muchas anécdotas de gente que aseguraba haber recibido distintos favores del Cielo por intercesión de su siervo, el padre José Luis.

México, D.F., a 6 de mayo de 2009.

EL SUEÑO DEL EXCOMULGADO

PRÓLOGO

Tres hermanos, tres caminos diferentes, y todos con el mismo rumbo: la gloria de Dios y el bien del prójimo. Nada más sano y honesto que eso; nada más noble y loable. Pero ¡cuánto sufrimiento cuando los caminos son divergentes! En nombre de los más grandes ideales, se pierde la paz del corazón, los hermanos se desgarran y se renuncia a los reclamos de la sangre.

El padre Jorge, el mayor, el ortodoxo por excelencia, fiel a la tradición familiar hasta la muerte. Su ideal: ser un santo sacerdote. El padre Felipe, el inquieto y buscador por temperamento y por vocación, sin pelos en la lengua, dispuesto a todo con tal de encontrar la solución a los problemas que aquejan a la Iglesia. Su lema es: "Salus animarum suprema lex" (la salvación de las almas es la ley suprema). Y por fin, Armando, el pragmático por excelencia, ajeno a todo tipo de especulación, metido en un montón de problemas por el único afán de servir, ser útil a la gente.

Un manicomio, si no fuera por su mamá, la verdadera matrona de la casa, con una fe inquebrantable en Dios y en la Virgen Santísima. Cuando decía: "A rezar el rosario", no había razón que valiera; todos tenían que dejar de discutir para ir a rezar el santo rosario, de rodillas, delante de la imagen de la Virgen de Guadalupe. A cada uno le tocaba dirigir y comentar un misterio. Y al final cada uno tenía que hacer por lo menos una petición, acompañada por un Paternóster, un Avemaría y un Gloria Patri.

Y durante la comida, nada de discusión. Todos tenían que volverse en mansos corderitos, tratando temas comunes acerca de la cosecha, las fiestas religiosas, el último documento de la Iglesia, la educación de los hijos y la decadencia de las costumbres. Cuando alguien, por descuido o intento de rebeldía, se salía fuera del corral, bastaba una mirada de doña

Raquel para reconducirlo a la sensatez. ¡Cuántas veces el padre Felipe tuvo que quedarse con la palabra en la boca, cuando se salía con algún abrupto sobre la política o la problemática eclesial!

¿Y yo? Un metiche privilegiado, vecino y amigo de la familia desde la niñez, siempre listo para hacer de puente entre todos, especialmente cuando las cosas se ponían demasiado serias que hasta dejaban de hablarse. Y cuando llegaba la hora de la reconciliación, me volvía en un estorbo. Sencillamente me tiraban a un lado, echándome la culpa de sus broncas, acusándome de haber creado malentendidos que ponían en peligro la convivencia familiar.

Pero el idilio duraba poco. Es que los tres hermanos eran demasiado diferentes entre ellos. Parecían caídos de planetas diferentes, si no fuera por el fuerte apego a la religión, que habían mamado desde los primeros años de su vida y que hacía de ellos unos creyentes de primera, dispuesto a pelear desde cualquier trinchera, según su manera de ver las cosas y sin medios términos, dispuestos a repartir y recibir cocolazos, según el caso.

Así que, si te dejas vencer por la curiosidad y te decides a fisgonear en la vida de estos tres hermanos, te aconsejo que trates de no involucrarte demasiado en sus broncas, para no arriesgar con salirte descalabrado como yo. De todos modos, te aseguro que se tratará de una experiencia única en tu vida, una auténtica aventura que va a dejar una huella profunda en tu vida. Posiblemente, después de haber leído esta historia, dirás: "Antes de haber leído *'El sueño del excomulgado'*, pensaba así; ahora pienso de una manera muy diferente".

Adelante, pues, con valor y no te olvides de guardar la debida distancia. La historia ya empezó. Que la disfrutes plenamente, bien hundido en tu cómodo sillón.

Veracruz, Ver., a 15 de mayo de 2009.

Capítulo 1

LA CASONA

Mis primeros recuerdos acerca de esta historia son muy vagos. Tendría unos cinco-seis años, cuando empecé a escuchar cuentos de fantasmas, relacionados con “La Casona” o “El Convento”, que era precisamente la residencia en que vivía la familia de los personajes principales de este relato y se encontraba en las afueras de una grande ciudad. Había gente que aseguraba haber visto almas en pena circular por los alrededores del enorme edificio, que descollaba en la zona lleno de misterio. Se contaban historias de frailes y monjas, que habiendo faltado a sus votos, estaban purgando con enormes tormentos sus desvarios en el mismo lugar en que habían cometido el pecado y todas las noches merodeaban por la zona solicitando oraciones, ayunos y actos de penitencia a todo viandante que se les atravesara en su penoso vagar.

En realidad, se trataba de un antiguo convento, que el gobierno había nacionalizado al tiempo de Benito Juárez y se había convertido en el casco de una hacienda. Con el pasar de los años había tenido muchos arreglos, a medida que se iba deteriorando por los embates del tiempo. Lo que quedaba de la antigua construcción era muy poco: la capilla de unos veinte metros por seis y algunos anexos. Todo lo demás era casi completamente nuevo, aunque eran evidentes las diferencias de estilo entre una parte y otra.

Al tiempo de la cosecha, la Casona se llenaba de gente, venida de lejos en busca de trabajo, y volvía a ser el antiguo Convento: catecismo todos los días para los niños, rezo del santo rosario para los adultos y muchos consejos prácticos para todos. En esto doña Raquel era una verdadera maestra, muy amena en el contar cosas y con todo tipo de ocurrencias. La gente esperaba con ansia el momento de reunirse para

rezar y escuchar a doña Raquel, aunque su esposo no siempre estaba de acuerdo con su manera de llevarse con ellos, manifestando hacia todos un afecto exagerado, con besos, abrazos, regalitos y todo tipo de piropos (“mi corazón”, “amor mío”, “mi princesita”, “mi campeón”, etc.). Según él, todo lo que hacía doña Raquel para ayudarlos a mejorar su condición de vida era tiempo perdido, puesto que, a su manera de ver, “el indio nunca dejará de ser indio”. Cuando se enteraba de que algún trabajador desperdiciaba su dinero en los vicios, se enfurecía y pontificaba: “El sudor de la frente es sagrado y nadie tiene derecho a tirarlo a la basura así nomás”.

Mi papá no comulgaba con la manera de pensar de los vecinos. Cuando hacía alusión a ellos, los tildaba de “mochos, atrasados y conservadores”, que vivían como al tiempo de don Porfirio, lo que para él constituía la peor ofensa, puesto que él se consideraba libre pensador, abierto y moderno. En muchas ocasiones nos instaba a no dejarnos contagiar por su manera de ser, totalmente anticuada, y reducir a lo mínimo indispensable el contacto con este tipo de gente, como para asistir a la misa dominical y a la catequesis para la Primera Comunión, puesto que la capilla del antiguo convento con sus anexos fungía como sede alterna de la parroquia, especialmente cuando llegaba la gente de afuera para la cosecha del café.

Fue precisamente en estas ocasiones que empecé a conocer a los tres hermanitos, que con el tiempo se iban a volver en mis amigos entrañables. Me llamaba la atención su manera muy peculiar de participar en la santa misa, con una extrema devoción y vestidos de monaguillos, lo que hacía de ellos el espectáculo de la comunidad. El señor cura no se cansaba de presentarlos como ejemplos a seguir, el fruto más bello que había producido la parroquia en muchos años y que algún día harían famoso el lugar que los vio nacer.

Haciendo caso a la opinión del señor cura y a los consejos de mi mamá, pronto me volví en un discípulo devoto de doña Raquel, que me preparó para la Primera Comunión y sembró en mí el germen de la vocación sacerdotal. Al mismo tiempo, sin que se enterara mi papá, empecé a fungir de monaguillo, teniendo así la oportunidad de frecuentar más a los tres hijos

de doña Raquel, cuyo ejemplo me atraía de una manera irresistible. En realidad, los tres hermanitos, siguiendo las orientaciones de doña Raquel, pronto se volvieron en catequistas de los chiquitines, que lograban entretener con un montón de recursos pedagógicos, vistiéndose de payasos, caminando sobre la cuerda floja y dando funciones de prestidigitación.

Con la complicidad de mi mamá, apenas me resultaba posible, volaba a la Casona para jugar con mis amiguitos. Jorge, el más grande, era nuestro capitán que nos entrenaba a pelear contra una chusma de piratas, que según él estaban infestando la zona. Cada uno de nosotros contaba con su espada y su puñal de madera, siempre listos para hacer frente a cualquier contingencia. Cuando Jorge gritaba: "¡Alerta! Piratas a la vista", todos corríamos a nuestros puestos de combate y entablábamos batallas imaginarias que nos dejaban exhaustos.

Al final, Jorge nos pasaba revista a todos, alabando nuestro heroísmo, corrigiendo ciertas posturas corporales incorrectas en un verdadero soldado y reprendiendo algún acto de indisciplina. En este último aspecto, Felipe llevaba siempre la peor parte: que era demasiado precipitado, que actuaba por su cuenta sin consultar o esperar órdenes de su capitán y sin fijarse en lo que hacían los demás... Y Felipe siempre firme ante su capitán, como un caballo brioso mordiendo el freno, sin poder decir ni pío, hasta que en alguna ocasión le aventaba el rifle de madera a los pies y se retiraba, jurando y perjurando que no volvería a jugar con él.

Y yo, como el buen samaritano, tratando de recoger los platos rotos, hablando con uno y con otro en busca de una reconciliación. Hasta que se daba y yo me volvía en un estorbo y regresaba a mi casa con la conciencia tranquila de haber hecho una obra buena. Esto duró algunos años, los años más felices de mi infancia. Después Jorge y Felipe se fueron al seminario y quedamos nosotros dos, yo y Armando, que era de mi misma edad, con un paquete demasiado grande para nosotros, como era el de entretener a los chiquitines mientras doña Raquel se encargaba de los adultos y de los niños de la Primera Comunión.

Terminada la primaria, mi papá fue trasladado a otro lugar por ser director de una oficina de correos y toda la familia tuvo que seguir sus pasos. Así empezó otra etapa de mi vida.

Capítulo 2

ESQUIZOFRÉNICO

Hice otros amigos, cursé la secundaria y la preparatoria y, por fin, siendo ya mayor de edad, pude acceder al seminario contra la voluntad expresa de mi papá, que en su círculo de amigos se sentía avergonzado de tener un hijo seminarista (se decía que mi papá pertenecía a la masonería). Gracias a la recomendación de mi párroco, de inmediato fui admitido a cursar la filosofía. Mi gran decepción fue enterarme que Felipe había ingresado a una congregación religiosa y que ya se encontraba en Roma en su año de noviciado. Jorge estaba cursando el segundo año de teología y vivía en otro edificio del mismo seminario. Así que pronto se desvaneció mi ilusión de reanudar la antigua relación con ellos, reviviendo los tiempos de la infancia, tan ricos de recuerdos e ilusiones.

De todos modos, cuando se me ofrecía alguna oportunidad, trataba de encontrarme con Jorge para pedir noticias acerca de su familia y en especial acerca de Felipe, que no dejaba de preocuparme por su manera algo extravagante de ver las cosas y actuar. Por eso me parecía rara su opción por la vida religiosa. Su mismo hermano abrigaba serias dudas acerca de su capacidad para vivir en comunidad.

Al terminar yo la filosofía y empezar la teología, Jorge fue ordenado sacerdote y se incorporó a una parroquia como vicario, mientras Felipe seguía estudiando teología en Roma. Cuál fue mi sorpresa cuando, unos años después, me enteré de que Felipe, al terminar los estudios de teología, había regresado a su casa sin ordenación ni nada, como un simple laico. Contaba que, sin mayores explicaciones, lo habían alejado de la comunidad y ahora se encontraba ante un futuro

totalmente incierto, en espera de algo que le deparara la Providencia. Otra noticia que me dejó sumamente intrigado: Armando se encontraba en algún país de América Central o América del Sur como misionero laico.

Aproveché las vacaciones de verano para ir a la Casona con el propósito de mantenerme al tanto de la situación y tratar de reanudar la antigua amistad. Al enterarse el padre Jorge, solicitó un permiso al señor cura y nos alcanzó. Pasamos juntos una semana estupenda entre recuerdos, sueños y relatos de las experiencias más importantes que cada uno había tenido durante los largos años de separación. Como era de esperarse, Felipe nos llevaba siempre la delantera, por haber vivido bastante tiempo fuera del país. Su manera de contar, sumamente amena y ocurrente, nos tenía boquiabiertos a todos y como embelesados. Nos contaba:

—Fíjense cómo son los italianos: cuando tienen algún pleito familiar o callejero, por el tono de la voz y los gestos que hacen, parece que están a punto de matarse. Pero no. Una vez que se desahogan, regresan a la normalidad, como si no hubiera pasado nada. Y en cuando a mentadas, nos ganan con mucho. Pero siempre con palabras. Nunca llegan a los hechos. Lo que sí nunca pude entender es su mala costumbre de blasfemar. Sí, blasfemar. No se trata de puras groserías como se acostumbra entre nosotros. Se trata de verdaderas blasfemias contra lo más sagrado: Dios, la Virgen Santísima, la Eucaristía, los santos y los difuntos. Algo realmente increíble para un latinoamericano. En cuanto a los españoles, parece que a nivel popular no pueden tener una conversación normal, sin adornarla con todo tipo de groserías y mencionar algo sagrado en son de burla, desprecio o ataque.

Cuando estaba presente doña Raquel, la conversación tomaba un giro totalmente diferente. Nos hablaba del papa, los cardenales, las basílicas y tantas cosas edificantes, que nos llenaban de un santo fervor religioso. Así se nos fue la semana, muy rápidamente, entre actos de piedad, un poco de deporte y mucha conversación, de la que pudimos desprender que en realidad no había razones de peso que impidieran a Felipe la recepción de las órdenes sagradas. Sí, era un poco exuberante y a veces impredecible en su manera

de pensar y actuar, pero no manifestaba nada que pudiera hacer sospechar un fuerte desequilibrio en su personalidad que representara un serio impedimento para su ordenación sacerdotal.

Apoyándose en estas consideraciones, el padre Jorge presentó el caso al señor obispo, que pronto solicitó un informe a los superiores de Roma. Al tardar la respuesta y contando con la opinión favorable de parte de gente prudente que lo habían tratado personalmente, lo nombró vicerrector del seminario menor y empezó a conferirle los ministerios hasta ordenarlo sacerdote, poco antes de que llegara la respuesta de Roma, según la cual Felipe padecía de esquizofrenia, lo que representaba un grave impedimento para su ordenación. Ni modo el padre Felipe era ya sacerdote para siempre. Ahora se trataba de ver cómo sortear la situación.

Evidentemente los únicos en conocer el referto médico eran el obispo y unos cuantos canónigos de confianza. Los demás seguimos pensando que no había llegado ninguna respuesta de Roma y que por lo tanto no había de qué preocuparse por el padre Felipe, que pronto se volvió en la estrella de la diócesis, siendo rector del seminario menor, gran predicador (con una oratoria realmente fascinante) y confesor incansable. Todos hablaban de él con entusiasmo, excepto los seminaristas que lo veían muy duro con ellos, exigente y demasiado piadoso.

Con frecuencia hablaba de favores especiales recibidos de la Virgen: que, regresando de una misión de noche y en motocicleta, de repente se le apagaron las luces y milagrosamente pudo evitar ir a estrellarse contra algún muro o árbol; que unos borrachos se estaban peleando y por tratar de separarlos apenas pudo esquivar de recibir una puñalada en plena cara; que en un choque entre dos camiones hubo muchos heridos y algunos muertos, mientras él, por intervención de la Virgen, pudo salir ileso del percance.

El problema no consistía en tener que escucharlo contar lo mismo una y otra vez, sino en constatar como en cada relato añadía nuevos enfoques y detalles diferentes, lo que les causaba cierta perplejidad acerca de la realidad de los hechos narrados y su interpretación. Más aún: les molestaba

que, después de cada relato, los invitaba a ir a la capilla para agradecer a la Virgen el gran favor. En algunos casos, los levantaba en plena noche con el mismo cuento de los milagros y la oración de agradecimiento a la Virgen.

Evidentemente, cuando alguien se quejaba por esta situación, nadie les creía. Lo tachaban de flojo y falto de fe, poco idóneo para aspirar a ser un día un buen sacerdote, lleno de celo apostólico y enamorado de las cosas sagradas. Por eso muchos sufrían y callaban para no ser acusados de ser mundanos, poco afectos a las cosas del espíritu.

El mismo año en que se ordenó el padre Felipe, unos meses después, me ordené yo también. Tuve la dicha de verme acompañado, en un día tan especial para mí, por mis grandes amigos de infancia: el padre Jorge, el padre Felipe y Armando. Fue un reencuentro sumamente agradable, sin imaginarme siquiera lo que esta amistad iba a representar para mi futuro como discípulo de Cristo y ministro del altar. Le doy gracias a Dios por haberme librado del peligro de perderme en la más completa confusión, al tomar conciencia de situaciones y planteamientos, que hasta aquel momento, por mi ingenuidad, nunca había sospechado.

Capítulo 3

EL MISIONERO GUERRILLERO

Como era lógico, después del solemne cantamisa en mi parroquia, corrí a la Casona para una misa más íntima y plenamente vivida en compañía de mis amigos más entrañables. Doña Raquel parecía totalmente fuera de sí, como extasiada, ante un espectáculo, que sin duda había soñado innumerables veces: dos hijos y un antiguo alumno suyo de catequesis, celebrando juntos, en su casa, el santo sacrificio del altar. De vez en cuando levantaba las manos hacia la imagen de la Virgen de la Solidaridad en actitud de agradecimiento por un favor tan grande, mientras las lágrimas le fluían abundantemente de los ojos. Su esposo no se cansaba de acercársele discretamente y hablarle al oído, en el intento de hacerla volver a la realidad, para evitarle caer en el ridículo por su actitud de piedad fuera de lo común.

Mi problema fue cuando, al terminar la celebración eucarística, doña Raquel, rodeada de su esposo y Armando, se puso de rodillas ante mí pidiendo la bendición. Sinceramente no supe qué hacer. Intenté balbucear algunas palabras, invocando el favor divino sobre el hogar que había representado la cuna de mi vocación y aquellas personas que tanto me habían ayudado a cultivarla. Pero me confundí completamente y recurrí a la bendición de rito, la más sencilla, que me liberó del apuro y me permitió recobrar la serenidad acostumbrada.

Serenidad que duró muy poco. En realidad, terminado el agasajo preparado por doña Raquel con tanto esmero, los antiguos amigos nos retiramos a nuestro departamento para conversar a nuestras anchas. Y empezó lo inesperado. El padre Jorge, el mayor de los hermanos, retomó su papel de capitán

y se fue directamente contra Armando, el menor de todos, acusándolo de lo peor.

—Así que, mientras nosotros estábamos luchando para construir el reino de Dios, tú estabas haciendo todo lo posible para destruirlo.

Estas palabras del padre Jorge nos cayeron a todos como un balde de agua fría. Armando, tomado de sorpresa, trató de pedir alguna explicación, haciéndose el inocente. Entonces, el padre Jorge encaró la dosis, enseñándole a su hermano una carta que le causó un ataque de histeria en el intento de quitársela y romperla.

—¿Sabes a quién te pareces, mi querido Armando? A Judas, el traidor. Después de haber sido educado en un ambiente totalmente cristiano, ¡mira nomás!, nos diste la espalda a todos y te fuiste con nuestros peores enemigos. Y mamá, ¡muy quitada de la pena!, enviando mensualmente su ayuda económica al benjamín de la familia, “el hijo misionero, totalmente entregado a la causa de los pobres y desvalidos”. ¿No te da vergüenza?

—Ustedes los curas han sido los culpables de todo esto. Mediante sus documentos y sus discursos incendiarios contra los ricos y a favor de los pobres me empujaron a tomar las armas. Y ahora se salen con que “siempre no, no es bueno tomar las armas, no es bueno colaborar con los marxistas, que son nuestros peores enemigos”. A ustedes los curas nadie los entiende. Primero avientan la piedra y después esconden la mano.

Y empezó a contarnos todas sus peripecias por Cuba, Nicaragua y Chiapas, siempre al amparo de alguna organización que tenía que ver con la Iglesia.

—Y al final quedamos traicionados por nuestros jefes y nuestros patrocinadores. Ellos quedaron con la plata o alguna chamba en los nuevos gobiernos que se formaron a raíz de la revolución, y nosotros quedamos burlados, sin plata ni chamba, con la pura ceniza de nuestros compañeros difuntos, que ahora a nadie le interesan.

El padre Jorge, ante el nuevo planteamiento de Armando, poco a poco se fue desarmando, tomando una actitud más comprensiva y amigable.

–Bueno, entiendo tu situación. De todos modos, me pregunto: ¿Por qué no fuiste sincero desde un principio, haciéndote pasar por misionero, cuando en realidad eras un guerrillero?

–Cuando salí de la casa para ir a Centro América, mi intención era ser un misionero de verdad. De hecho, había sido reclutado por una organización misionera. Mi tarea tenía que consistir en apoyar a la misión, tratando de continuar haciendo lo que hacía aquí, es decir evangelizar enseñando el catecismo a los niños. Pero allá cambió todo. Me dijeron que, teniendo en cuenta la situación en que se encontraba la gente, esto no servía para nada y que lo más urgente era concientizar a los agentes de pastoral acerca de la realidad en que vivía el pueblo, completamente explotado por la clase dominante. Claro que poco a poco me fui involucrando siempre más en el proceso de concientización hasta llegar a tomar las armas. Por otro lado, ¿cómo podía quedarme con los brazos cruzados cuando mis alumnos, una vez concientizados, se iban a pelear en la montaña?

–No entiendo cómo, después de haber estado tan apegado a la Iglesia, te dejaste engañar tan fácilmente. ¿Nunca te diste cuenta de que no consiste en esto la misión de la Iglesia?

–¿Cómo me iba a dar cuenta si nuestros maestros eran teólogos de primera? Ellos nos hablaron de “alianzas estratégicas entre el cristianismo y el marxismo”, “apoyo logístico para los combatientes” y tantas cosas más. Siendo curas y gente bien preparada, les creí a ojos cerrados. ¿No es esto lo que nos enseñó mamá? ¿No es lo que nos repetía continuamente, es decir, que la voz del sacerdote es la voz de Cristo?

Sinceramente, ante este espectáculo, quedé anonadado. Claro que ya tenía alguna idea acerca de lo que estaba pasando en Centro América y Chiapas. En el seminario de vez en cuando se abordaba este tema y orábamos para que en aquellos lugares se lograra la paz. Hasta ahí. Nunca me había imaginado ver algún día a un guerrillero de carne y hueso, y por demás a un amigo de infancia, que hubiera estado metido en estas cosas. Tenía la idea de que los guerrilleros eran lo peor de la

sociedad, gente malvada y amiga de lo ajeno, dispuesta a todo con tal de satisfacer sus ansias de riqueza, grandeza y poder. Y ahora me daba cuenta de que se trataba de gente normal, que estaba arriesgando la vida en pos de los grandes ideales de la justicia y la igualdad entre todos los hombres.

Lo que me molestaba era la actitud de ciertos clérigos que, en lugar de dedicarse a lo suyo, que es la evangelización, se metían hasta el cuello en los asuntos sociales y políticos, arrastrando tras de sí a gente de buena fe, que, sin darse cuenta, se encontraba metida en situaciones que no lograban visualizar a cabalidad, con el riesgo de perder la vida, mientras ellos sabían cómo zafarse al momento oportuno.

Apenas había empezado a compartir estas reflexiones con el padre Felipe, cuando se oyó retumbar imponente la voz de doña Raquel: "A rezar el rosario" y todos nos volvimos en mansos corderitos, tomando el camino de la puerta para alcanzar el pequeño oratorio familiar. El único que parecía renuente fue Armando, que se veía sumamente molesto. El padre Jorge se encargó de volverlo a la realidad:

–No te olvides que aquí no estamos en Centro América. De inmediato baja al oratorio y nada de cuentos. Ya sabes lo que tienes que hacer.

Armando no tuvo tiempo de respingar, cuando ya se encontraba con la corona del rosario en la mano, entonando un canto a la Virgen: "Madre mía, tú que está en el cielo". Siguió la cena y el noticiario televisivo. Primer día.

Capítulo 4

¿MISIÓN O PROFESIÓN?

Segundo día. Levantada de costumbre, a las seis de la mañana. Santa misa con laudes. Algo le llamó la atención a doña Raquel, que la preocupó seriamente: el hecho que Armando no había comulgado, algo que el día anterior no había notado por la emoción del momento. Al terminar la misa, lo llamó aparte y empezó a investigar el asunto. Solamente la intervención oportuna del padre Jorge logró calmar las cosas. Siguió un abundante desayuno y volvimos a nuestro departamento.

Como siempre, el padre Jorge formuló la agenda. Era evidente su intención de reconducir al redil a la oveja perdida, Armando, el guerrillero enrolado con engaño.

–Mi querido Armando, en la viña del Señor hay de todo. Hay buenos pastores, que son la mayoría, y malos pastores, que son una minoría muy exigua. No vayas a pensar que todos los curas somos iguales. Algunos estamos realmente preocupados por la gloria de Dios y la salvación de las almas. Otros no. ¿Qué le podemos hacer? Así son las cosas. Por lo tanto, no tienes que escandalizarte si a veces te topas con curas como los que encontraste en Centro América, que están muy preocupados por los asuntos materiales y se olvidan de lo espiritual. Son cosas que pasan. Lo malo es cuando uno, por su inmadurez, se deja enredar tanto por esta situación hasta llegar a confundirse completamente y dejar toda práctica religiosa. Entonces el caso se hace muy serio, poniendo en riesgo su salvación eterna. Así que te invito encarecidamente a regresar a tu antigua práctica religiosa, como nos enseñó nuestra santa madre desde nuestros primeros años de vida. ¿Cómo la ves?

–En estos años he reflexionado bastante acerca del problema religioso y he llegado a la conclusión de que todo es pura pantalla, es decir un medio como otro para sacar plata a la gente y pasarla bien. Como hacen los políticos, que con los labios pregonan a los cuatro vientos su propósito de servir al pueblo, cuando en la práctica todos sabemos que lo que buscan es servirse del pueblo para su provecho personal. En realidad, no mueven ni un dedo si no hay plata de por medio. Algunos curas –me da pena decirlo– llegan a celebrar hasta diez misas diarias, misas de diez-quince minutos. Otros celebran menos misas, pero con muchas intenciones y cada una con su tarifa. ¿Para qué? Según ellos, para salvar las almas del purgatorio o para honrar al Sagrado Corazón, la Virgen o los santos. Pura pantalla, puro pretexto. Lo que les interesa de veras es la plata. De otra manera no esperarían que alguien se muriera para dedicarle tiempo. Mucho mejor dedicarle tiempo en vida que después de muerto. Si de veras estuvieran preocupados por la salvación de las almas o la gloria de Dios, pondrían más cuidado en apacentar al pueblo de Dios, que se encuentra totalmente abandonado. Por eso muchos están alejando de la Iglesia, atraídos por otras propuestas religiosas.

–No hay que exagerar, Armandito. Una golondrina no hace primavera. Se trata de casos aislados y nada más. No son la regla. Fijate en los documentos de la Iglesia, que nos presentan a nosotros como el Continente de la Esperanza.

–Si nosotros representamos el Continente de la Esperanza, entonces se ve que la situación de la Iglesia a nivel mundial es realmente preocupante. Quién sabe cómo estarán las cosas en los demás continentes.

–Cuidado cómo hablas, Armandito. O tengo que pensar que de veras has perdido del todo la fe, que se te inculcó desde tus primeros años de vida.

–Tal vez nunca he tenido una fe tan lúcida como ahora, una fe basada en la Palabra de Dios y no en imágenes, estatuas y un montón de cuentitos para atraer a la gente y entretenerla. Es tiempo de despertar, mi querido hermano. O a todos nos va a llevar la fregada. Ya el pueblo no es como antes. La competencia se está encargando de hacerle tomar conciencia. Es tiempo de hacer de la Palabra de Dios el libro básico de

todo católico y su fuente principal de inspiración para una vida de fe.

–¿Y la Religiosidad Popular?

–Si se exceptúa el rezo del rosario, el viacrucis, las posadas y algún otro detalle más, se trata de puras supersticiones.

–Es la religión del pueblo, su manera propia de entender y vivir la fe. ¿Qué derecho tenemos nosotros de quitarle lo poco que tiene?

–Nadie está hablando de quitar algo. Se trata sencillamente de poner cada cosa en su lugar. ¿Acaso en el Antiguo Pueblo de Israel no había formas de Religiosidad Popular? ¿Y qué hicieron los profetas? Lucharon por aclarar las cosas, arriesgando su propia vida. Claro que ahora resulta mucho más cómodo dejar las cosas como están y aprovecharse de la credulidad de la gente para explotarla más con misas, novenarios y procesiones a san Martín de Porres, san Antonio, san Expedito, san Charbel, etcétera, etcétera. Parece una competencia para ver quién inventa algo mejor para conseguir más centavos, en lugar de dedicarse a formar a verdaderos discípulos de Cristo al calor de la Palabra de Dios. Y después se quejan si, por falta de formación, con extrema facilidad este tipo de religiosidad desborda en el paganismo más burdo con el culto a la Santa Muerte, el Niño Fidencio, Malverde, Chucho el Roto, Juan el Soldado, etc.

Nunca me hubiera imaginado en Armando tanta claridad en los asuntos de la fe. Ya no era el monaguillo de antes, muy piadoso y totalmente apegado a los dictados de doña Raquel. Se lo expresé con toda sinceridad.

–¿No le dije que fui misionero durante algún tiempo? Claro, para prepararme tuve que aprender algo de teología, algo sencillo, sin la profundidad que se usa en los seminarios.

Tomó la palabra el padre Felipe:

–Ojalá que en los seminarios se estudiara teología como la estudiaste tú, fundamentando todo en la Palabra de Dios. No. En los seminarios, más que basarse en la Palabra de Dios, muchas veces se basan en uno que otro teólogo de renombre, cada quien según sus gustos, apuntalando todo con alguna

cita bíblica o documento de la Iglesia, que cada quien entiende a su modo.

–Por eso estamos como estamos.

–La ley suprema es el interés personal y la flojera. Cada quien ve las cosas a su modo y no le falta alguna justificación. ¿Que muchos católicos están abandonando la Iglesia? No pasa nada. ¿Acaso no dijo Cristo que su Iglesia no se acabaría nunca? ¿Alguien, a contacto con un hermano separado, tiene alguna duda en la fe y quiere que alguien se la aclare? Haga lo que quiera. Nadie está preparado y se siente obligado a darle una explicación. La apologética es cosa del pasado. Prohibido su estudio en los seminarios. Todos hablan de ecumenismo, mientras el pueblo católico, bajo el aguijón de los grupos proselitistas, se confunde y desparrama cada día más.

Intervino el padre Jorge, molesto por el giro que estaba tomando la conversación:

–No nos olvidemos de que la norma suprema de vida para el discípulo de Cristo es la ley del amor.

Entonces, ¿para qué dedicar tiempo a estudiar la apologética, puesto que lo único que enseña es a pelear con los que tienen otras creencias?

–No es cierto. La apologética no enseña a pelear, sino a profundizar la propia fe, aclarando nuestra identidad como Iglesia de Cristo y presentando una respuesta a los ataques que nos vienen de los grupos proselitistas.

–En este caso, en lugar de perder tiempo con esa gente, ¿no resultaría más fácil y correcto cerrarles la puerta y no prestarles atención?

–Usted cree que los miembros de los grupos proselitistas viven en otro planeta. Pero no es así. A veces se trata de compañeros de trabajo o miembros de la propia familia. ¿Cómo es posible evitar cualquier contacto con ellos? ¿Acaso habría que cerrarle la puerta al propio papá, hijo o hermano? Entonces, ¿por qué no hacer el esfuerzo por dar a conocer a nuestros feligreses los fundamentos de la propia fe, en lugar de dejarlos sin ninguna protección ante el acoso constante de parte de la competencia?

–Es que son tan pocos los que no comparten nuestra fe, que lo mejor que podamos hacer es no hacerles caso. Es inútil desperdiciar nuestro tiempo precioso en asuntos que no tienen importancia.

–¿Pocos? ¿Dónde vive usted, en las nubes? En alguna parte ya son mayoría y siguen aumentando cada día más.

–De todos modos, ¿para qué enfrascarnos en peleas estériles? Ultimadamente, el que quiere cambiar de religión, que lo haga. Al final será Dios que nos va a juzgar a todos. Además, ¿cuál es el problema? En el fondo, todos estamos buscando y sirviendo al mismo Dios.

–¡Qué manera tan rara de pensar es la de usted! ¿Acaso no se da cuenta de que los que se cambian de religión por lo general son inducidos con engaño a detestar la Iglesia Católica y alejarse de ella? Por otro lado, si todo fuera lo mismo, entonces ¿para qué Cristo se hizo hombre, predicó el Evangelio, murió por nosotros, resucitó y fundó la Iglesia? ¿De dónde usted sacó la idea tan descabellada de que cada uno puede escoger la religión a su antojo, sabiendo que Jesús quiso que sus discípulos vivieran unidos en un solo rebaño bajo un solo pastor? (Jn 17, 21; Jn 21, 15-17).

–Lo de la unidad en un solo rebaño bajo un solo pastor es un asunto de Cristo. Él sabrá cómo y cuándo la va a hacer realidad. Posiblemente esto será para el fin del mundo.

–De todos modos, Jesús puso la unidad entre sus discípulos como señal de que Él es el enviado de Dios y por lo tanto, mientras esto no se realice, muchos encontrarán una gran dificultad para creer en Él e integrarse a su Iglesia.

Cuando el padre Jorge ya no pudo rebatir al padre Felipe, recurrió al estratagema de siempre, imponiendo su autoridad como el antiguo capitán del equipo: “Ya basta de discusiones; es hora de tomar café” y cada quien tomó su rumbo. Yo alcancé al padre Felipe para comentar lo sucedido:

–¿Qué le pareció la actitud del padre Jorge? Nunca me hubiera imaginado algo parecido: por un lado, muy estricto y cumplidor, y por el otro, totalmente liberal: que cada quien opte por la religión que se le antoje, ecumenismo a ultranza, todo es lo mismo.

–Déjalo. No le hagas caso. En el fondo, es un comodín como los demás. Lo que busca es su propio interés: vivir a gusto y salvar su alma, sin meterse en problemas. Todo lo demás le vale un comino.

–Es lo que he notado en muchos curas: una vez resuelto su problema, que el mundo rueda. No les interesa nada. Curas de profesión y no de vocación o misión.

Después de tomar el café, hicimos un poco de deporte y almorzamos. La tarde salimos a respirar un poco de aire puro por los campos. Intentamos reanudar el intercambio de ideas, sin éxito. Descubrimos que entre nosotros había un abismo. Ya no nos sentíamos a gusto. El estar juntos nos molestaba. Adiós para siempre la infancia lejana.

Capítulo 5

EL CURA ICONOCLASTA

Tercer día. Despedida. Cada uno inventó cualquier pretexto con tal de concluir el encuentro y escabullirse: un compromiso de última hora, un repentino malestar o sencillamente muchas ganas de dormir para reponerse del sueño perdido. Yo opté por regresar a mi casa y convivir un poco más con mi familia. Encontrándose la casa de mis padres en la ruta para ir al seminario, pedí un *ride* al padre Felipe, que accedió de buena gana. En realidad, los dos sentíamos una enorme necesidad de desahogarnos, comentando los últimos acontecimientos. ¿Y qué pasó? Que, en lugar de hacerme sentir mejor, la conversación que siguió, más me sumió en la confusión, llevándome a una completa decepción con relación a mis antiguos compañeros de infancia y en especial hacia el padre Felipe, con el cual parecía congeniar más.

–Me da pena decirlo –empezó pronto el padre Felipe, apenas arrancó el carro–, pero es un hecho que el caso del padre Jorge no tiene remedio. Es un caso perdido. Fíjate que, desde que fue nombrado párroco, lo está echando a perder todo. Su plan es acabar con todo lo que hizo su predecesor. Empezó con sustituir con religiosas a todos los laicos que tenían algún cargo: secretaria, sacristán, ministros de la Eucaristía, dirigentes de las distintas áreas pastorales, etc. Está convencido de que las hermanas con su hábito van a impactar más a la gente. ¿Y la evangelización verdadera? Nada. No tiene ninguna idea al respecto.

–Nunca me había imaginado que el padre Jorge llegara a tanto.

–Es un desequilibrado: por un lado, muy estricto en los asuntos litúrgicos, y por el otro, muy desentendido en lo que

de veras tiene que ver con la fe auténtica. No le importa que sus feligreses tengan ideas equivocadas acerca del papel de Cristo en la vida del creyente, confundiénolo con facilidad con el papel de la Virgen o algún santo. Para él todo es lo mismo. Lo único que le importa es que la gente acuda a la misa, se confiese y comulgue. De hecho, nunca lo escuché mencionar a Cristo como el único Salvador y Señor de nuestra vida. Fíjate cómo se encuentra el sagrario: totalmente rodeado de estatuas. En muchas capillas sobre el mismo sagrario ha puesto la estatua del santo patrono. Imagínate qué mensaje está dando a la gente con su actitud tan irresponsable. Los altares se parecen al antiguo panteón romano, en que se juntaban todos los dioses y cada quien adoraba al de su preferencia. En realidad, estando así las cosas, no se sabe si uno está rezando a Jesús Sacramentado o a la imagen de algún santo. Pero ¡ay si el monaguillo se equivoca en alguna ceremonia! De inmediato lo reprende con severidad, para que ponga más cuidado en las cosas de Dios.

–No entiendo qué le está pasando. ¿Acaso no se da cuenta del daño que está causando a los feligreses con su manera de llevar las cosas?

–Es un megalómano. A él, lo que más le importa es realizar solemnes ceremonias litúrgicas, con procesiones, coro y una gran cantidad de ministros, llevando cada uno su uniforme, y al mismo tiempo llenar los templos de estatuas e imágenes. Y todo esto es para llamar la atención de la gente y lucirse más. En el fondo, le interesa poco si sus feligreses maduran o no en la fe. Tengo la impresión de que, detrás de tanta pompa exterior, mi hermano trata de esconder un profundo vacío interior.

– ¡Ojalá que nosotros no caigamos en lo mismo y hagamos todo lo posible para vivir plenamente nuestra vocación cristiana y sacerdotal y al mismo tiempo logremos ayudar a nuestra gente a madurar de veras en la fe.

–Es lo que tenemos que hacer con urgencia. Menos apariencias y más autenticidad. ¿No te has fijado con cuánto entusiasmo habla acerca del ecumenismo? Puras palabras. En la práctica lo único que consigue es abandonar a las ovejas a la merced del primero que las quiera conquistar. En este

aspecto se parece mucho al maestro del seminario, encargado de impartir la materia de ecumenismo, que se ufana de tener como secretaria y sacristán a gente que no es católica. Lo peor del caso es que esos amigos se cambiaron de religión, mientras colaboraban con él. Y el maestro de ecumenismo, bien quitado de la pena. Presenta su caso como un ejemplo a seguir, la máxima expresión del verdadero ecumenismo, con una apertura total hacia los que tienen otras creencias. Por eso en su parroquia está prohibida la apologética. Así que, mientras los de la competencia tienen cancha abierta para conquistar con toda tranquilidad a su gente, los católicos tienen prohibido aprender a defenderse de ellos. Ni modo. Es el precio que tiene que pagar para llevarse bien con los pastores evangélicos y ser considerado por todos como un gran ecumenista.

–Algo realmente increíble. ¿Qué dice el obispo al respecto? ¿Acaso no le interesa la formación de sus seminaristas?

–Claro que le interesa. El problema está en su manera de entender la formación. Para él la formación consiste en puros conocimientos intelectuales. No le importa si sirven o no para el bien de los feligreses, los ayuda o perjudica. Que se estudie la materia y ya, como en el caso del ecumenismo. Lo que le importa, es que los seminaristas aprendan todo lo que se refiere a este asunto y pasen los exámenes. ¿Y si alguien falla en alguna materia? Para fuera. No tiene vocación.

–Es cierto. Conozco casos de seminaristas, que han sido expulsados del seminario por el simple hecho de haber reprobado alguna materia.

–Mira. Te voy a confesar la verdad: a estas alturas ya no sé qué hacer, me siento decepcionado de todo: del obispo, de los formadores y los maestros del seminario y del clero en general, empezando por mi hermano Jorge.

Y siguió con un montón de recriminaciones contra todos y contra todo, que me dejaron totalmente aturdido y decepcionado por su manera de ver las cosas y comportarse, tan radical y contradictoria: por un lado, el más ortodoxo y santo de la diócesis, totalmente entregado a su misión de formador de los futuros ministros del altar, y por el otro, el

crítico más acérrimo del sistema; por un lado, el grande devoto de la Virgen, su hijo predilecto, que se pasaba largos ratos en oración delante de la imagen de la Virgen de la Soledad, la patrona del seminario, agradeciéndole los favores recibidos, y por el otro, el más acre fustigador de las devociones populares, que se desarrollaban alrededor de alguna imagen o vidente. Realmente no sabía qué pensar del padre Felipe.

Ante esta situación, decidí cortar por lo sano, reduciendo a lo mínimo mis contactos con los antiguos amigos de infancia. No quería que me amargaran la existencia desde los inicios de mi ministerio sacerdotal. Así pasaron algunos años, tratando de hacer mis pininos en la actividad pastoral con la ayuda de algún sacerdote de confianza. Durante este tiempo me enteré de que el padre Felipe había dejado el seminario y se había ido a trabajar en la sierra, causando un gran asombro en los ambientes clericales, puesto que, a causa de su reconocida preparación intelectual y su ejemplo de santidad, todos se esperaba para él un destino bien diferente. Era opinión común que, con su presencia en la sierra, un nuevo capítulo se abriría en la pastoral indígena, hasta entonces totalmente olvidada y hundida en un montón de ritos y costumbres, que rayaban en el más evidente paganismo. De hecho pronto se empezaron a escuchar noticias muy halagadoras acerca de su actuación: que el padre Felipe ya contaba con un buen número de aspirantes al seminario, que la Palabra de Dios se estaba expandiendo como un reguero en la sierra, que un nuevo san Pablo se perfilaba en la historia de la Iglesia...

Hasta que explotó la bomba: el pueblo, a nivel masivo, acababa de sacar del templo al padre Felipe y poco faltó que lo linchara. ¿Qué había pasado? Que, para explicar a la gente que las imágenes no tienen vida ni poder, tomó el crucifijo del altar mayor y lo hizo pedazos, golpeándolo contra una columna del templo. Después, para que se cercioraran de que se trataba de pura madera, aventó sus trozos por aquí y por allá entre la gente, inmovilizada por el pánico. Todos pensaban que de un momento a otro, como castigo divino por la afrenta recibida, todos iban a desaparecer entre temblores, rayos y gritos desgarradores. Al reponerse del susto y al ver que no pasaba nada, alguien dio la señal de ataque y todos se aventaron

contra el padre Felipe con golpes y tirones, hasta sacarlo del templo y dejarlo tirado medio muerto en las afueras del pueblo. Enseguida saquearon el curato, haciendo estrago de todas sus pertenencias, decididos a matarlo en caso de volver a la parroquia.

Ante un suceso tan desconcertante, muchos admiradores del padre Felipe empezaron a dudar acerca del estado de sus facultades mentales. Conociendo el sentir religioso de los indígenas, ¿a quién se le ocurriría hacer algo parecido? Otros vieron en el hecho un signo claro de su vocación profética y disposición al martirio, como se exige en un verdadero discípulo y misionero de Cristo. Mientras tanto el obispo y sus consejeros no dejaban de reunirse para deliberar al respecto, hasta que llegaron a la conclusión de nombrar un nuevo párroco y el caso quedó cerrado.

Capítulo 6

EL GRAN PREDICADOR

Como era de esperarse, pronto me fue a buscar el padre Jorge, sumamente preocupado.

–¿Tienes alguna noticia acerca del padre Felipe?

–¿¡!?

–Pensaba que nadie como tú podía ayudarme, puesto que siempre fuiste considerado por él como su más grande amigo.

–Es la primera vez que lo escucho. Nunca me había dado cuenta de eso.

–De todos modos, te suplico que hagas todo lo posible por localizarlo e invitarlo a regresar a la casa. Desde que se supo la noticia por los periódicos, la mamá no deja de angustiarse por su suerte. En realidad, acerca de aquel hecho bochornoso, que de una manera tan improvisa y cruel puso fin a su misión entre los indígenas, acerca de mi hermano se cuentan cosas terribles. Mi papá no deja de repetir que mi hermano ya está muerto, lo que a mí me parece sumamente improbable. Ahora bien, solamente tú puedes lograr el milagro de hacerlo volver a la casa. Estoy seguro de que, siendo orgulloso como nadie, nunca va a reconocer su fracaso pastoral, él que no se cansaba de criticar mi manera de llevar las cosas en la parroquia.

Ni modo. Como en los antiguos tiempos, una vez más me tocaba a mí recoger los platos rotos. Le eché ganas, movilicé a mis contactos y en pocos días lo localicé, oculto en la casa de campo de un amigo en las afueras de la capital. Al verme, se alegró y me apostrofó:

–Me lo imaginaba. El mismo figgón de siempre. No sé cuándo aprenderás a no meter las narices en los asuntos que no te importan.

–Claro que este asunto me importa y mucho. Por eso lo he ido buscando por todos lados y usted escondiéndose por aquí y por allá. Parece que seguimos jugando al gato y el ratón, como en los antiguos tiempos.

–Los antiguos tiempos ya pasaron, mi querido amigo. Ya pasó la edad de la inocencia y la ingenuidad. Al llegar la edad de la conciencia, cada uno tomó su camino y ya. Así es la vida. ¿Qué le vamos a hacer?

–No sea tan drástico: la verdadera amistad nunca se olvida. Va más allá del tiempo y las opiniones. Por eso vine a verlo para decirle que es extremadamente urgente que vayamos a la casa. Sus papás y hermanos están muy preocupados por usted.

–Lo de mis papás lo creo. Lo de mis hermanos, quién sabe.

–De todos modos, tenemos que ir a la casa. Para justificar tu ausencia en estos días, no faltará alguna excusa, como por ejemplo que estuviste en un convento para hacer los ejercicios espirituales, descansar un poco y aclarar tus ideas.

–¿Cuáles ideas?

–Allí veremos.

Unas horas y ya nos encontramos en la Casona, como en los antiguos tiempos. Al vernos llegar, doña Raquel se deshizo en lágrimas. Yo traté de tranquilizarla:

–¿Qué es todo este alboroto? No hay nada especial. Ya se lo había dicho al padre Jorge. No hay que exagerar las cosas.

–¿Y los periódicos?

–Exageran como siempre. De eso viven.

Como sin nada, tomamos un café y nos retiramos a nuestro departamento. Al ver la frialdad presente entre los tres hermanos, yo tomé la iniciativa de abordar el tema:

–A ver, padre Felipe: explíquenos cómo estuvieron las cosas. Hay muchas versiones al respecto.

Después de algunas aparentes reticencias, el padre Felipe accedió. A todas luces se veía que tenía unas enormes ganas de hablar y desahogarse.

–He aquí, en pocas palabras, el meollo del asunto: la pastoral indígena es un verdadero fracaso y ya no puede seguir así. Fijense: a quinientos años de distancia de los inicios, la evangelización, en lugar de avanzar, va para atrás. De hecho, los antiguos misioneros, aunque fueran extranjeros, manejaban los dialectos locales y se entendían con la gente. Antes había catecismos, homilias y tantas otras cosas en las lenguas locales. Ahora no hay nada. Pura palabrería, mientras la gente queda totalmente abandonada y explotada por el mismo clero. Por eso yo abolí los aranceles y empecé a utilizar el dialecto en la liturgia y la catequesis. Y fue cuando muchos empezaron a respingar.

–¿Por qué empezaron a respingar? –me atreví a preguntar. En realidad, el padre Felipe hablaba como inspirado, como si acababa de entrar en otra dimensión.

–Cada uno tenía sus razones para hacerlo. Los caciques se sentían perjudicados en sus intereses particulares (abusos sexuales e injusticia) y el pueblo en general se sentía amenazado en sus creencias. Imagínense que, a estas alturas, la generalidad de los indígenas con los cuales me tocó trabajar, aún creen que las estatuas de los santos son verdaderas divinidades, con vida y poder. Claro que, para todos los curas que me precedieron, esto no representaba ningún problema. Para ellos, bastaba que cumplieran con las tarifas establecidas y todo quedaba arreglado. Que creyeran en un solo Dios o en diez, quince o veinte, les daba lo mismo. Hasta que llego yo y cambian las cosas. Por eso sucedió lo que tenía que suceder.

–Bueno. Hay que hacer las cosas con calma, poco a poco, sin mucha prisa, adecuándose al ritmo de la gente.

–¿Cuál ritmo? Aquí se trata de algo fundamental para nuestra fe. ¿Cómo se puede bautizar y administrar los demás sacramentos a gente que no tiene una noción clara ni siquiera acerca de la existencia de un solo Dios? Ya pasaron quinientos años desde los inicios de la evangelización. ¿Cuántos años más tenemos que esperar para aclarar esto?

Y empezó a descargar sobre el clero en general y sobre nosotros una serie de improperios con amenaza de castigos eternos por nuestra frialdad en el campo de la fe, trayendo a colación los grandes ejemplos de los profetas, san Juan

Bautista, el mismo Jesús, los apóstoles y la gran cantidad de santos que a lo largo de la historia lucharon por la fe hasta derramar su sangre. Una vez más nos salvó la campana con la voz imperiosa de doña Raquel: "A rezar el rosario". Cuando los vi a todos reunidos como mansos corderitos alrededor de doña Raquel, me escabullí con cualquier pretexto y traté de olvidar el asunto. Me di cuenta de que ya empezaba a pisar un terreno demasiado resbaladizo.

Pero no lo logré. Las amenazas del padre Felipe no dejaban de perturbarme, mientras resonaba en mi mente el grito angustiado de san Pablo: "¡Ay de mí si no anuncio el Evangelio!" (1Cor 9, 16). Además, en todas las conversaciones entre los agentes de pastoral no se hablaba que del padre Felipe, algunos a favor y otros en contra, esperando todos una intervención aclaratoria de parte del obispo. La que nunca llegó.

Unos meses después supe que el padre Felipe se había vuelto en un gran predicador, una especie de Jerónimo Savonarola, que en los templos, las plazas y los estadios no dejaba de fustigar la frivolidad de las costumbres, la falta de fe y el indiferentismo religioso, "una verdadera plaga" que, según él, lentamente estaba carcomiendo el tejido eclesial con consecuencias irreparables. Su tono apocalíptico no dejaba de impactar a la gente piadosa, que, en forma personal o reunida en grupos, se volvieron en sus incondicionales seguidores, haciendo de la oración y la penitencia su estilo de vida, en espera del desenlace fatal.

Entre ellos no faltaba gente que aseguraba haber tenido visiones o experiencias del más allá. Con toda naturalidad entre ellos se hablaba del infierno con sus tremendos castigos, basándose en escritos de santos y testimonios de convertidos. Muchos abrigaban la esperanza de que esta oleada de espiritualidad iba a representar para toda la Iglesia, y el clero en especial, una fuerte sacudida, puesto que todo se desarrollaba al amparo de la Virgen, la gran protectora del pueblo fiel. Pues bien, en este clima de incertidumbre y esperanza, se abrió paso una noticia, que poco a poco llegó a confirmarse plenamente: el padre Felipe llegaría a la cabecera diocesana para un congreso internacional sobre el tema

“Oración, ayuno y penitencia en vísperas del gran día”. Para muchos, el magno evento representó la más completa reivindicación del padre Felipe, una especie de venganza contra sus detractores. Sus fans, reprimidos durante mucho tiempo por sus ideas y prácticas que a muchos les parecían extravagantes, salieron de las catacumbas y tuvieron su momento de gloria.

Pero después todo volvió como antes. Cada quien regresó al redil, entre la indiferencia del clero y el pueblo en general, que calificaron el evento como fruto de una mente calenturienta en búsqueda de fama y poder.

Capítulo 7

EXCOMULGADO

A quien le preguntaba algo al obispo y sus consejeros acerca del padre Felipe, la respuesta era siempre la misma: “Déjenlo; caerá por su propio peso”. Nadie podía dar razón de su paradero, ni su familia ni alguien de su antiguo círculo de amistades. Parecía que al padre Felipe se lo había tragado la tierra. Acerca de él circulaban puras conjeturas: que el padre Felipe se encontraba en un monasterio, dedicándose a la oración, la penitencia y el ayuno, como él mismo había siempre pregonado; que se encontraba fuera del país para conseguir la licencia en teología; que se había casado... En fin, cada uno trataba de dar cuerpo a sus suposiciones, inventando una probable solución al enigma que rodeaba su repentina desaparición. No faltó alguien que, encontrándose fuera del país por turismo o trabajo, aseguraba haberlo visto officiar en algún templo no católico. Tratándose de un hecho que nadie podía comprobar, no se le dio mucha importancia.

Cuando ya se había perdido toda esperanza de dar con su paradero, llegó una noticia que sacudió los ambientes eclesiales desde sus cimientos: “El padre Felipe acaba de ser consagrado obispo por uno de los últimos representante de una antigua iglesia en vías de extinción”. Otra vez el padre Jorge me fue a buscar: por orden del señor obispo y en la mayor brevedad posible, tenía que localizar al padre Felipe para concertar un encuentro con él. El asunto no era para menos. Y otra vez tuve que dar la cara, investigando las fuentes de la noticia y llegando a comprobar que en efecto el padre Felipe se encontraba fuera del país, viviendo con un grupo de seguidores en un antiguo convento abandonado.

Por orden del obispo fui a verlo juntamente con el padre Jorge. Se le veía completamente sereno, con un porte al mismo

tiempo sencillo y solemne, como se conviene a todo un señor obispo. Posiblemente los últimos años pasados en oración y penitencia habían influido bastante en sus modales, dándoles una apariencia de paz y seguridad.

Al vernos, se alegró sobremanera y nos abrazó efusivamente. Parecía que hubiéramos vuelto a los viejos tiempos. Nada de rencor o reclamos; tenía ansias de noticias y pronto nos preguntó acerca de doña Raquel, su madre.

–Muy triste y enferma –contestó el padre Jorge–. Desde tu desaparición, no hace otra cosa que preguntar por ti. Ha envejecido bastante.

–¿Está enterada de los últimos acontecimientos?

–Claro que sí. Por un lado se alegró, al darse cuenta de que estás vivo y por el otro se puso más triste al escuchar ciertos comentarios desfavorables acerca de tu persona. No falta gente que te considera “excomulgado” por lo de la ordenación episcopal sin la autorización pontificia.

–Sinceramente no entiendo la razón. En realidad, cuando me integré a esta comunidad, mi única intención era dedicarme de lleno a la oración y a la penitencia. De hecho ingresé a este monasterio como simple monje. Ahora bien, tratándose de una antigua iglesia en vías de extinción, antes de morir el último obispo que quedaba, tuvo a bien designarme como su sucesor y aquí estoy. No entiendo dónde está el problema. Por mi parte, haré todo lo posible por seguir apoyando el proceso ecuménico ya en acto, en comunión con las demás iglesias hermanas.

–Los que forman parte de su iglesia ¿son solamente monjes o hay también laicos?

–Aparte de esta comunidad monástica, contamos con unos doscientos feligreses, diseminados en distintas partes del país y atendidos por algunos presbíteros casados, según la tradición de nuestra Iglesia.

–Ahora usted ¿qué piensa hacer? ¿Seguirá atendiendo solamente a sus feligreses o piensa meterse también con los católicos? En realidad, entre nosotros hay mucha gente que lo conoce y lo estima.

–Mi principio es: “A quien venga a mí no lo echaré fuera” (Jn 6, 37).

Estas palabras sonaron para el padre Jorge como una declaración de guerra, que puso fin a la entrevista. Tiempos difíciles se acercaban para nuestra atribulada diócesis. De hecho, al informar al obispo acerca del encuentro, éste pronto se alarmó y citó de inmediato a sus consejeros para una reunión de emergencia. El asunto consistía en ver cómo hacer frente a un posible regreso del padre Felipe a la diócesis en calidad de obispo, teniendo en cuenta su capacidad de arrastre y la gran cantidad de gente que lo conocía y apreciaba. Esto en cierta manera me desconcertó. No entendía una actitud tan intolerante de parte del obispo y mis colegas hacia el padre Felipe. Me preguntaba: “¿Dónde está, entonces, su espíritu ecuménico, del cual tanto se ufanan? ¿Acaso es mejor volverse pentecostal, testigo de Jehová o budista que miembro de la iglesia del padre Felipe?” Por fin alguien me dio la respuesta: “Para que la cuña apriete, tiene que ser del mismo palo”. Mientras se trataba de grupos religiosos totalmente diferentes, no había problema. Pero, cuando se trató de un grupo religioso muy similar a la Iglesia Católica, todos levantaron el grito al cielo. ¿Por qué? Por el temor a perder el monopolio en la administración de los sacramentos, con la relativa remuneración económica.

Pero en la práctica se trató de una falsa alarma, puesto que todas las precauciones que se tomaron con relación a un posible regreso del padre Felipe resultaron vanas. El padre Felipe nunca manifestó su intención de volver a su tierra de origen. Además, parecía que a nadie le interesara su nueva investidura como obispo de una antigua iglesia en vías de extinción, no obstante la intensa propaganda desplegada por los medios locales de comunicación. De todos modos, el clero durante un largo tiempo no dejó de poner en guardia a la feligresía católica acerca de la importancia de permanecer todos unidos bajo la guía de los sucesores de Pedro y los apóstoles (Jn 10, 16 y Jn 17, 21), mediante la difusión de tripticos y folletos con un tinte claramente apologético.

Otro detalle que me llamó mucho la atención, fue una mejor atención pastoral para los líderes de las comunidades mediante retiros espirituales y cursos de formación. Al mismo tiempo, se notó un mayor fervor religioso entre los antiguos

seguidores del padre Felipe, que por lo general fue interpretado como una señal de fidelidad y apego a sus pastores. En alguna ocasión el padre Jorge alertó al clero acerca de cierto hermetismo, que estaba notando entre los antiguos seguidores del padre Felipe, pero nadie le hizo caso. Se interpretó su advertencia como una precaución excesiva con relación a posibles trastornos, que se podían originar de algún tipo de influjo del padre Felipe sobre sus antiguos simpatizantes. También hubo agentes de pastoral que informaron acerca de salidas periódicas de algunos feligreses, disque por motivo de trabajo. Al mismo tiempo se hablaba de jóvenes, que continuamente salían de las comunidades, según ellos para ir a estudiar lejos de su tierra. En todos ellos se notaba una evidente radicalización de actitudes rigoristas, que los distinguían claramente de los demás.

Este clima de incertidumbre duró unos años. Por fin, con ocasión del deceso de doña Raquel, se despejó la incógnita. ¡Pobrecita, doña Raquel! Desde que empezaron los problemas con el padre Felipe, poco a poco su salud se fue deteriorando hasta quebrantarse completamente. Perdió el brillo de los ojos y se volvió totalmente aprensiva, asustándose por cualquier cosa. Ella y su marido parecían sonámbulos en la inmensa casona, que pronto dejó de funcionar como sede alterna de la parroquia. Armando seguía lejos de la casa como misionero, comerciante, político o guerrillero. En realidad, nadie podía dar razón de él. Una cartita o un telefonema de vez en cuando y era todo.

Desde hacía unos meses se esperaba de un momento a otro su desenlace final. Tuvo la dicha de ser asistida en las últimas horas por el padre Jorge, que no dejaba de meditar sobre la triste situación de su familia que por motivos religiosos había llegado a disgregarse totalmente. Para dar al padre Felipe y Armando la oportunidad de asistir a los funerales, hizo los arreglos necesarios para que el cuerpo pudiera resistir más y no empezara a descomponerse. De hecho, los dos hermanos llegaron puntualmente al día siguiente. Los funerales, como era de esperarse, fueron multitudinarios. Nadie podía dejar de dar el último adiós a su antigua catequista, la que les había enseñado a dar sus primeros pasos en la fe.

El día siguiente empezó el novenario de difuntos, dirigido por el padre Felipe, puesto que el padre Jorge tuvo que regresar a su parroquia por compromisos inaplazables. Así que todas las tardes la capilla de la Casona se llenaba de gente llegada de todas partes para el rezo del novenario. ¿Y la noche? El panorama cambiaba completamente: horas y horas de oración, ayuno y penitencia en espera del gran día, el día de las ordenaciones sacerdotales. Con eso el padre Felipe con su gente salían definitivamente de las catacumbas. El sueño del padre Felipe empezaba a volverse realidad: todas las comunidades, hasta las más alejadas, empezaban a contar con sus presbíteros propios, casados o célibes según el caso, los casados con su familia y los célibes en comunidad. Por fin todas las comunidades podían contar con su celebración eucarística semanal, al estilo de los primeros cristianos.

Capítulo 8

EL DELIRIO

Apenas se enteraron de la noticia, el clero y el laicado comprometido de inmediato se movilizaron para impedir que el plan del padre Felipe prosperara. Con todos los medios posibles trataron de molestar a cualquier persona sospechosa de pertenecer a su grupo. En alguna ocasión los seguidores del padre Felipe tuvieron que suspender la celebración eucarística a causa de las amenazas de parte de los católicos más fanáticos, que con palos y machete querían acabar con el problema, extirpando de una vez lo que consideraban un cáncer dentro de la Iglesia. Solamente la oportuna intervención de parte del gobierno llegó a poner fin a este tipo de intolerancia.

Algo increíble: los que más movieron los hilos en todo este asunto, fueron el padre Jorge y los encargados del ecumenismo, que no descansaron hasta conseguir una excomunión formal en contra del padre Felipe. Pensaban que con eso iban a poner punto final al asunto. Pero no fue así. Al contrario, este hecho dio extrema notoriedad al padre Felipe, que pronto se volvió en el defensor nato de todos los que tenían alguna queja contra el clero por el estado de abandono en que se encontraban o la represión de la que eran objeto a causa de su manera peculiar de vivir la fe. Puesto que todo el estilo eclesial era en la línea de lo material, acusar a uno de ser espiritualista era lo peor. Había lugares en que se negaban los sacramentos a quienes se descubría que formaban parte de algún movimiento considerado espiritualista. Por esa razón, en todas partes había gente que se sentía lastimada y esperaba con ansia alguien que defendiera su causa. Otros ya habían optado por integrarse a uno que otro grupo evangélico. Pues

bien, para los unos y los otros pronto el padre Felipe representaba una grande esperanza. Por esta razón, una vez consagrado un nuevo obispo para su antigua comunidad, el padre Felipe se entregó alma y cuerpo a la nueva tarea, instalándose definitivamente en la Casona y desde allí recorriendo todo el país a lo largo y lo ancho.

Cuando en las altas esferas se dieron cuenta del arrastre del padre Felipe y del enorme peligro que representaba para la feligresía católica, decidieron cambiar de estrategia, pasando del ataque directo al diálogo. Y como siempre, a mí me tocó organizar y presenciar el encuentro. El padre Felipe se veía tranquilo y sereno, seguro más que nunca de lo que estaba haciendo, mientras el padre Jorge y el presidente de la comisión ecuménica se veían bastante nerviosos. Desde un principio noté que no se iba a llegar a ningún acuerdo. En realidad, hablaban lenguajes totalmente diferentes: el padre Felipe, el lenguaje bíblico y los demás, el de los documentos eclesiales. Lo que más me impactó fue la conclusión del encuentro, cuando abordaron el tema del celibato sacerdotal.

–Para mí, sin duda el matrimonio no representaría ninguna ayuda, más bien un estorbo, puesto que no me consentiría la misma libertad para dedicarme totalmente al ministerio – afirmó el presidente de la comisión ecuménica.

–Lo mismo para mí –recalcó el padre Jorge–. Cuando el corazón está dividido...

–¿Qué es eso de corazón dividido y mayor libertad para dedicarse al ministerio? –Interrumpió el padre Felipe–. El celibato es un carisma y punto. Un carisma que no tiene nada que ver con el ministerio de pastor, como es fácil comprobar en el dato bíblico y la experiencia de los mismos apóstoles (1Cor 9,5), las primeras comunidades cristianas y la disciplina eclesiástica durante el primer milenio. El que tenga este carisma, que lo viva en santa libertad. El problema consiste en querer poner este carisma como requisito para el ministerio ordenado en el grado de presbítero y obispo. ¿Con cuáles resultados? Que el pueblo se queda sin pastores.

–Bueno –intervino el padre Jorge–. Esto quiere decir que tenemos que insistir más en la oración por las vocaciones y una mejor organización de la pastoral vocacional. Una prueba

tangible de esto la encontramos en algunos movimientos y algunas congregaciones de reciente fundación, que están teniendo bastante éxito en este aspecto.

–De todos modos, ¿creen ustedes que con esto lograrán surtir de pastores a todas las comunidades cristianas?

–Imposible. Para eso están los catequistas.

–¿No se dan cuenta, entonces, de que, haciendo así, estamos protestantizando la Iglesia, privando a las comunidades de lo más importante que es la celebración eucarística?

–Es que, si ahora permitimos la ordenación sacerdotal de los casados, mañana se saldrán con la ordenación de las mujeres.

–Son asuntos totalmente diferentes. La ordenación de los casados es una cosa y la ordenación de las mujeres es otra. Mientras la ordenación de los casados cuenta con un claro fundamento bíblico, la ordenación de las mujeres no.

–Se trata de un peligro real.

–De todos modos, no es ésta la manera de evitar un posible peligro, privando a la comunidad cristiana de un derecho fundamental, como es la celebración eucarística. No es ésta la manera correcta de enfrentar los problemas dentro de la Iglesia. Si procedemos de esa manera, corremos el riesgo de faltar a un claro mandato divino, haciéndonos acreedores del reproche que Jesús hizo a los fariseos y maestros de la ley de aquel tiempo: “Ustedes descuidan el mandato de Dios por mantener una tradición de hombres” (Mc 7, 8). El mandato de Dios: la celebración eucarística para todas las comunidades cristianas; la tradición de hombres: la disciplina eclesial actual, que posiblemente tenía su razón de ser en otros tiempos, mientras actualmente está impidiendo que todas las comunidades cristianas cuenten con su celebración eucarística.

Ante este cuestionamiento del padre Felipe, los enviados del obispo optaron por retirarse.

Se dieron cuenta de que no había ninguna esperanza de llegar a un acuerdo. Al despedirse, el presidente de la comisión ecuménica se quejó con el padre Felipe:

–Su lenguaje me parece demasiado fuerte y tajante.

- ¿Fuerte y tajante o claro y preciso?
- Duro.
- ¿Más duro del que utilizó Jesús? (Jn 6, 60).
- Vámonos.

Evidentemente hubieran preferido el lenguaje nebuloso, políticamente correcto, que normalmente se utiliza en estas circunstancias, para decir y no decir, olvidándose del estilo propio del Evangelio: "Sí, sí; no, no" (Mt 5,37). De todos modos, antes que se alejaran definitivamente, el padre Felipe los alcanzó, para decirles: "No se preocupen. El día en que logren poner un sacerdote en un lugar en que se encuentre uno de los míos, yo me comprometo a retirarlo o suspenderlo de inmediato. Quiero ayudar y nada más. No quiero dividir". No tuvo respuesta.

Y continuó con su misión de ser la voz de nos que no tenían voz, la tabla de salvación para los que se sentían a la deriva y la esperanza para los más abandonados dentro de la Iglesia. Para el padre Felipe y sus clérigos, lo que importaba era ofrecer a todos la posibilidad de una vida más cristiana, sin la exigencia de tener que pagar una determinada cuota para recibir un sacramento, lo que para muchos representaba una carga demasiado pesada. Para el padre Felipe y su gente, lo que más importaba era la vida espiritual, una vida espiritual alimentada por la Palabra de Dios y los sacramentos. Para ellos, el aspecto económico era lo de menos.

Cuando le solicitaban un ministro para algún lugar, primero les enviaba unos monjes que los evangelizaran debidamente y, cuando todo estaba listo, la misma gente escogía a quién ordenar y, después de días y noches de oración y ayuno, el padre Felipe procedía a su ordenación. Así la Iglesia avanzaba, con un fervor nunca visto. Lo mismo hacía con relación a los grupos espiritualistas, que pululaban por todas partes, no obstante el rechazo general. Reunía a sus líderes y los ordenaba, para que pudieran alimentar debidamente a los miembros de sus comunidades. Lo raro del caso era que nadie se sentía apartado de la Iglesia. De hecho, cuando tenían alguna oportunidad, participaban de la Eucaristía con todo el pueblo en general. Lo mismo hacía con relación a los demás sacramentos. Llegaban a la ruptura solamente cuando les

negaban los sacramentos por pertenecer al grupo del padre Felipe.

Esto duró algunos años y después ya nadie volvió a ver al padre Felipe. En su lugar apareció un obispo consagrado por él. ¿Y el padre Felipe? ¿Qué había pasado con él? Nadie sabía dar razón de él. Por fin se supo que el padre Felipe, aparte de estar enfermo, había caído en una terrible depresión. No quería ver a nadie, no quería hablar con nadie, prefería quedarse siempre solo. ¡Pobre padre Felipe! Su situación me dio mucha lástima. Ciertamente el Señor, de esa manera, le estaba dando los últimos retoques antes de llevárselo con Él. Yo por mi parte, en secreto –para no escandalizar a las almas piadosas–, oraba continuamente por él. Que el Señor le concediera concluir su vida en paz, sin cargos de conciencia por las decisiones tan atrevidas que había tomado en diferentes circunstancias con el único afán de prestar un mejor servicio al pueblo de Dios. Y pronto me llegó la respuesta del cielo. Muy apurado fue a verme el padre Jorge, pidiéndome que llevara a su hermano un documento de suma importancia, con carácter de urgencia, antes que fuera demasiado tarde.

Presintiendo algo realmente grave, sin pedir mayores explicaciones, de inmediato me dirigí a la Casona. Me recibió el superior de la comunidad, que se veía en extremo preocupado.

–Nuestro padre –me dijo– está muy grave. Desde hace algunos días perdió el conocimiento. En su delirio, ora, repite frases que generalmente son tomadas de la Biblia y se encomienda a la misericordia divina. Seguido repite: “Tanto Dios amó al mundo, que le envió a su Hijo Único, para que todo el que crea en Él no se pierda sino que tenga vida eterna” (Jn 3, 16); “Tienen ojos y no ven, tienen oídos y no oyen” (Lc 8, 10); “Me hice anatema por mis hermanos”. También menciona mucho la palabra “Roma”. Posiblemente recuerda sus tiempos de juventud pasados en la ciudad eterna.

Al entrar en su cuarto, me di cuenta que ya se encontraba en agonía, rodeado por un grupo de monjes en oración. Lo saludé y me contestó con un leve suspiro. Le comuniqué que le llevaba un documento muy importante de parte del padre Jorge y me contestó de la misma manera. Al no saber qué

hacer, le entregué el sobre al superior de la comunidad, que lo abrió, leyó su contenido y en voz alta comentó:

–Se levanta la excomunión.

–Lo sabía – contestó el padre Felipe en un tono de voz apenas perceptible y expiró.

EPÍLOGO

“Dios escribe derecho en renglones torcidos”, dice un refrán y es lo que pude comprobar en mi experiencia con los amigos de la Casona. Donde falló el hombre, Dios puso su mano y a sus hijos no les faltó el alimento al momento oportuno.

Por lo que me enteré después, Armando tuvo una vida muy azarosa, lejos de su país. Después de haber sido misionero y guerrillero, intentó meterse en la política y el comercio con resultados muy escasos. Por fin se lanzó de predicador evangélico, alcanzando un éxito insospechado. Se hablaba de él como de un verdadero hombre de Dios, dotado de poderes extraordinarios para convencer a la gente y curarla de todos los males.

Su papá vivió muchos años más, acompañando al padre Jorge, que, en su largo peregrinar de parroquia en parroquia, se aprovechaba de cualquier oportunidad para rehabilitar el nombre del padre Felipe. ¿Y la Casona? Con la presencia de los monjes, se volvió en un centro de espiritualidad, muy frecuentado por todo tipo de gente en busca de paz.

“¡Qué insondables son los pensamientos del Señor, qué incomprensibles sus caminos!” (Rom 11, 33).

México, D.F., a 9 de julio de 2009.

APÉNDICE

COMENTARIOS Y REFLEXIONES

Apéndice 1

AUTOCRÍTICA: Valentía y salud mental

Por el seminarista Braulio Manjarréz Pinzón, fmap

Muchas veces escuchamos a nuestro alrededor: “¡Cuidado con doña Chonita, la vende-tamales, es muy critica!”; “¡Ay, don Panchito, qué criticón es usted!”. Los calificativos a gente que habla, que expresa su sentir, ya sea para ayudar o perjudicar, no se hacen esperar. Hay quienes alaban la labor del que critica; lo ponen como ejemplo a seguir, como un héroe social o como un profeta de nuestros tiempos. Hay otros que lo ven mal, no lo soportan, huyen de él y hasta lo quisieran desaparecer del mapa, como decimos coloquialmente. Sin embargo, hay que distinguir al que critica de dos maneras: al criticón y al crítico.

La tarea del criticón es perjudicar a otro, ya sea porque “le cae gordo”, por venganza o simplemente por hablador. En cambio, el crítico es una persona realista y observador, parecido al que busca tesoros en medio de un terreno colmado de mala hierba, víboras y escorpiones. Su tarea consiste en ver y declarar lo que otros no ven (o no quieren ver) y no se atreven a enfrentar. El crítico sabe muy bien que se meterá en constantes problemas con aquellos a los que no les gusta reconocer sus errores; está seguro que se ganará enemigos de manera gratuita; sin embargo, en nombre de sus ideales y de su búsqueda sincera de la verdad no da marcha atrás, no está dispuesto a callar, ¡primero morir antes que enmudecer!

Pero, ¿qué es la crítica? ¿Para qué sirve? Su definición literal viene del vocablo griego κριτικός (kritikós), o sea, *capaz de discernir*. Según el diccionario de la Real Academia Española,

crítica es "el arte de juzgar de la bondad, verdad y belleza de las cosas". ¿No les sorprende la definición del diccionario? La crítica es un arte, es saber juzgar con fundamento en la realidad y no con falacias y mala intención. La crítica es una capacidad humana de discernimiento ante aquello que está afectando de manera negativa nuestra persona, nuestras ideas o nuestros ideales. En la crítica se destruye lo negativo, se construye lo positivo y se mantiene lo esencial. Como ven, la tarea de la crítica sí que es todo un arte pero, considero personalmente, también es todo un reto ante los tiempos en que vivimos.

¿A quiénes criticamos?

Cuando alguien se porta mal o hace cosas indebidas es notable que reciba críticas de parte de los que lo conocen. A nivel sociedad no nos cabe la menor duda que el premio a los más criticados son los políticos corruptos; a éstos le siguen la policía que vive de "mordidas", los profesores que venden las calificaciones, los artistas que hacen de su vida un escándalo, la selección de fútbol nacional que pierde casi todos los partidos, y un largo etcétera. No cabe duda que nadie se escapa de las críticas, ya sean para bien o para mal. A través de los siglos muchos se han criticado, ya sea por ideas filosóficas, por la creación de algunas artes, por haberse atrevido a opinar o pensar, por haber descubierto algo que se opone a intereses personales o grupales, por denuncias justas e injustas... y nosotros, ¿cómo andamos? ¿Tenemos el valor de autocriticarnos? ¿En serio podemos entrar en nosotros mismos y ser sinceros ante nuestra propia realidad?

El reto de la sinceridad no se encuentra en volvernos críticos ante lo externo, ante todo lo que pase a nuestro alrededor. Aquello está bien en la medida en que seamos sinceros con nosotros mismos, y para eso se necesita valor, sí, mucho valor. En la actualidad hay muchos expertos en el arte de criticar lo externo, al que está frente a mí; pero son pocos los que se atreven a autocriticarse, pues dicha actitud ante la vida tiende a lastimarnos, a derrumbar intereses, a tambalear nuestra propia seguridad y estabilidad (al menos eso creemos). Una persona enferma de sus facultades mentales no puede autocriticarse; un individuo con poca

moralidad y con muchos vicios es difícil que se autocritique. Sin embargo, hay tres tipos de personas que nunca serían capaces de hacerlo. ¿Quiénes son estos?

Trío destructor de la autocritica

Este trío destructor es nocivo para la salud mental. No se los recomiendo, y si ya ha entrado a su casa, desinféctenla, ¿cómo? Conociéndolo, ese es el desinfectante más poderoso, conocer a los destructores de la sana autocritica. En primer lugar se encuentra el sofista, como aquella persona que utiliza su palabra melosa y atractiva para engañar a mentes débiles y poco pensantes; le sirve a quien mejor le pague, y cuando ya no le funciona el negocio, lo deja y va tras otro que le satisfaga sus intereses; es parecido a la serpiente que engañó a Adán y Eva en el Paraíso. En segundo lugar se encuentra el cobarde, como aquél que cuando tiene que hablar, tiembla, y cuando no, también. Imagínense, le da miedo denunciar lo que está mal a su alrededor, no se atreve a mirar de frente; esconde la cabeza como el avestruz en la arena. El tercer lugar lo ocupa el falso profeta, es aquél que siempre miente; dice que algo está mal cuando en realidad está bien; declara que algo está bien cuando sucede todo lo contrario. A estos tres personajes les repugna la autocritica, la odian, y tratan de quitarla de la realidad. ¿Conocen a alguien así?

La autocritica en la Biblia

La Palabra de Dios sentencia: "Más que la aurora quiero que brille la doctrina, y la haré resplandecer hasta muy lejos" (Eclesiastés 24,44). ¿Qué indica este texto? ¿Qué nos hace pensar? Cuando la oscuridad de la noche va en declive, sale el sol que poco a poco va inundando de luz nuestro mundo, destilando claridad y poniendo al descubierto lo que la penumbra no nos permitía.

De este modo, el autocrítico se siente impulsado a revisar su vida, su historia, para conocer su pasado, comprender su presente y proyectar su futuro. Vuelvo a repetir, el autocrítico no tiene miedo de descubrir en qué está fallando, cuáles son sus errores e imperfecciones, con el único objetivo de mejorar.

Los textos bíblicos son muy claros al respecto: 1Tes 5,21: "Examinenlo todo y quédense con lo bueno". Desgraciadamente, hay muchos cristianos que se quedan solamente con lo que le señalan los líderes de cualquier tipo, y no investigan ni tienen el espíritu de discernimiento.

No hay nada más malo que un cristiano ignorante y confianzudo de todo lo que le dicen. Mt 7,3-5: "¿Qué pasa? Ves la pelusa en el ojo de tu hermano, ¿y no te das cuenta del tronco que hay en el tuyo? ¿Y dices a tu hermano: déjame sacarte esa pelusa del ojo, teniendo tú un tronco en el tuyo? Hipócrita, saca primero el tronco que tienes en tu ojo y así verás mejor para sacar la pelusa del ojo de tu hermano".

Yo pregunto: ¿Cuántas cosas negativas quisiéramos solucionar en la sociedad, la familia o en el vecino y no nos damos cuenta que nosotros estamos en las mismas condiciones o peor? ¿Cuántas veces demandamos que nuestros paisanos migrantes no sean discriminados y nosotros acaso no hacemos lo mismo con los que vienen de otros países? ¿Acaso no exigimos que se respeten los derechos humanos en la patria y tratamos con la punta del pie a nuestros familiares, conocidos e incluso a nuestros hermanos en la misma fe? Para ayudar a otros, hay que ayudarnos a nosotros primero. Jn 8,1-11: "El que esté libre de pecado que tire la primera piedra".

Muchos disfrutaban acusando y pidiendo castigo a los que han cometido algún error; la compasión y la misericordia no entran en el momento de señalar al que ha caído en una falta. Pero eso sí, cuando nosotros cometemos un error queremos que nos perdonen y nos comprendan.

¿Puede la Iglesia tener una actitud autocrítica?

Esa pregunta no se hace. Si la Biblia predica la valentía, el arrepentimiento y por ende la autocrítica, por supuesto que la Iglesia la debe tener. La Iglesia somos todos los bautizados, pero es jerárquica (Mc 3,13-19). Entonces nuestros pastores, dirigentes de la comunidad eclesial, son los primeros que deben tener la actitud autocrítica y de esa manera ser modelos para los fieles. Pero, ¿qué pasa en la realidad? Sencillamente no se tiene la valentía para aceptar los propios errores y los males que se han hecho.

Muchos quisieran callar a los que nos atrevemos a levantar la voz acusándonos de fanáticos, anticlericales y pesimistas. ¿Acaso los profetas de la Biblia callaron ante las amenazas y maltratos del alto clero que los quería reprimir? ¿No entienden que ser autocrítico es la mejor forma de crecer como Iglesia? ¿Por qué decir que vamos bien, que las sectas no hacen daño a la Iglesia, que la religiosidad popular es un gran tesoro que hay que cuidar y que no hacen falta los católicos desertores? ¿No ven acaso lo que nos está pasando?

Conclusión

Hermanos: si en verdad amamos la Iglesia, si somos cristianos genuinos, si tenemos el Espíritu Santo y somos discípulos y misioneros de Jesucristo aquí y en China, entonces volteemos nuestra mirada al que es Camino, Verdad y Vida y pidámosle coraje para declarar: ¡Los cristianos somos como un campo donde hay trigo y maleza! (Mt 13,24-30), somos imperfectos y cometemos errores, pero creemos en Aquel que nos ha enviado a predicar, y no callaremos, ¡jamás!

En este sentido, felicito al P. Amatulli puesto que sus más recientes libros son un ejercicio de autocrítica, hecho por alguien que ama profundamente a la Iglesia y desea que se presente al mundo tal como la quiere nuestro Señor Jesucristo: sin mancha y sin arruga.

Apéndice 2

La realidad nos grita: ¡UNA NUEVA HISTORIA DE LA IGLESIA!

Por el seminarista Emmanuelle Cueto Ramos, fmap

Un estilo no operativo

A lo largo de casi dos mil años de vida de la Iglesia los concilios han servido para resolver problemas concretos y bien definidos. Los sínodos y las comisiones episcopales arrojan documentos que pretenden dar solución a problemas actuales. Sin embargo, el estilo de los documentos oficiales no se caracteriza precisamente por ser operativos. Son, generalmente, exhortativos, como lo ha señalado en su momento el P. Amatulli.

El presente libro, que lleva como título *“¡Ánimo! Yo estoy con ustedes”*, suscita en muchos sectores de la Iglesia –sino es que en todos– grandes interrogantes y reflexiones. Es que el folleto tiene como objetivo invitar a realizar cambios de tipo estructural y a nivel práctico ante una realidad eclesial triste y desalentadora.

Los relatos presentados en esta obra (*“La muerte del patriarca”*, *“El señor cura con su closet”* y *“El sueño del excomulgado”*) promueven una acción de parte de la Iglesia, con miras a dar una vuelta de 360 grados en la praxis religiosa, que ha manifestado largamente sus límites.

Hay algo que de forma impactante me ha dado de topes en la cabeza; y es que los relatos aquí presentados interpelan a cuantos tienen la oportunidad de leerlos. Es como “recibir pedradas y estar sin casco por estar desprevenido”.

He tenido la dicha de leer los escritos del P. Amatulli (tanto los anteriores como el presente) y, sin temor a

equivocarme, puedo afirmar que el libro *“¡Ánimo! Yo estoy con ustedes”* es una realización grandiosa, no fruto de una mente fantasiosa y fuera de la realidad. Nada de eso. El libro es fruto de más de 30 años de experiencia misionera, al calor del contacto diario con la gente.

Teología India

En América Latina, la teología de la liberación ha querido rescatar y revivir a los muertos que un día le dieron vida y sustento. Al interior de la Iglesia logramos encontrar obispos, sacerdotes, laicos, religiosos... comprometidos con la causa de los pobres; pero en gran parte de estos sectores sólo se utiliza a los pobres como pantalla. El P. Amatulli plasma esto en el último relato de la trilogía de género narrativo, titulado *“El sueño del excomulgado”*.

Es de importancia mencionar que el padre Amatulli, teniendo una vasta experiencia en el campo misional, hace una radiografía de la actual situación de la Iglesia, tanto que el tema ya lo ha abordado ampliamente en el libro *“Chiapas, sectas y evangelización”*.

¿Apologética vs Ecumenismo?

Una de las cosas que de forma fascinante me interpela es el caso de la aparente incompatibilidad que presentan muchos, en lo que respecta a la apologética y el ecumenismo. Muchos “entendidos” ven a la apologética como un obstáculo para el progreso en el camino del “gran ecumenismo”, como si se tratara de “poner el arado y mirar hacia atrás” (Lc 9, 62).

Claro que esto está fuera de lugar. ¿Acaso la realidad no nos grita a través de nuestros hermanos abandonados, a merced de las diferentes sectas que se presentan a ellos como paño de consuelo en sus problemas? No se necesita ser un gran filósofo o teólogo para entender la realidad del pueblo: *“Hay que luchar por la fe”*, menciona la carta de san Judas.

Ya el P. Amatulli ha recalcado a lo largo de los años de su ministerio, que la apologética no es un arma para pelear contra los protestantes, sino un método de prevención contra la división. Pues éste es el papel de un buen apologeta:

exhortar, corregir y fomentar la unidad de los cristianos (1Cor 1, 10-13).

“No importa que se vayan”

¡Qué duro es escuchar estas palabras de algunos que afirman ser “católicos”! Pero lo es más aún, cuando proviene de boca de aquellos que deberían ser guías, maestros y pastores del rebaño, llamados por el Señor a trabajar por la unidad de quienes creemos en Él. A este respecto la realidad habla por sí sola. ¿Cuántos no hemos escuchado: “No importa que se vayan; no pasa nada”, “Basta con los que tenemos; al fin y al cabo aquí se ve quien de verdad sigue a Dios”, “Basta la buena fe de la gente: sus procesiones, sus rezos su devoción”?

Claro, para quien no le gusta trabajar, esto representa la *lex suprema*; pero según el Evangelio, ¿es correcta esta postura? ¿No nos dice nada la parábola de la oveja perdida (Lc 15, 1-10)? Quizás para muchos este *lenguaje sea duro*. Pero si algo ha caracterizado al P. Amatulli, es esto: ser claridoso, concreto y valiente. Son las características propias de un buen profeta.

Honestamente, al leer “¡Ánimo! Yo estoy con ustedes”, me surgen varias interrogantes, tales como: ¿Por qué una aversión encarnizada hacia la apologética? ¿Será que somos tan ciegos, como para no darnos cuenta del pecado de necedad que comentemos como Iglesia?

¿Formación o deformación?

Otra de las llagas que mucho duele tocar, y que el P. Amatulli aborda en el presente libro, es sobre cómo se lleva la formación de los actuales seminarios. La pregunta es: Con la formación que se imparte en este momento en el seminario, ¿se pretende formar pastores y guías espirituales, o bien teólogos y filósofos? Al respecto, valoro sobremanera lo dicho por el P. Amatulli en uno de los capítulos de su obra: “... *el problema está en su manera de entender la formación (...) no les importa si sirve o no para el bien de los feligreses (los conceptos intelectuales)*.”

Para muchos rectores y maestros de los seminarios, lo importante es que los alumnos obtengan diez de calificación en lo intelectual, aunque tengan poca experiencia pastoral.

“Salus animarum suprema lex”

¿Por qué cuando alguien quiere hacer algo diferente, todo el mundo se le echa encima? Bueno, esa es la paga para quien quiere romper esquemas, arriesgar por algo mejor en favor de la Iglesia. ¿Acaso no le sucedió lo mismo a Cristo, a los profetas y a los apóstoles? En el caso del P. Amatulli, con la serie de relatos que ha venido publicando en este folleto y en los anteriores (*“Hacia un nuevo modelo de Iglesia”, “Inculturar la Iglesia”, “Cambiar o morir”, “¡Alerta! La Iglesia se desmorona”*) ha suscitado controversia en algunos sectores.

Pues bien, ¿cuál es el problema? ¿No aconteció de la misma forma a mediados del siglo II cuando surgió el género literario denominado “literatura de combate”? La apologética nace de la necesidad de dar respuestas claras y concretas a los ataques contra la fe.

Más que ser pesimista, como muchos piensan que es el P. Amatulli, es realista y crítico. Con esta obra (*“¡Ánimo! Yo estoy con ustedes”*) suscita una nueva perspectiva para la Iglesia. Recordemos que la historia no perdona. No quisiéramos que las generaciones venideras nos juzguen por incompetentes e incapaces de dar una solución, cuando la tenemos ante nuestros ojos. Para los verdaderos discípulos de Cristo la “suprema lex” es la “salus animarum”.

Apéndice 3

ACTITUD Y PARADIGMA: La búsqueda de nuevos caminos a la luz del Evangelio

*Por el seminarista Reisner Samuel Omar Vásquez
Jáuregui, fmap*

*Los pensamientos de los hombres son frágiles, e
inseguras nuestras reflexiones ¿Quién conocería tu
proyecto, si tú no le hubieras dado la Sabiduría y hubieras
enviado tu Santo Espíritu desde los cielos?*

Sabiduría 9, 14.17.

“El sueño del excomulgado” nos presenta de una manera clara y sencilla los dos paradigmas más significativas que ha tomado la Iglesia de América latina para enfrentar su misión en los últimos 30 años, así como la lucha entre dos paradigmas pastorales que se han visto confrontados uno con el otro, a pesar de que ambos han resultado evidentemente ineficaces ante la problemática religiosa actual que se vive en el “Continente de la Esperanza”.

Por un lado el P. Jorge, que es fiel a su tradición familiar heredada y cuenta con una fuerte identificación con la línea pastoral que la Iglesia ha privilegiado en los últimos años: el aliento y promoción de la religiosidad popular marcada por una evangelización truncada y muchas veces pagana, así como la aplicación del ecumenismo como una bandera inamovible e inalterable, al margen de la realidad operativa que tenga en su comunidad.

Y por otro lado su hermano Armando, quien representa la otra ala que más se ha hecho notar en la Iglesia de Latinoamérica, que, marcada con un fuerte sentido social y material, se ha olvidado de su misión primordial que es la predicación del Evangelio; hasta el punto de que un importante sector de ella ha llegado a promover el levantamiento armado para lograr implantar el "Reino de Dios"... pero sin Dios.

Y ante este choque que se da dentro de la misma familia, de la misma Santa Iglesia, surge la figura del P. Felipe, que es quien cuestiona de una manera profunda e inquietante la praxis de la Iglesia en perspectiva con su misión primordial (Cfr. Mc 16,15), definiéndose a lo largo del escrito como un buscador que está profundamente inconforme con la realidad en la que vive el Pueblo de Dios, así como en la manera en que se le pastorea.

Paradigma y la locura

Un paradigma se puede entender como la manera en que hacemos las cosas, la manera en que solucionamos problemas, reglas que nos vamos forjando; de hecho, todos nosotros nos movemos por paradigmas, que se reflejan en nuestras convicciones, creencias, costumbres, etc. Ahora bien, no solo los individuos tenemos paradigmas, sino también las familias, las comunidades, las ciudades, los países, la Iglesia, etc.

Algo muy importante que se tiene que tomar en cuenta, es que los paradigmas funcionaran sólo cuando las reglas que le dieron origen se mantengan, pero si estas cambian, el paradigma se vuelve automáticamente obsoleto, y en este caso, los éxitos que haya tenido en el pasado no garantizarán nada para el futuro.

Por otra parte, todos los que vivan y actúen de acuerdo al paradigma establecido serán considerados "normales", pero si de repente uno se sale de este conjunto de reglas será visto como "anormal" y generará entre los demás, sentimientos diversos que van desde la indiferencia, la curiosidad, la burla, la admiración, el cuestionamiento, o incluso, hasta el más férreo rechazo. Y es precisamente el caso emblemático del P. Felipe. Todo un loco, según los estándares establecidos.

Diferentes actitudes ante la realidad eclesial.

El P. Amatulli refleja en este escrito 3 actitudes que podemos tomar ante la misma realidad, que está siempre allí, cuestionándonos continuamente.

1. El autómeta

El P. Jorge refleja el deseo de santidad, pero, ¿qué sucede? que se vuelca sobre sí mismo, incapaz de mirar la realidad de su feligresía, dejándose llevar por la “costumbre heredada”, una praxis que se mueve alrededor de la religiosidad popular, alimentándola y viviendo de ella, sin discernir si esto está de acuerdo con su misión o no. Además de una falta de discernimiento en lo concerniente a los documentos de la Iglesia, acerca de su viabilidad u operatividad, según la situación en que se encuentre su comunidad.

2. El materialista

Armando es el representante de esta actitud, pues reduce la dimensión humana a la sola materia, a las necesidades estrictamente materiales. Es evidente que el hombre, al ser un ser vivo, tiene necesidades materiales como alimentación, refugio, vestido, sustento, etc., además de derechos que reflejen su dignidad como persona. Esto es correcto, pero el problema es que se olvida el aspecto espiritual y trascendente del hombre, que requiere alimento no solo material, sino espiritual, para que de allí, y solo bajo ese sustento, pueda construir estructuras sociales más dignas de sí mismo. Si la construcción de dichas estructuras no surge de la experiencia personal de Dios, de la conversión, lo que surja será una estructura humana más, siempre endeble y cuestionable, que no prevalecerá.

3. El buscador de caminos

Ante la evidente falta de evangelización del pueblo, el P. Felipe recurre a todo tipo de estrategias, cosechando éxitos y fracasos, pero siempre reflejando un enorme celo por su misión. Es una actitud de búsqueda, de arriesgarse a romper paradigmas y enfrentarse al problema de su pueblo de frente.

Un buscador vive de una utopía, y se lanza con todo a lograrla, buscando todo tipo de estrategias para conseguirla.

Cuando se analiza toda la vida del P. Felipe se ve claramente que el P. Amatulli nos está lanzando una provocación:

- ¿Hasta dónde seríamos capaces de llegar por cumplir la misión que Dios nos ha encomendado?
- ¿Hasta dónde te la jugarías por tu propio ideal?

La respuesta a esta provocación debe llevarnos a revisar nuestra realidad personal, y ver qué tanto estamos dispuestos a poner en juego. Y esto es algo muy personal, depende de nosotros realizar este auto análisis seriamente.

Si decidimos jugarla, entonces pongamos toda nuestra capacidad en ello, y si decidimos no hacerlo, entonces por lo menos no estorbemos a los que están intentándolo.

La Palabra de Dios, pieza clave en la búsqueda

Ahora bien, ¿De dónde sacar la utopía para la Iglesia? El P. Amatulli es claro: de la Palabra de Dios.

Es evidente que el mundo ofrece sus propias utopías, algunas más atractivas que otras, pero la utopía de la Iglesia siempre debe estar regida por la Palabra de Dios, pues la Iglesia es una institución divino–humana, en donde se manifiesta la máxima revelación de Dios para con el hombre, que es nuestro Señor Jesucristo, y que nos dejó su palabra como enseñanza, guía e inspiración de nuestro actuar en la Fe. Por lo tanto, la misma revelación debe ser la principal fuente de inspiración, para poder discernir la misión y la manera de enfrentarnos a los retos que el mundo actual y siempre cambiante nos presente.

Hoy en día, para un cristiano, no conocer la Palabra de Dios equivaldría a ser un analfabeta en cuestiones de Fe, puesto que todas las demás propuestas religiosas la conocen y hacen uso abundante de ella.

Pues aquí está una utopía, en función de la Gran Utopía, alfabetizar a todo nuestro pueblo.

¿Le entras?

Apéndice 4

UN GRAN PROFETA ha surgido entre nosotros

Por el P. Octavio Díaz Villagrana, fmap

Hay diferentes formas de presentar una enseñanza. Por ejemplo, en un catecismo la enseñanza se trasmite de una forma más directa y concisa. Sin embargo, hay otras formas de transmitir la enseñanza. Unas de ellas son los cuentos y las parábolas. Éstas son muchas veces son más interesantes por la forma en que presentan una enseñanza, ya que se prestan para echar a andar la imaginación. En el cuento se puede presentar un lenguaje "subliminal", que ayuda a ampliar el horizonte de la realidad que se quiere transmitir. Y esto es lo que presentan los cuentos del padre Amatulli. Uno puede leer y leerlos nuevamente y siempre encontrará enseñanzas, por donde quiera.

Otro detalle es que estos escritos no son frutos de una reflexión que viene desde el escritorio, sino de un constante contacto con la Palabra de Dios y con el pueblo de Dios, además que manifiestan una vasta experiencia misionera.

He seguido con detalle y ansias sus escritos, los he saboreado desde sus intuiciones originales hasta su gestación. Intuiciones que comparto y he hecho más, en esta lucha común por ir forjando un nuevo pentecostés para la Iglesia. Una nueva era misionera, donde la palabra de Dios se vuelva en ley suprema para todo pueblo de Dios. Este esfuerzo por crear un nuevo modelo de Iglesia, más acorde con la sociedad actual y que pueda responder a los mega retos que se le están presentando a nuestra Iglesia.

A manera de descripción quisiera presentar dos líneas que encontré a lo largo de estos tres escritos.

Línea profética

Es evidente que los escritos del P. Amatulli, tienen un marcado espíritu profético. Pero, ¿quién es un profeta? En primer lugar es una persona escogida por Dios, para hablar, en su nombre, al pueblo. Y realmente el padre Amatulli, está respondiendo a ese llamado de Dios: “Ve y habla a mi pueblo” (cfr. Ez 33, 1-15). ¿Cuál es la misión del profeta? La misión del profeta se podría resumir en dos dimensiones: Denunciar el pecado y anunciar la salvación (Jer 1, 10).

Denunciar el pecado

El profeta es el que tiene el don de Dios para captar cosas que están mal en el pueblo. Tiene como una lupa especial, para captar desviaciones que puede estar viviendo el pueblo y no sólo descubrirlas, sino denunciarlas, con todo las consecuencias que esto conlleva. Considero que el libro *“¡Alerta! La Iglesia se desmorona”* va en esta línea.

Además, en los tres cuentos de este libro, el padre presenta situaciones que no están bien en la Iglesia. Se denuncia, por ejemplo, el abandono en que se encuentra el pueblo católico por falta de pastores. Muchos pastores están desubicados: apego al dinero, al poder, a la flojera, etc., como se encontraban los malos pastores de Israel, que se apacentaban a sí mismos, olvidándose del pueblo (Ez 34).

Algunos pastores y congregaciones religiosas se han dejado deslumbrar por ideologías, que les han llevado a descuidar lo propio, aquello que tenemos que hacer en relación a la atención espiritual del pueblo de Dios.

Se ha endiosado a la religiosidad popular, presentándola camino normal de salvación, dejando al pueblo muchas veces en supersticiones y tantas desviaciones de la fe. Pues bien, el padre Amatulli presenta esta realidad que vive el pueblo de Dios actualmente.

Se denuncia un pecado que en varios lugares se está cometiendo. Me refiero a la simonía, que es precisamente la venta de las cosas sagradas. En cuantos lugares no vemos

esta realidad: pastores metidos en la administración de sacramentos, buscando no tanto la gloria de Dios y la santificación del pueblo, sino la remuneración económica que de ellos se desprende. Esta realidad duele decirla, pero el Padre Amatulli la denuncia.

Anunciar la salvación

El profeta no sólo denuncia el pecado, lo que está mal, sino también anuncia la salvación, propone el plan de Dios. Es decir, nos dice cómo podrán hacerse las cosas según la voluntad de Dios. Estos tres cuentos tienen esta línea. Se deja notar la presencia del Espíritu Santo que sigue impulsando a la Iglesia, no la abandona, sino que la invita a la constante reforma. Es Jesús que está con su esposa amada. Ánimo, Yo estoy con ustedes.

Algunas propuestas de cambio que el padre presenta son: se invita a los ministros a hacer un fuerte examen de conciencia para analizar cómo se está pastoreando las ovejas. ¿Qué me mueve a la misión de apacientar: el dinero, el poder, etc.?

Hay que poner mano a la religiosidad popular, luchar por llevar al pueblo a un encuentro más personal con Cristo.

Se invita a poner nuestro esfuerzo por el bien del pueblo de Dios. ¿Cuándo aprenderemos a ver por los demás? ¿Cuándo nos ejercitaremos en buscar el bien del pueblo, en saber renunciar a nuestros propios derechos por amor a los demás? ¿Cuándo nos entrenaremos en atender y pastorear al pueblo de Dios? Hay que formar líderes, bien remunerados, e impulsar el diaconado permanente. En fin, el pueblo necesita pastores para ser debidamente atendido.

El problema de la atención pastoral, la forma de presentar la opción por el sacerdocio católico casado, me parece una postura muy teológica, más que ideológica o moralista. Muchos están a favor del sacerdocio casado porque dicen que el sacerdote necesita de su esposa. Creo que es algo válido, pero si fuera solamente por este motivo, yo no estaría a favor de tener ministros casados. El padre Amatulli se presenta a favor del sacerdote casado, siempre en relación con el pastoreo del pueblo de Dios. En este sentido, es

preferible mil veces un sacerdote casado, aceptado y apreciado por el pueblo, capaz de pastorear al pueblo de Dios, que permitir que la gente se cambie de religión, deje los sacramentos y el Evangelio auténtico, y ahora tenga a un “pastor casado”, pero sin sacramentos y con un Evangelio diferente al que Cristo dejó.

El padre nos invita a apostar por la palabra de Dios. No dejemos que ninguna ideología sea la que mueva a nuestra Iglesia. Que la Biblia se convierta en la *Carta Magna* de todo el pueblo de Dios, además de orientar nuestro quehacer pastoral.

El libro nos exhorta a saber escuchar al Espíritu que invita a cambiar estructuras. ¿Por qué esperar que alguien se rebele o se aparte de la Iglesia para poder abrirnos a los cambios? ¿Acaso esperamos otra reforma protestante, como la que hizo Lutero, que tanto daño hizo a la Iglesia?

Línea Palabra de Dios y realidad eclesial

Se dice por ahí que para que un maestro de latín sea bueno debe conocer bien el latín y conocer bien a los alumnos a quienes enseñará latín.

En estos escritos el padre Amatulli refleja a una persona que está empapado de la palabra de Dios y, por otro lado, tiene un gran conocimiento de la realidad que está viviendo el pueblo.

En los tres cuentos encontramos como fuente inspiradora la Palabra de Dios. El padre Amatulli ha sabido escuchar la palabra de Dios y dejar que la palabra de Dios cuestione la realidad eclesial. No tratar de justificar las cosas que se hacen, sino dejar que la palabra de doble filo penetre en la realidad que vive el pueblo de Dios.

Los cuentos presentan una realidad que vive la Iglesia, tanto es que las personas que han leído algún cuento, rápido dicen: eso pasa en mi parroquia, es verdad lo que dice el padre.

No es algo inventado; es la realidad presente en la Iglesia. El padre Amatulli ha sabido leer la realidad cruda de la Iglesia para tomar conciencia y poder presentar algunos cambios significativos

Tal vez lo que el proyecta el padre Amatulli en sus cuentos para muchos sea una mera ilusión, pero para los que estamos metidos y luchando por un cambio en la Iglesia, representan una voz que clama en el desierto (Mc 1, 1-8) que nos invita a enderezar los caminos.

En verdad que con los escritos del padre Amatulli podemos decir: Un gran profeta ha surgido entre nosotros, Dios ha visitado a su pueblo (cfr. Lc 7, 16).

Apéndice 5

DAR TODO POR EL EVANGELIO

Por el seminarista Manuel Francisco Koh May, fmap

La muerte del patriarca: Cómo hace falta gente como don Filemón, un hombre deseoso de lucha, de mejora, de cambios. Un hombre que no se deja amedrentar por las malas circunstancias de la vida, sino que se esfuerza por lograr salir adelante. Un hombre que sin importar los obstáculos externos y sus luchas internas, no se dejó vencer.

Su fuerza la tenía en la oración, pero sin dejar de pensar en cómo podría ser la mejor solución a un problema. Éste es don Filemón: un hombre cercano a la gente, que conocía sus problemas y dificultades; un hombre que no sólo perdonaba, sino que pedía perdón; un hombre que sólo se dejaba guiar por el Evangelio, sin dejar de ser obediente a sus superiores. Un hombre servidor de todos y para todos. Por eso al morir no se pudo decir más: “Es un santo”.

El señor cura con su closet: El P. José Luis, muy parecido a don Filemón, pero no pensaba las consecuencias de sus actos; sin embargo, tuvo la valentía de abrir su corazón, de expresar lo que llevaba dentro, de dar a conocer sus anhelos, deseos y frustraciones. No obstante, hasta el día de su muerte continuó siendo un misterio. ¿Quién puede conocer al hombre realmente? Sólo Dios.

Aquí podemos apreciar a dos personajes muy interesantes. Por un lado don Filemón, que da todo por el Evangelio; y, por otro, al P. José Luis, que aunque está inmerso en las cosas del Reino, se encuentra sumergido en sus deseos de dinero y fama. De todas maneras, podemos situarnos y descubrir a cuál de los dos nos parecemos. Pero, sobre todo,

recordar aquellos anhelos, los inicios de nuestro camino, que estaban permeados de espontaneidad y deseo de servicio, que poco a poco, por las diversas actividades, incluso los estudios, se ha vuelto una vida monótona, y muchas veces sin sentido. Es hora de recobrar esos deseos y anhelos por instaurar el reino de Dios, poniendo al servicio de todos nuestras capacidades. Hay algo más. Tanto don Filemón como el padre José Luis no estaban solos, tenían un compañero de viaje. ¿Quién es este compañero de viaje? Averígualo tú mismo.

Apéndice 6

UN PASTOR, celoso del rebaño que le fue encomendado

Por el P. Martín Solórzano Solórzano, fmap

Siempre he esperado con mucho entusiasmo cada uno de los artículos, libros y folletos del P. Amatulli. El estilo anecdótico y narrativo de sus últimas obras, lleno de experiencias, sorpresas, elementos cómicos y, por supuesto, lleno de reflexiones y propuestas pastorales, hace que la lectura sea amena, interesante y comprometedor. Ahora, es para mí un enorme gusto para comentar o presentar alguna palabra sobre la lectura y el contenido del actual folleto del padre, titulado: “¡Ánimo! Yo estoy con ustedes”.

1.- Género y estilo

Es lo primero que me llama la atención. Por los últimos escritos del P. Amatulli, nos damos cuenta que él está convencido de que la creación artística, en este caso literaria, es una de las mejores maneras de transmitir un mensaje, enseñanza o reflexión. Se trata de un método sencillo, a base de parábolas, cuentos, anécdotas y experiencias vivenciales, narradas de forma muy plástica y amena, que cautivan la atención y el interés del lector.

2.- Preocupación pastoral

El amor a la misión y la fidelidad al Evangelio son el motivo fundamental que se descubre en el pensamiento y las propuestas del padre Amatulli. En estos escritos se descubre

la radicalidad, la seriedad con que se recibe la Palabra de Dios, tomándola como fuente del ser del discípulo y misionero de Cristo. Por tanto, todos los criterios, los valores, los ideales, los sentimientos, las actitudes, etc., deben tener su inspiración en la Palabra de Dios.

La visión, el juicio, las reflexiones y las propuestas son las de un pastor, celoso del rebaño que le fue encomendado y preocupado por el alimento sólido de la Escritura y de la Eucaristía que cada fiel discípulo de Cristo debe recibir para su vida de fe. El criterio de análisis de la realidad eclesial, por tanto, no es la situación de pobreza o marginación social, sino la precariedad y el abandono pastoral en que se encuentra la mayoría de los católicos en América Latina. La Palabra de Dios, el ejemplo de los apóstoles y las experiencias de fe de las primeras comunidades cristianas iluminan dicha realidad y marcan una pauta a seguir para el quehacer pastoral de los obispos, sacerdotes y laicos comprometidos, en orden a formar y alimentar espiritualmente al pueblo de Dios.

3.- Profeta

Otra característica fundamental del P. Amatulli es su actitud y compromiso proféticos. La profundización en el proyecto del Evangelio y la amplia experiencia pastoral y misionera lo acreditan y motivan para denunciar con fuerza los errores y desvíos en las prácticas de fe de los católicos, así como la organización y administración eclesial y pastoral de los guías y maestros del pueblo. Los diferentes comentarios respecto de sus escritos y lenguaje: "radical", "exagerado", "demasiado fuerte", etc., lo sitúan en la línea profética, tanto del Antiguo Testamento como del mismo Jesús.

El tercer relato presenta la diversidad de posturas, actitudes y perspectivas teológicas y pastorales en la Iglesia de los últimos tiempos. Confrontándolas con el Evangelio, claramente se observa que muchas de ellas son erróneas y contrarias al proyecto salvífico y de fe. Curas celosos de las rúbricas litúrgicas, pero sin ningún cuidado en la fidelidad al Evangelio y totalmente relajados en las prácticas auténticas de vida religiosa; celosos de las tradiciones, pero que corren el peligro de anular el Evangelio en nombre de dichas

tradiciones; aquellos que confunden la misión con la lucha armada y el compromiso reducido al alimento material y el bienestar social; el ecumenismo mal entendido que conduce al deterioro de la identidad católica, con tal de mantener una relación de comunión, con la consecuencia de masas que dejan la Iglesia para unirse a otros grupos, puesto que se cree que "todo es lo mismo". Ante todo esto, el padre Amatulli no deja de representar una voz que denuncia cualquier anomalía o error en el campo teológico y pastoral de la Iglesia.

Por otra parte, completa muy bien su actividad profética mediante el anuncio salvífico para la Iglesia, presentando numerosas acciones y compromisos prácticos en orden a favorecer y construir un nuevo rostro de Iglesia, que refleje el ser y la acción que le vienen de su Fundador y que pueda ser siempre un signo de esperanza y de fe para todos sus fieles.

4.- Iniciativas y propuestas de organización y pastoral

Como todo autor literario, el Padre Amatulli presenta sus reflexiones, análisis y propuestas mediante las actitudes, pensamientos y acciones de sus personajes. Basta analizar los personajes principales de estos tres relatos para descubrir el mensaje y las propuestas del autor. A continuación presento algunas que, a mi parecer, son más sobresalientes:

Diaconado permanente y otros ministerios

La atención pastoral es uno de los elementos más urgentes en nuestras comunidades. La propuesta del padre es siempre la promoción de ministros y agentes de pastoral, empezando por los diáconos permanentes, los ministros extraordinarios y catequistas y misioneros a tiempo completo, suficientemente capacitados, entrenados y remunerados económicamente, desempeñando siempre una acción semejante a la del Bautista, atendiendo los lugares más alejados y necesitados, preparando el camino para la llegada de ministros ordenados y con ellos la Eucaristía. Claro, para que haya una auténtica entrega y un servicio eficaz, se necesita una debida formación. Por eso urge igualmente la creación de

institutos y centros de formación para laicos y agentes de pastoral, que insista más en la excelencia pastoral que en la excelencia académica, para lo que están dedicadas las universidades.

Las frases siguientes nos hacen ver la importancia del autor respecto a los diáconos y ministros extraordinarios:

“Donde otros fallaron, él le atinó; donde los expertos no la hicieron, la hizo un campesino que nunca pisó las aulas”.

“Consciente de ser por vocación ‘el servidor’ de todos, siempre dispuesto para servir dentro y fuera de los actos litúrgicos”

“Ahora que ya murió, ¿qué será de nosotros?”

“Lo que más me impactó fue el enterarme del papel realmente edificante que durante esos últimos meses desempeñó el diácono, atendiendo al padre José Luis como si se tratara de su propio papá...”

Método práctico de pastoral

En el segundo relato: “El Señor cura con su clóset”, el padre presenta las reflexiones sobre un proyecto pastoral, a base de misiones populares, la atención personal a cada fiel católico, la preparación de los agentes en el campo bíblico y apologético y la formación permanente, hasta lograr una auténtica vida de fe y compromiso en las comunidades. Para echar a andar un proyecto de esta manera, es preciso contar con suficientes agentes de pastoral, misioneros parroquiales y catequistas a tiempo completo, que sepan utilizar métodos sencillos y accesibles a las personas, pero al mismo tiempo, serios y eficaces.

Distribución de actividades y de beneficios:

La mala e injusta distribución de la economía en las parroquias es uno de los elementos que más desfavorecen la vida religiosa y la insuficiencia de personas que se comprometan con la evangelización. Mientras el sacerdote

gana su buen sueldo y no hace nada si no hay la debida remuneración económica, pretende que los laicos trabajen así nomás, por amor a Dios, sin ninguna ayuda económica para sus necesidades, para su formación o el material que para la evangelización se necesite.

Conclusión

La lectura de estos tres relatos me ha dejado, como siempre, lleno de satisfacción. Al mismo tiempo me siento como el profeta Ezequiel, que al comer el rollo experimenta un extraño sabor, dulce y amargo a la vez. Así es siempre el efecto de la Palabra, cuando es dirigida a personas frágiles y limitadas. Considerando la palabra en sí misma es dulce, tiene un sabor exquisito, se saborea y produce paz y alegría. Pero cuando la propia vida y el ministerio se exponen a esta palabra se experimenta el sabor amargo, ya que la Palabra cuestiona, reprende y corrige todo lo superfluo y contrario al plan divino. El mismo efecto producen los escritos del P. Amatulli, fieles a la Palabra de Dios y al compromiso pastoral, producen gusto y satisfacción en su lectura; pero cuando nos recuerdan nuestros compromisos pastorales en la vida de fe viene el sabor amargo, es decir, el cuestionamiento y el compromiso, que piden siempre un esfuerzo constante y radical.

*Gracias por sus reflexiones,
Padre Amatulli, y por recordarnos
constantemente la fidelidad al Evangelio.*

INDICE

PRESENTACIÓN. EX ABUNDANTIA CORDIS OS LOQUITUR	3
Por el P. Jorge Luis Zarazúa Campa, fmap	
LA MUERTE DEL PATRIARCA	
PRESENTACIÓN	12
Capítulo 1. PAN AL PAN Y VINO AL VINO	13
Capítulo 2. EL PRIMERO	20
Capítulo 3. PUEBLO QUIETO, ALMAS PERDIDAS	28
Capítulo 4. UN SANTO	34
EL SEÑOR CURA CON SU CLOSET	
PRÓLOGO	42
Capítulo 1. ESTRUCTURANDO COMUNIDADES	44
Capítulo 2. UTOPIÁS FATUAS	48
Capítulo 3. EL SEÑOR CURA SE CONFIESA	53
Capítulo 4. UN MISTERIO	58
Capítulo 5. UN FRACASO ANUNCIADO	62
Capítulo 6. ENTRE LUCES Y SOMBRAS	67
EPÍLOGO	73
EL SUEÑO DEL EXCOMULGADO	
PRÓLOGO	76
Capítulo 1. LA CASONA	78
Capítulo 2. ESQUIZOFRÉNICO	82
Capítulo 3. EL MISIONERO GUERRILLERO	86
Capítulo 4. ¿MISIÓN O PROFESIÓN?	90
Capítulo 5. EL CURA ICONOCLASTA	96
Capítulo 6. EL GRAN PREDICADOR	101
Capítulo 7. EXCOMULGADO	106
Capítulo 8. EL DELIRIO	111
EPÍLOGO	117
APÉNDICE. COMENTARIOS Y REFLEXIONES	
Apéndice 1. Autocrítica: Valentía y salud mental	119
Por Braulio Manjarréz Pinzón, seminarista	
Apéndice 2. La realidad nos grita: ¡Una nueva historia de la Iglesia! ..	124
Por Emmanuelle Cueto Ramos, seminarista	
Apéndice 3. Actitud y paradigma: La búsqueda de nuevos caminos a la luz del Evangelio	128
Por Reisner Samuel Omar Vásquez Jáuregui, seminarista	
Apéndice 4. Un gran profeta ha surgido entre nosotros	132
Por el P. Octavio Díaz Villagrana, fmap	
Apéndice 5. Dar todo por el Evangelio	137
Por Manuel Francisco Koh May, seminarista	
Apéndice 6. Un pastor, celoso del rebaño que le fue encomendado ..	139
Por el P. Martín Solórzano Martín Solórzano, fmap	